



INFORMACIÓN AGRICOLA

DISCURSO

DE

DON EDUARDO ABELA, EN REPRESENTACIÓN DE LA ASOCIACIÓN
DE AGRICULTORES DE ESPAÑA (I)

El Sr. Abela. EXCMO. SR.; SEÑORES: Ya nuestro digno Presidente ha indicado que vengo en representación de la Asociación de Agricultores de España á exponeros algunas de las causas de la crisis agrícola que todo el país lamenta, y á hacer también algunas indicaciones sobre los remedios que, en concepto de la misma Asociación, podrían adoptarse, para remediarla ó atenuarla en lo posible.

Para cumplir con este deber, procuraré ajustarme, en la exposición, al orden de las secciones que establece el cuestionario circulado por la Comisión, tratando sucesivamente:

- 1.º De las causas generales que influyen en el estado de la agricultura.
- 2.º De la producción cereal.
- 3.º De los vinos y los alcoholes.
- 4.º De los olivares y de su aceite.

(I) Pronunciado ante la Comisión oficial el día 20 de Octubre de 1887, en el Paraninfo viejo de la Universidad Central.

Causas generales dependientes del estado civil

Empezando por la primera parte expresada, en lo relativo á la influencia del estado civil, he de ocuparme de aquellas más importantes con la brevedad posible, para que no os fatigue demasiado mi incorrecta palabra; y poniendo cuidado en no incurrir en repeticiones, aunque esto es harto difícil cuando tanto se ha dicho sobre la materia que debo desenvolver, y aun la misma Asociación, que tengo el honor de representar, desde tan largo tiempo, viene ocupándose de todos los graves problemas que puede ofrecer la producción agrícola y aun ha formulado numerosas conclusiones de sus estudios y de sus Congresos, como podrá apreciarse del largo escrito que se ha remitido con porción de documentos á esta información.

No obstante, como estas cuestiones son tan vastas y tan complejas, es posible que de mis reflexiones surja alguna idea nueva, ó que os parezca de cierta novedad. De toda suerte, no debe considerarse como ocioso, ó como estéril, el que se repitan soluciones eficaces para el remedio de la agricultura; porque á veces de la insistencia resulta mejor evidenciada la demostración de una tesis, y llega al convencimiento de todos lo que interesa divulgar.

Las empresas agrícolas, señores, se desenvuelven, como toda industria, en relación al estado social y económico de cada país, prosperando ó decayendo, según son las influencias externas de que tratamos, y variando en su modo de ser con arreglo á las condiciones de seguridad, de libertad ó de otras causas, que se derivan de la legislación, de las facilidades comerciales, del progreso de los conocimientos ó de circunstancias variadísimas.

No me atrevo á insistir demasiado en este punto, dirigiéndome á público tan ilustrado, porque lo que os digo resalta por su evidencia, y me concretaré á hacer ligero estudio de nuestro estado civil.

En éste, es natural que dé principio, por lo relativo á

la *seguridad*, y aunque es ciertísimo felizmente que tanto hemos adelantado de cincuenta años á esta parte en esta condición, tan importante para que el agricultor pueda llevar á feliz término sus empresas, aún nos falta bastante que hacer. Mucho ha conseguido en asegurar vidas y haciendas la institución de la benemérita Guardia civil, y muchas corruptelas ha hecho desaparecer el régimen constitucional; pero aún vacilan los agricultores en porción de provincias españolas antes de decidirse á hacer la vida campestre; aún se retraen los propietarios de visitar sus fincas rústicas, y aún los más decididos tienen que adoptar precauciones para no ser víctimas de graves depredaciones y atropellos. Se oye hablar de los secuestros de ricos propietarios, por cuya vida reclaman los bandidos, como rescate, crecidas cantidades; la tea del incendiario se halla frecuentemente dispuesta á devastar sembrados y plantíos, ó pajares y aun edificios, y cuando menos, los robos en despoblado, ó los hurtos de frutos y cosechas, mantienen constantemente en alarma al labrador.

Estamos lejos, por desgracia, de la sosegada paz que se disfruta en las campiñas de ciertos países civilizados de Europa, y que permite á los lores ingleses pasar gran parte del año en sus fincas de campo, en sus extensos dominios agrícolas. Y, como sin tal seguridad no puede fomentarse la población campesina, que es agente importantísimo de la agricultura, de la economía en el cultivo provechoso y de los progresos de la explotación, se comprende cuánto debe atenderse á satisfacer tan precisa condición de vitalidad.

Vanos ó poco eficaces serán, como lo han sido hasta ahora, cuantos esfuerzos se hagan en favorecer el desarrollo de la población rural si no se da seguridad completa al campesino. Si los que tantos trabajos soportan con modestísimas aspiraciones y escasa retribución no alcanzan siquiera tener su vida asegurada, ¿cómo es posible que no crezca más cada día la funesta tendencia de dirigirse los pobladores á las villas y ciudades, abandonando el ingrato campo, que tan mal remunera y á tantos peligros expone?

Yo no he de deciros todos los peligros á que conduce esta

emigración de las campiñas; lo sabéis perfectamente, porque esta emigración lleva directamente al abandono del cultivo, á rápida disminución en los productos y á la ruína de la patria.

Precisa remediar este mal con urgencia, y el medio más eficaz y más directo es el de la *seguridad* de vidas y haciendas.

Condición no menos indispensable es la de *libertad*. Ya lo dijo Montesquieu: «Los países no se cultivan en proporción de su fertilidad, sino en razón de su libertad.»

Es satisfactorio que hayamos entrado en las vías de las naciones de Europa que se llaman civilizadas; pero, señores, aún todavía no pueden dedicarse libremente al cultivo del tabaco ni al cultivo del arroz los labradores que encuentran condiciones ventajosas de clima y de terreno para la explotación de dichas plantas.

Mucho celebro ver en la pregunta 39 del cuestionario de la Comisión el que se diga: «¿Será ventajoso declarar completamente libre el cultivo del arroz?»

Tengo gran convencimiento de que la libertad amplia, completa y sin restricciones, de establecer arrozales, daría fecundos elementos de riqueza á muchas provincias de España, donde hay extensas superficies de suelos marismeños y naturalmente encharcadizos, que están esperando la mejora de cultivos más adecuados para su explotación provechosa.

Me fundo para decir esto en el testimonio de personas muy conocedoras de la región arrocera de Valencia y provincias comarcanas de Levante, que atribuyen principalmente la crisis de este cultivo al crecido valor y exorbitante arrendamiento de las tierras dedicadas al monopolio de tal explotación. Del libro publicado, como resumen de la *Información oficial* sobre la crisis arrocera, aparece que en la Ribera baja el tipo de arrendamiento es el de 225 pesetas anuales por hectárea; que en la Marina llega á 360, y en la Ribera alta á 405 pesetas, representando este tipo la tercera parte del total de los gastos de cultivo.

Bien se comprende que de este modo es sumamente difícil

que el cultivador pueda alcanzar una remuneración conveniente, y surge inevitablemente la crisis. Este concepto se demostró con mucha evidencia en la información arrocera, que llevó á efecto en principios de este año nuestra Asociación de Agricultores de España (en su sección de Agricultura, que tengo el honor de presidir), juzgándose que sólo la libertad del cultivo podría cortar radicalmente los males advertidos.

Allí, en esta información oral, se demostró también la ventaja que existe en adoptar ordenada alternativa de cosechas en los terrenos arroceros, algo elevados, que pueden dejarse enjutos á voluntad, como sucede en varios de la Ribera alta de Valencia, y en tales circunstancias, del mismo modo que para los casos de explotación más difícil, se comprende que lo único capaz de resolver los obstáculos que halla el labrador, ó las funestas consecuencias del monopolio cultural ó del cultivo privilegiado, es la eficacia de la libertad que pedimos para establecer arrozales en los sitios y en la medida que convenga á los labradores.

No es menos necesaria la libertad de cultivar el tabaco. Nuestra Asociación de Agricultores lo viene pidiendo desde hace tiempo, y no es grave obstáculo el del estanco de la venta para que exista el libre cultivo, siquiera sea con algunas restricciones administrativas que aseguren la actual renta del Estado.

En Francia existe el estanco, y no obstante, el cultivo se permite en veintiún Departamentos (1), que se anotarán en las cuartillas.

Además, el cultivo enteramente libre y sin restricciones existe en Bélgica, Holanda, Hungría, Suíza y otros varios Estados, que se acomodan perfectamente con estas condiciones, sin menoscabo de sus Tesoros respectivos.

(1) Disfrutan de dicha autorización los siguientes: Nord, Pas-de-Calais, Ille-et-Vilaine, Gironde, Dordogne, Lot, Lot-et-Garonne, Vaucluse, Bouches-du-Rhone, Var, Alpes maritimes, Isere, Haute-Saone, Savoia, Pui-de-Dome, Maurthe-et-Moselle, Haute-Savoie, Meuse, Hautes-Pyreneés, Landes y Correze.

¡Cuántos terrenos hay en España donde el cultivo del tabaco sería un manantial de riqueza y de bienestar!

Ahí tenéis la provincia de Jaén, donde, á pesar de la severidad del fisco, no puede desterrarse el cultivo, porque los pobres labradores arrostran todas las desdichas del riesgo, por correr la favorable eventualidad de la ganancia.

¿Queréis más pruebas de la utilidad que puede proporcionarnos el cultivo del tabaco en España?

Es tan amplia la zona geográfica del tabaco en el mundo, que se puede afirmar como posible su explotación en la mayoría de los climas de España, desde Asturias hasta el Mediterráneo, como lo es desde el Alto Duero portugués hasta Cataluña. Hasta de secano puede vivir perfectamente en todos los sitios donde el maíz y la remolacha se cultivan sin auxilio de los riegos. En los valles abrigados de muchas sierras y hacia las costas del mar, el tabaco podría ser una providencia cultural.

Tiene en estos momentos mayor importancia el permitir extensamente el cultivo del tabaco, por lo mismo de existir esta crisis de los cereales, de los vinos, de los aceites y de los ganados, en que la baja de precios nos presenta horizontes tan oscuros y tenebrosos. Hace falta reemplazar algunos cultivos de cereales, de viñedos y de olivares; pero ¿con qué plantas? Es verdad que hay muchas de buena adaptación para nuestros climas y suelos; pero ¿se podrían vender fácilmente sus productos?

Porque, señores; «lo difícil no es producir; lo difícil es vender.» Esta es frase admitida como axiomática en el mundo de la economía rural.

Son pocas, por desgracia, las plantas que se ofrecen á la necesidad del cambio cultural, y por contraste, todo el producto que pueda obtenerse del cultivo del tabaco en España, está vendido inmediatamente en el interior ó exportándolo con destino á otras naciones. De forma, que el problema económico está enteramente resuelto.

El libre cultivo del tabaco se impone entre nosotros y ha de llegar más ó menos pronto. Esto lo sabemos todos; pero hace falta un Gobierno que lo comprenda tal y como lo com-

prende la Asociación de Agricultores de España, en cuyo nombre propagamos estas ideas.

Influye en nuestro atraso agrícola, como en estas crisis, la falta de población rural. Pocas son las provincias españolas donde los habitantes se hallen diseminados por sus campiñas, como lo están hacia la costa Cantábrica y aun por algunos de nuestros litorales marítimos. Hemos consignado antes lo que en esto influye la falta de seguridad, y me remito por lo demás á todo lo dicho tan sabiamente por el inmortal estadista D. Fermín Caballero.

Es notorio cuánto influyen las facilidades del *crédito* en el desarrollo de la agricultura; con especialidad el verdadero *crédito agrícola*, tan diferente en sus operaciones del *crédito territorial* ó *crédito hipotecario*. El primero es el que sirve para socorrer al labrador en sus necesidades; el segundo tiene en su favor la garantía de la hipoteca y es más fácil de plantear en provecho de los propietarios rurales.

Sin embargo, una y otra forma están casi anuladas en España, con motivo de los privilegios concedidos desde hace tiempo por el Estado. Los Bancos únicos y monopolistas no pueden remediar ni las necesidades de la agricultura, ni las de la industria, ni las del comercio. Para la realización del crédito personal (de cuyo carácter tanto participa el crédito agrícola), es indispensable que el prestamista esté cerca del que solicita el préstamo, y que aquél conozca y aprecie las condiciones de moralidad ó de solvencia que posea el deudor. Este conocimiento no admite las indeterminaciones y las dudas de grandes distancias.

Aún ofrece vacilaciones é incertidumbres el conocimiento exacto de las fincas que se presentan en garantía de hipoteca cuando los gerentes de un Banco territorial tienen que resolver de operaciones que se efectúan en distritos ó puntos alejados, valiéndose de los informes de dependientes menos interesados en la Sociedad bancaria, ó en ocasiones, de personas extrañas, y siempre resultan más costosos los reconocimientos periciales, y en definitiva, los gravámenes ó gastos del préstamo, que paga el que necesita el dinero. De modo, que no cabe reemplazar la eficacia de muchos Ban-

cos independientes, ó sea la pluralidad de Establecimientos de crédito.

Y como esta pluralidad es imposible de todo punto subsistiendo el privilegio de los Bancos de emisión y de los Bancos hipotecarios, ved por lo que los agricultores necesitan pedir para su remedio la *libertad bancaria*, para las diferentes formas del crédito. Decretad esta *libertad*, y habréis conseguido mucho en la resolución de estas crisis agrícolas que lamentamos.

He de añadir algo más: El verdadero crédito agrícola se realiza en tres formas principalmente: en la del que podemos llamar *crédito prendario*, en la del *crédito de pignoraciones* y en la del *crédito personal* del labrador.

La primera forma del *crédito prendario*, es idéntica á la que efectúan los *montes-píos*, con la sola diferencia de que en el caso que nos ocupa, la *prenda* consiste en frutos agrícolas de fácil conservación, como los granos, aceites, vinos, etcétera, y para guardar y conservar tales géneros, se necesitan almacenes ó depósitos de suficiente capacidad, y no gravar el gasto de la operación con el costo de largos transportes; por lo cual este crédito es enteramente de carácter local, ó á lo sumo, de *distrito judicial*, no pudiendo tener eficacia fuera de estos límites, ó sea de la advertida demarcación.

El *crédito de pignoraciones* admite alguna más amplitud, por no ser necesario transportar el objeto que sirve de garantía, que deja el prestamista en poder del labrador y á su servicio, bastando la inscripción de los ganados ó aperos de labranza pignorados; pero se comprende cuánto entra en la confianza de solvencia para este contrato, un exacto conocimiento de la moralidad y buen cumplimiento del deudor, y por esto, el que tampoco puedan exceder sus límites de los estrechos de una provincia ó de una pequeña región.

El *crédito personal* es una forma que no presenta esenciales diferencias, ya sea su propósito el socorrer á los labradores, ya tenga el objetivo de prestar á fabricantes ó á comerciantes. Fué un sensible retroceso para España el que para conceder un privilegio bien notorio, muriesen los *Bancos locales de emisión*. A pesar de cuantos esfuerzos haga la Administra-

ción del Banco de España, no podrá jamás sustituir por medio de sucursales, á la eficacia creciente que ofrecían los Establecimientos de crédito de las provincias.

Y no he de decir más acerca del *crédito*, debiendo ocuparme ahora de un punto importantísimo, cual es el que se refiere á la *instrucción* del labrador, á la *enseñanza agrícola*.

La palanca de la *instrucción* es más poderosa que la del *crédito*, ó, mejor dicho, que sus instituciones; porque, como decía el ateniense Jenofonte, *es tanta la eficacia de la enseñanza agrícola, cuanio que ella enriquece á los indigentes y arruina á los ignorantes*.

De forma, señores, que ya véis cómo, en concepto del insigne filósofo, discípulo de Sócrates, la enseñanza agronómica tiene mayor virtud aún que el crédito y los capitales; porque los *indigentes* aplicados se *enriquecen*, y los que son *ignorantes* se *arruinan* ó pierden sus capitales.

Este principio no debe olvidarse nunca al discurrir sobre la eterna cuestión económica de *instrucción* y *capital*.

Advertid también, señores, desde cuánto tiempo se aprecia con perfecta claridad el concepto de la importancia que tiene la enseñanza de la agricultura, que más divulgada desde tiempo en España, es seguro que habría evitado muchos de los males que hoy se lamentan.

A nuestra vista se está realizando la afirmación de Jenofonte, y si desentrañáis un poco las causas de tanta finca rústica embargada por falta de tributación, hallaréis que la mayoría de sus dueños no supieron lo suficiente; lo que les hacía falta saber para descubrir el secreto de la prosperidad agrícola.

¿Por qué, cuando tanta es la depreciación de los vinos, venden con cierta facilidad y notable aprecio las acreditadas bodegas de Nava del Rey, Rueda y Toro, sin contar otras donde se realizan buenos negocios, y sin mencionar particularmente á los viticultores que saben sostener el crédito de sus productos?

Las diferencias son bien significativas, y se perciben sin mucho trabajo de investigación.

Debemos distinguir dos clases de enseñanza agronómica:

una *general*, que se propone la instrucción de todos los ciudadanos en objeto tan importante, que constituye la principal riqueza del país, y otra *especial* que debe dirigirse á la educación más apropiada de las profesiones agrícolas.

En el primer concepto de la *enseñanza general*, ha tenido felices comienzos España con el establecimiento de una cátedra de *Agricultura elemental* ó de *Agronomía*, mejor dicho, en cada Instituto de segunda enseñanza del Reino. Empezaron estas cátedras un proceso difícil, venciendo *hostilidades*, y van alcanzando, señores, el triunfo de *ganar voluntades*, que las acreditan más cada día, al par que conquistan jóvenes prosélitos para las carreras profesionales de la agricultura.

El difícil y crítico estado de nuestras principales producciones agrícolas, hace ver lo irreflexivo de ciertas censuras propaladas contra las cátedras de agricultura, por los doctrinarios y defensores de la *enseñanza clásica* en los Institutos de segunda educación, ó mejor dicho, de *educación general*.

Repugnan los *clásicos* que haya ciencias de aplicación en el cuerpo de los estudios generales, citando en su apoyo los programas vigentes en otras naciones; pero no tienen en cuenta la evolución científica que se opera dentro de la doctrina de cada asignatura, cuyo objetivo tiende en todas partes al fin práctico, á la aplicación científica para utilidad de la vida, y en las ciencias naturales es decisivo el concepto linneano de la agricultura, que dijo el inmortal sueco: *es el conocimiento de los tres reinos de la Naturaleza, especialmente aplicados á hacer cómoda y agradable la vida humana*.

En los *estudios clásicos* de la enseñanza secundaria de Francia, se incluyen las *nociones sobre piedras y terrenos*, comprendiendo cuanto concierne á las calizas, arcillas, sílice, yeso, tierra vegetal, etc., que entre nosotros no tiene lugar más que en el programa de la Agricultura elemental, y en la *Botánica* de los *Liceos* franceses hay también porción de aplicaciones interesantes á la agricultura.

Los programas de enseñanza de la *Escuela Superior de Comercio*, de París, comprenden en dos cursos el estudio de las plantas por grupos agrícolas, de *cereales, leguminosas alimen-*

ticias, plantas forrajeras, plantas medicinales, árboles frutales y aun plantas dañosas, y en el curso de Materias primeras se aprende cuanto es relativo á los azúcares, café, té, cacao, tabaco, frutos varios, seda, lana, etc.; de forma que se abarca en diversas partes de las asignaturas lo que aquí enseñamos en la cátedra de Agricultura elemental.

En la facultad de Ciencias de la Universidad de Londres, hay una sección de aplicaciones científicas á la Tecnología, en la cual está incluída la que llaman *Agricultural Chemistry*. (University College. London, 1885.)

En los Estados Unidos de América es bien sabido que no hay programas oficiales; existe *libertad completa de enseñar*, que se traduce en tendencia marcada y constante hacia los estudios de directa aplicación á la industria y á la agricultura; especialmente en lo que se refiere á la industria agrícola, puede afirmarse que apenas existe Escuela, Colegio, Instituto ó Universidad, en que no tenga representación académica (1).

Una ley del Congreso, de los representantes de diversos Estados, autorizó á éstos para vender terrenos de su respectiva pertenencia, para arbitrar recursos con que atender á la construcción de edificios, organización y gerencia de los **Institutos**.

El Colegio de California está destinado á la enseñanza elemental y secundaria, que se distribuye en cuatro cursos. Durante éstos se enseñan las humanidades al mismo tiempo que la teoría agrícola, y además dibujo, prácticas de laboratorio químico, agricultura práctica, filosofía natural, nociones de matemáticas, higiene y ciencia veterinaria, y los idiomas francés, alemán, y español ó italiano.

El Colegio del Estado de Kansas tiene una *facultad* prác-

(1) Prueban lo expresado los colegios de Alabama, California, Delaware, Florida, Georgia, Indiana, Iowa, Kansas, Luisiana, Kentucky, Maine, Maryland, Massachusetts, Michigan, Minnesota, Mississippi, Missouri, Nebraska, Nuevo-Hampshire, Nueva York, Carolina del Norte, Ohio, Oregón, Pensilvania, Carolina del Sur, Tennessee, Texas, Vermont, Virginia, Wisconsin y algunos otros posteriormente fundados á 1878, de cuya fecha son estos datos.

tica para labradores, cuya educación dura seis años, y todos los estudiantes del Colegio están obligados á practicar ejercicios en la granja y en las oficinas. Una academia de señoritas completa el conjunto de educación general para los dos sexos.

Hay Universidades industriales en Arkansas, Illinois, Ilha Rhode y Virginia Occidental, como asimismo Institutos tecnológicos bastante numerosos, entre los que descuellan los de Boston y Hampton, y escuelas científicas como las de New-Haven y Nueva-Brunswic.

En las Universidades la enseñanza agrícola alcanza similar desarrollo que otras facultades, mientras que en los Institutos y Colegios se fija en objetos más prácticos.

Hé aquí cómo se pone la ciencia al servicio de las necesidades sociales más apremiantes, llevando al ánimo de la juventud estudiosa lo que puede utilizar más directamente para vivir en sociedad, para que se formen ciudadanos de conocimientos suficientes al adelanto de las industrias y de la agricultura.

Podrá no ser *clásico* este sistema de educación general, pero fuerza es que le consideremos como el más útil, porque hoy el progreso intelectual y material del Norte de América nos asombra con sus descubrimientos científicos, y aplica tan útilmente la ciencia á los medios de producir, que la baratura y la abundancia de sus granos, de sus carnes y de sus aceites, conmueven las hondas raíces de las producciones similares de Europa, la cual se muestra incierta y vacilante para defenderse de tan abrumadora competencia. Los Estados Unidos fabrican harinas sin rival; ofrecen toda clase de maquinaria á precios ínfimos, y brindan con porción de productos manufacturados que causan verdadera admiración. Para defendernos de la inundación productora, no hay más arbitrio del momento que recurrir al arma artificiosa de elevar los Aranceles de Aduanas, si no queremos convertirnos en los más clásicos mendigos.

No se crea por lo dicho que seamos enemigos del *clasicismo* en las ciencias puras; le juzgamos conveniente para sus ampliaciones, ó sea para lo que entre nosotros puede llamar-

se *estudios universitarios*. Allí debe erigirse el templo destinado á las investigaciones de los sabios; allí debe estar el santuario de los Doctores, cultivando la *ciencia por la ciencia*.

Pero en los Institutos provinciales no deben enseñarse más que los elementos científicos de utilidad á las aplicaciones más comunes de la vida, sin elucubraciones inútiles. Las explicaciones, como los libros de texto, deben satisfacer á esta tendencia que forma la aspiración más determinada de los pueblos modernos al adoptar los sistemas más prácticos de educación general. A este pensamiento responde la creación de una cátedra de Agricultura elemental en cada Instituto de segunda enseñanza. En esta cátedra se avaloran los principios físico-químicos y naturales, por el concepto de aplicación directa á la agricultura, que se ofrece al convencimiento de la juventud estudiosa. Los resultados ya se tocan algo entre nosotros, pero se estimarán mejor en un próximo porvenir; cuando vayan teniendo representación en la política y en los negocios públicos los jóvenes que ahora se educan.

También se ha calificado de excesivamente teórica esta enseñanza; pero como su objeto no es formar agricultores, sino solamente despertar aficiones y descubrir horizontes de utilidad en los conocimientos generales de la juventud, se comprende que le basta el método experimental y los medios perceptivos de que se valen las demás ciencias hermanas físico-químicas, para hacer comprender con claridad las doctrinas agronómicas.

La enseñanza *especial* ó *profesional* es la que se propone formar Ingenieros, Peritos y Capataces, como hacen falta para informar en las cuestiones agrícolas ó para dirigir y administrar las explotaciones del cultivo agrario.*

Sus diferentes categorías de *enseñanza superior*, *enseñanza profesional* y *enseñanza elemental*, influyen útilmente en el desarrollo de la agricultura y constituyen los medios de educación aceptados para el objeto en todos los países más civilizados del mundo.

En Francia, la *enseñanza superior agronómica* se halla organizada en su *Instituto Nacional Agronómico*, de París, con el útil anejo del Establecimiento experimental de Joinville-

le-Port. Mucho se aproximan á dicho Instituto en la importancia de su educación profesional las tres *Escuelas nacionales* de agricultura establecidas en Grignon, en Grand-Jouan y en Montpellier. Cuenta, además, con tres Escuelas de Veterinaria en Alfort, Lyon y Toulouse, la Escuela de riegos de Lezarden, la Escuela Forestal de Nancy, y la de Horticultura de Versailles. Sostiene también el Estado las cabañas de Heut-Tingry y de Rambouillet, la vaquería nacional de Corbon y la Escuela de Agricultura y Viticultura de Beaune. *La educación elemental* se ofrece en 15 escuelas prácticas de agricultura, en 75 cátedras departamentales, y en 25 Granjas-escuelas.

Una organización análoga hacía falta en España, completando la instrucción del *Instituto Agrícola de Alfonso XII*, con otras varias *Escuelas nacionales* sostenidas por el Estado en Burgos ó Valladolid, en Lérida ó Zaragoza, en Murcia ó Valencia y en Córdoba ó Sevilla. Debían subvencionarse las provincias que establecieran, con suficiente libertad de criterio, *escuelas* prácticas para la educación elemental, y otorgar premios á los particulares que fundasen Granjas-modelos; institución diferente de las que hay en España denominadas de tal suerte, y que sólo son escuelas agrícolas, organizadas defectuosamente. También el Estado debía crear ó subvencionar escuelas de viticultura y vinificación, instituyendo un modelo en Jerez de la Frontera, por ser la localidad española donde se cosechan y fabrican los mejores vinos blancos del mundo, cuya fama es universal.

La orografía tan accidentada del territorio peninsular, exige aún mayores sacrificios que en Francia, cuyos climas tienen más analogía y apenas determinan diferencias esenciales en tres grandes zonas.

En Alemania existen hasta siete *Institutos agronómicos superiores*, como son: los cinco correspondientes á las Universidades de Koenigsberg, Breslau, Halle, Kiel y Goettingen; la Escuela agronómica superior de Berlín y la Academia Real agronómica de Poppelsdorf. Esto, sin incluir las dos Escuelas forestales de Eberswald y de Munden, y las Escuelas reales de Veterinaria de Berlín y de Hanowre. Hay además,

16 Escuelas agronómicas secundarias, 33 Granjas-escuelas y numerosas Escuelas agronómicas de internada, que funcionan mientras se hallan suspendidos los trabajos agrícolas más importantes; estas últimas escuelas reciben subvenciones por valor total de unos 160.000 marcos. Las Escuelas especiales vienen á ser: cinco dedicadas á enseñar el cultivo de praderas y los sistemas de saneamientos; cuatro exclusivas de pomología; 30 de jardinería, y hasta 475 llamadas de perfeccionamiento, que dan al pueblo campesino de Alemania una educación particular y de la mayor influencia en los adelantos materiales de aquel país.

El Reino de Baviera posee una *Escuela de Ingenieros agrícolas*, la Sección *agronómica* de la Escuela técnica de Munich y la *Escuela central de agronomía* de Weihenstephan. Tiene para la educación elemental 23 Escuelas regionales de arboricultura, lechería, etc., y 911 Escuelas de perfeccionamiento.

En Sajonia la enseñanza superior comprende: el *Instituto agronómico* de la Universidad Real de Leipzig, la Academia Forestal de Tharand y la Escuela Veterinaria de Dresde. Hay otras 15 Escuelas agronómicas secundarias, algunas de jardinería y especiales al cultivo del lino.

En el Wutemberg existe en primer lugar el *Instituto Real agronómico* de Hohenheim, con una granja de 250 hectáreas, tres *escuelas de agricultura* profesionales; cuatro *Escuelas agronómicas* secundarias; la *Escuela de Viticultura* de Weinsberg; una de Veterinaria; la *Escuela de Ingenieros agrícolas*, de Stuttgard, el gran *Instituto Pomológico* de Renttingen y la *Escuela de Jardinería* de Huter Lenningen.

En el Gran Ducado de Baden, además de su Escuela forestal, aneja al Politecnium, se cuentan la Escuela agronómica invernal, la de Arboricultura, la de Drenage y el Instituto Oenológico. Hay también varias Escuelas agronómicas de invierno.

El Ducado de Hesse tiene en su Universidad de Giessen un *Instituto Agronómico*, otro forestal y otro veterinario. Posee además en Worms una *Escuela Agronómica Superior* y cuatro Escuelas agronómicas de invierno.

En los demás Estados alemanes se relacionan hasta otras 22 Escuelas de agricultura y jardinería.

El conjunto del Imperio alemán tiene además otros muchos Institutos de investigación, como son al menos, 50 *Estaciones agronómicas* y 39 *Jardines botánicos*.

El Imperio austro-húngaro cuenta también con numerosos establecimientos de instrucción agronómica, siendo los principales: la *Escuela Superior de Agricultura*, de Viena; 11 *Escuelas agronómicas secundarias*; tres *Escuelas forestales*; la *Escuela de Viticultura*, de Klosterneburg; tres *Escuelas de lechería*; 17 *escuelas primarias*, de horticultura, arboricultura y viticultura; 36 análogas de cultivos y agronómicas de invierno con algunas otras más de cultivo forestal, de cernería y destilaciones, de crianza de gusanos de seda y de veterinarios militares.

Hungría, particularmente, tiene en Buda-Pest una *Escuela de Agricultura*, dependiente de la Universidad Real y varias Escuelas agrícolas y vitícolas en sus provincias.

Entre los varios Institutos de Bélgica, son los más notables, el *Instituto Agrícola del Estado*, en Gembloux y la *Escuela de Horticultura*, de Vilvorde.

Dinamarca se enorgullece con la antigüedad de los cursos de Agricultura y de Economía rural, creados en la Universidad de Copenhague en 1801. Hoy posee en la misma capital su *Escuela Superior* agrícola y veterinaria, fundada en 1858. Comprende diversas enseñanzas superiores y secundarias.

Tiene, además, 15 Escuelas agronómicas secundarias y 60 primarias superiores. A la horticultura se le da particular importancia, subvencionando el Estado la *Academia Real de Horticultura*, de Copenhague y la *Escuela Superior*, de Rosenborg.

Suecia tiene dos *Institutos superiores* en los de Ultuna y Alnarp, anejos á las Universidades de Upsal y de Lund.

Noruega, por su parte, posee otro *Instituto Superior Agrícola*, en Aas, que comprende dos grados profesionales de educación.

Los dos Reinos Unidos, cuentan también con enseñanzas

de horticultura en Rosendal, en Alnarp y algún otro punto.

Holanda tiene su *Escuela Nacional de Agricultura*, de Wageningen y su *Escuela de Veterinaria*, además de los Institutos fundados y sostenidos por sus numerosas Sociedades.

Suíza tiene también enseñanza superior agronómica, en su Politecnium y muchas escuelas agrícolas cantonales, como las de Zurich, Berna y Vaud.

Rusia sostiene la enseñanza superior en la *Academia Agronómica y Forestal*, de Petrovsk, cerca de Moscou; poseyendo también diversos establecimientos de enseñanza agrícola, en San Petersburgo, en la Politécnica de Riga y en Nueva Alejandría de Polonia. Tiene también ocho *escuelas medias de Agricultura*; tres de Horticultura, varias otras de Œnología, de Sericicultura, de Apicultura, de Queserías, etc., siendo incompleto el conocimiento de muchos Institutos provinciales en tan vasto Imperio.

Italia tiene su *Escuela Superior de Agricultura* en Milán, y más recientemente ha organizado de modo análogo, la de Porticí; además *Escuelas especiales de Viticultura y Œnología* en Alba, Avellino, Catania y Conegliano. Una *Escuela Olivarera* en Bari y otra de Zootecnia y Quesería en Reggio-Emilia. Las *Escuelas prácticas* provinciales son ya 24, y se prosigue activamente en su propagación. En Florencia existe la *Escuela Real de Horticultura y de Pomología*, y las subalternas provinciales de esta clase, llegan á 18. Hay también unas 12 *Estaciones agronómicas*.

Inglaterra posee su *Royal agricultural college* de Cirencester cerca de Gloucestershire, fundado en 1845. Después su *college of agriculture de Downton*, en Wiltshire. Numerosas cátedras de agricultura unidas á sus estudios ordinarios, como son, entre las más concurridas de alumnos, las de Surrey, de Cranteigh, de Bedford y de Aspatria. Completan la educación práctica las numerosas Granjas-modelo, debidas á la iniciativa particular, y sus magníficos establecimientos de horticultura y jardinería.

De la enseñanza agronómica en los Estados Unidos de América, no hemos de añadir nada más á lo relacionado anteriormente sobre su instrucción universitaria y secunda-

ria. Tanto como los útiles Colegios agrícolas, se van multiplicando al infinito sus Observatorios meteorológicos y sus Estaciones agronómicas, y así conocen perfectamente sus climas y sus terrenos. En armonía de lo que hacen los inteligentes americanos, debíamos proceder aquí, donde tal ha sido y aún es el desconocimiento de nuestros climas, que ni el de la misma provincia de Madrid estuvo bastante determinado hasta que el insigne botánico D. Vicente Cutanda llegó á publicar su *Flora matritense*, estableciendo en ella las diferencias que había observado en la florescencia de diversas especies de plantas, desde los altos del Guadarrama á Madrid, y desde la capital al partido de Chinchón, que es el más meridional. Las diferencias de foliación, florescencia y maduración llegan al punto de que, á partir de Aranjuez, se retrasa la vegetación hasta setenta y ocho días en el pico de Peñalara. Bien comprendéis que variación tan considerable de temperatura media, que puede establecerse desde $14^{\circ},6$ al Mediodía hasta $3^{\circ},5$ en la mayor altitud, no puede determinarse en sus diversos cambios y circunstancias por el Observatorio de Atocha, á pesar de hallarse tan bien montado y acertadamente dirigido.

Para conocer el clima de la provincia de Madrid harían falta por lo menos otras dos Estaciones meteorológicas ó agronómicas, una hacia el Norte por la Sierra y otra hacia el Mediodía por los vergeles espléndidos de Aranjuez. Sin multiplicar extraordinariamente por toda España las Estaciones meteorológicas, y mejor aún, las Estaciones agronómicas, no es posible que podamos saber nada útil para esos cambios de cultivo (acaso indispensables) que van imponiendo en muchas partes la depreciación advertida de cereales, de aceites y de vinos. Porque, señores, para que esos cambios de cultivos sean provechosos, es preciso que se verifiquen con buen conocimiento de las circunstancias, y este conocimiento no puede adquirirse sin poder apreciar de modo suficiente todas las particularidades de los climas y de los suelos de España.

Mediante las enseñanzas del *Instituto Superior Agronómico de Alfonso XII*, completados con interesantes prácticas en tres ó cuatro *Escuelas nacionales de agricultura*, con la edu-

cación elemental de las *Escuelas prácticas de agricultura* en muchas provincias, numerosas *Estaciones agronómicas* y suficientes *Jardines de aclimatación*, y aun con el ejemplo vivo y tan convincente de las *Granjas-modelo* fundadas por particulares subvencionados, podríamos ir entrando en la posibilidad de producir como cuentan principalmente los Estados Unidos de América, Inglaterra, Alemania, Austria y Francia, y acaso llegaríamos pronto á salir de esta prolongada infancia en los medios materiales de producir bueno y barato.

Pero no debo prescindir de ocuparme de otra institución que origina gran estímulo en las naciones adelantadas y que en España ya ha obtenido fructuoso ensayo, aunque ha caído pronto en olvido ó en lamentable abandono. Me refiero á los llamados *Premios de honor* para la agricultura, para los cuales el Sr. D. José Luis Albareda dictó algunas disposiciones siendo Ministro de Fomento, y aun consignó en presupuesto las cantidades necesarias. Tuvo la satisfacción de haber realizado el primer concurso de fincas agrícolas, con el objeto expresado, y aun nombró una *Comisión especial* para que dirigiese todo lo relativo al particular.

Creería sin duda tan esclarecido pratriocio que nombrando una *Comisión especial de fomento agrícola* para esto, como otra *Comisión especial de Exposiciones agrícolas* para que los concursos de ganados, de máquinas y de productos regionales, se verificasen con oportuna periodicidad y aun todos los años en región distinta, había asegurado el éxito de tan útiles instituciones; pero no contaba nuestro distinguido amigo con que son pocos los Ministros de Fomento que poseen su gran entusiasmo, y así ha sucedido que ni las *Juntas especiales* funcionan, ni nadie se acuerda en el Ministerio indicado de los *Premios de honor*, ni de las *Exposiciones* periódicas de ganados y de máquinas.

Y yo pregunto: si esas *Juntas especiales de Fomento agrícola* y de *Exposiciones* no sirven ó quedan enteramente olvidadas ¿por qué no se suprimen?

¿No sabe el Ministro que las Secretarías de estas Juntas, juzgadas como inútiles, sobrecargan estérilmente el presu-

puesto de su departamento sosteniendo empleados que nada tienen que hacer?

Por otra parte, si el laudable propósito del creador de estas *Juntas especiales* no ha logrado evitar el sensible olvido de las instituciones que representaron, deben suprimirse porque al fin siempre merman y menoscaban las atribuciones reglamentarias del *Consejo superior de Agricultura, Industria y Comercio* y de la *Junta facultativa ó consultiva agronómica* que son las dos Corporaciones permanentes y llamadas á entender en esta clase de asuntos.

Concluyo con esto cuanto concierne á las influencias del estado civil.

Causas generales dependientes del estado económico

Señores: en el examen de estas influencias es de mayor interés cuanto concierne al mercado.

La ley del mercado se impone á las producciones de toda clase.

Debemos distinguir dos clases de mercado: el *interior*, ó sea el que depende del consumo del mismo país, y el *exterior*, ó sea el fundado en los pedidos que nos hacen del extranjero.

Nuestra producción de cereales y nuestras producciones de aceites de oliva, dependen principal ó casi exclusivamente del mercado interior.

Nuestras producciones de vinos y de frutas, aunque en mucha parte subsistan del consumo interior, prosperan y se avaloran grandemente con las demandas del mercado exterior.

Esta distinción nos parece indispensable para que puedan apreciarse bien las diversas circunstancias de dichas producciones.

En lo respectivo á *cereales* bien sabéis, pues es un hecho notorio, que nuestra exportación se reduce á las harinas que enviamos á Cuba, donde comen el pan caro por efecto de la efímera protección que redunda en favor de algunas comarcas de Castilla. En el último quinquenio la exportación media anual de trigo y de su harina (convertido todo en hectolitros de trigo) no llega ni á *medio millón* de hectolitros. Y

aunque la producción media anual de España no haya pasado de $33 \frac{1}{2}$ millones de hectolitros, se ve que no pasa esta exportación de *uno y medio* por 100 de lo producido.

Á naciones extranjeras no podemos exportar formalmente; ¿sabéis por qué? Lo tendréis explicado en corto número de cifras que someto á vuestra consideración. En Valladolid los 100 kilogramos de trigo se venden á 22 pesetas, y si baja de este precio los labradores dicen que pierden. Ahora mismo parece que no se reciben trigos castellanos en Barcelona, porque se venden allí trigos del Danubio á 24 pesetas, y trigos americanos de 25 á $27 \frac{1}{2}$ pesetas, después de pagado el crecido derecho que imponemos á la importación.

En Nueva-York los 100 kilogramos de trigo valen de 14 á 16 pesetas en estos momentos y los ingleses, puesto en Londres, le consiguen de 17 á 19 pesetas. ¿Cómo habrían de comprar trigos españoles?

No es menos evidente que los aceites de oliva producidos en España, dependen casi exclusivamente de su propio consumo. Para una producción aproximada de 260 á 295 millones de kilogramos, el consumo interior no se debe graduar en menos de 240 millones de kilogramos; por lo que se ve que al lado de estas cifras ofrece poca importancia, aunque no se diga insignificante, la última exportación decenal, cuya media por cada año no excede de 20 millones de kilogramos.

Considero felices y más seguras las producciones de cereales y de aceites en nuestro país, por su más directa dependencia del mercado interior, que no presenta las fluctuaciones y bruscos cambios del mercado exterior.

Gracias debemos dar á la Providencia, en medio de las aflicciones que nos produce la actual crisis vinícola, por que no haya decaído el consumo de los vinos españoles en Francia, que compra sobre $6 \frac{1}{2}$ millones de hectolitros al año, cuando todos los demás países no llevan más que uno y medio millones escasos, componiendo estas dos partidas 8 millones de hectolitros de vino, exportados últimamente. Como el consumo interior no se debe suponer mayor de 16 millones de hectolitros, se ve que la exportación alcanza la tercera parte del total de los vinos vendidos. ¿Cuál es la producción?

Hé aquí, señores, á mi modo de ver, el origen de la crisis actual; porque producimos ya lo que no podemos beber ni hacer que otros se lo beban fuera, como después he de decir. Pero llamo vuestra atención acerca de nuestra gran dependencia actual del mercado francés, porque esta es pésima situación para la viticultura española.

Más advertidas han sido las fluctuaciones de las ventas en las naranjas, en las peras y en otros varios frutos.

La exportación de la naranja, que ha sido tanta desde 1871 y más extraordinariamente desde 1880, llega algún año, como en 1882, á la enorme cifra de 116 millones de kilogramos, y desciende otros años á 68 millones, ó á 58, como ocurrió en 1883.

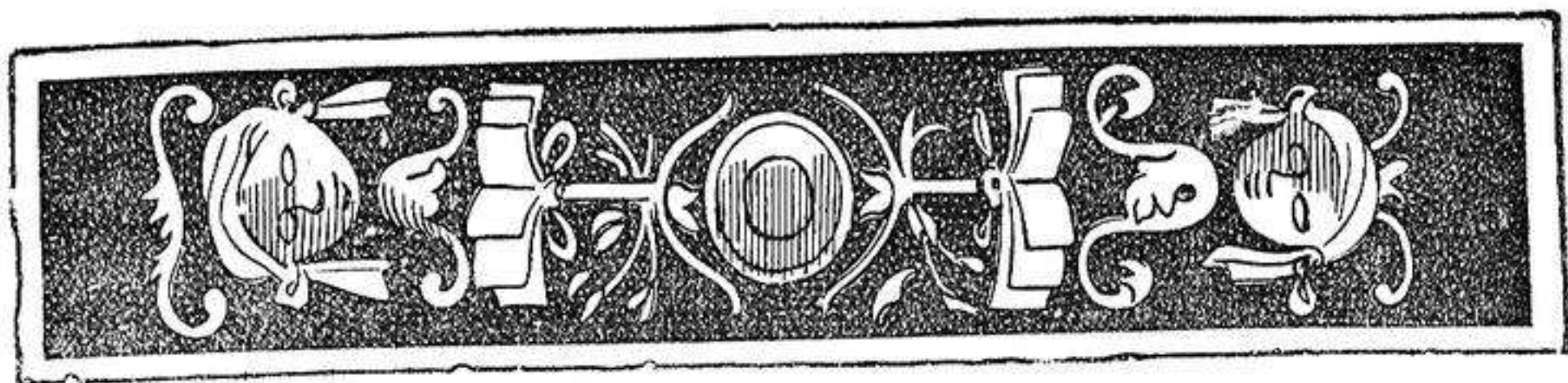
En lo respectivo á la pasa, pregúntese á los malagueños cuántas son las vicisitudes de su valioso comercio de exportación.

Manifestado lo expuesto respecto á los mercados, he de decir sólo dos palabras respecto al régimen económico preponderante en las Aduanas.

Señores: Los sistemas económicos influyen de un modo muy marcado también en esta crisis. *La Asociación de Agricultores de España* no profesa determinada escuela económica; aspira á la *justicia*, á la *igualdad arancelaria*, á la defensa de sus intereses, á la *protección* posible, mientras haya otras industrias protegidas, porque ve que hay bastantes producciones que están debilitándose, que no pueden subsistir sin que haya una nivelación, que al menos, le permita al productor competir con los de esas naciones que tienen menos impuestos, cuya vida es más barata y gozan de condiciones más fáciles para vender sus productos á bajo precio.

Como lo relativo á la ganadería, que es una de las cuestiones más importantes que se presentan en este asunto, lo ha confiado por unanimidad el Consejo de la Asociación á mi distinguido y querido consocio D. Miguel López Martínez, yo no insisto más respecto á los sistemas económicos, consignando únicamente lo que he manifestado respecto á las aspiraciones de la *Asociación* en general.

(*Se continuará.*)



SOCIALISMO

CONTINUACIÓN (I)

CAPÍTULO V

SOCIALISMO RADICAL

- § I.—La revolución francesa prestó grandes alientos al socialismo.
- § II.—Concepto de la verdadera igualdad.—La falsa igualdad conduce á los errores socialistas.
- § III.—En la revolución dominó exclusivamente esta última.
- § IV.—Opiniones de los autores acerca de este punto.
- § V.—Doctrinas de los filósofos del siglo XVIII.
- § VI.—Rousseau dió nueva vida á las ideas socialistas.
- § VII.—Socialismo radical.—Socialistas prácticos.—Babeuf y el partido de los iguales.
- § VIII.—Sistemas que formaron el socialismo radical.
- § IX.—Owen y su escuela.
- § X.—Saint-Simon y su escuela.
- § XI.—Fourier y su escuela.
- § XII.—Cabet y su *Viaje á Icaria*.
- § XIII.—Lerous y sus extravagancias.
- § XIV.—Proudhon y sus tendencias.
- § XV.—Blanc y su *Organización del trabajo*.
- § XVI.—Todos esos hombres compendian el movimiento socialista iniciado por la revolución.
- § XVII.—El socialismo radical nació con Juan Jacobo Rousseau, y murió con Luis Blanc.—Revolución de Febrero.

UN escritor inglés, en un opúsculo interesante, sobre el socialismo, escribió estas palabras: «Las aspiraciones prácticas de los socialistas nacieron de la revolución francesa, que prestó grandes alientos á los sistemas partidarios del comunismo» (2). El socialis-

(1) Véase la pág. 632 del tomo LXVII.

(2) C. Worboise.—*Socialism*, Londres, 1865.

mo vivió, todo el largo período de las utopías, en regiones fantásticas, en la esfera del pensamiento, soñando con repúblicas imaginarias. Cambió de rumbo, cuando encontró amparo en las doctrinas de la revolución, que le ofrecieron, para su completo desarrollo, anchos y despejados horizontes. Entonces olvidó sus fantasías y sus sueños, y emprendió nuevos derroteros, alentado por mayores energías. No tardaron en aparecer los socialistas prácticos, que se propusieron, desde luego, llevar, á la realidad, las novelas de Moro, Campanella y los demás utopistas. Los sistemas que siguieron estos caminos, formaron el socialismo radical.

Laurent, el famoso autor de los *Estudios sobre la historia de la humanidad*, ha puesto de manifiesto, de una manera acabada y perfecta, en sus trabajos acerca de la revolución francesa, el concepto de la idea de igualdad, y, á este propósito, ha reunido, en admirables síntesis, juicios atinadísimos de publicistas excelentes (1). Confunden, con frecuencia, muchos escritores, la verdadera y la falsa igualdad. Los que están en lo cierto, y siguen buenos caminos, afirman que los hombres nacen iguales, y deben tener, por lo tanto, los mismos derechos. Con semejantes doctrinas, se pide la destrucción completa de todos los privilegios. A esta igualdad, verdadera y legítima, la llama Laurent igualdad de derecho. Otros, extraviados por la senda del error, dicen que la igualdad, no sólo debe ser de derechos, sino también de condiciones, ó lo que es lo mismo, que todos los hombres deben tener idénticos medios sociales para desenvolver su actividad. Mediante tales ideas, se proclama la necesidad de acabar con los ricos para concluir con los pobres. A esta igualdad, falsa y perturbadora, la llama Laurent igualdad de condición. Hay dos conceptos, acerca de la libertad, que corren parejas con éstos sobre la igualdad. La libertad bien entendida de la igualdad es hermana inseparable, puesto que ambas consisten en el reconocimiento de los derechos inherentes á la personalidad humana. Hay también una falsa libertad, que, á la igualdad falsa, marcha siempre unida. Los que proclaman la necesidad de que vivan

(1) F. Laurent.—*La Révolution française*. (Obra citada.)

en iguales condiciones todos los hombres, confunden la idea de libertad con la idea de soberanía, y piensan que únicamente son libres los que son soberanos. Doctrinas de esta índole, destruyen, por completo, la libertad, y llevan, necesariamente, á la igualdad matemática, á la igualdad del socialismo.

En la revolución francesa dominaron, exclusivamente, estas últimas ideas. Sostienen cosa cierta Le Faure, Donio, Janet y otros filósofos é historiadores, cuando dicen que ésta no fué una revolución socialista (1). Es verdad; los que la prepararon, los que la llevaron á la realidad, no persiguieron el triunfo del socialismo, se consideraron amigos entusiastas de los principios individualistas y liberales, y creyeron que trabajaban por la libertad y para la libertad; pero la fuerza de las circunstancias, el peso de las doctrinas que en la revolución imperaron, condujeron á ésta, contra la voluntad de la mayoría, tal vez ignorándolo todos, á los absurdos más funestos y temibles del socialismo radical. Un escritor inglés, Alison, señala juiciosamente la diferencia que separa á la revolución inglesa de la revolución francesa, y dice, que, en la primera, la victoria fué de la libertad verdadera, hermana de la igualdad, y que, en la última, correspondió el triunfo á la igualdad falsa, enemiga de la libertad (2). Por eso los revolucionarios de 1789 no pretendieron ser libres, pusieron todas sus energías al servicio de una sola aspiración, la de ser soberanos, y buscaron la soberanía, no para garantizar la libertad, sino como medio para llegar á la igualdad absoluta, matemática y niveladora. Este principio les sirvió de lema, y su grito en la lucha fué el de Mirabeau: *¡Guerra á los privilegios y á los privilegiados!* Cuidaron, en primer término, de borrar las excepciones creadas por el feudalismo y por la monarquía, desvinculando la

(1) A Le Faure.—*Le socialisme pendant la révolution française*. Paris. 1863.

H. Doniol.—*La révolution française et la féodalité*. Paris, 1875.

P. Janet.—*Les origènes du socialisme contemporain*. Paris, 1883.

(2) B. Alison.—*Histoire de l'Europe, depuis le commencement de la révolution française jusqu'à nous jours*, traducida al francés. Bruselas, 1855.

propiedad de la nobleza y desamortizando la propiedad de la Iglesia, para someter todos los bienes al derecho común, y cuidaron, después, de poner fin á las desigualdades, sin exceptuar á las que sirven de base á la igualdad dentro de las organizaciones sociales. Todo lo sacrificaron á esa idea, incluso el principio de libertad, y por eso rindieron culto á la fuerza y exageraron el concepto del Estado.

La mayoría de los historiadores de la revolución francesa, están conformes en estos juicios, que son motivo de entusiasta elogio para unos, y para otros causa de censura enérgica. El fecundo escritor francés P. Janet, publicó, no hace muchos años, en 1875, una obra muy interesante, sobre la *Filosofía de la revolución francesa*, en la cual reunió, con admirable acierto, las opiniones de alguna importancia, emitidas por las distintas escuelas políticas, acerca del sentido, alcance y consecuencias beneficiosas ó perjudiciales de aquel hecho transcendental (1). Contiene esta obra muchos juicios críticos, que prueban la exactitud de la afirmación anterior. El trabajo de Janet divídese en dos libros: en el primero estudia las opiniones consignadas desde 1789 hasta 1848, es decir, en ese período de entusiasmos y de apasionamientos; en el segundo los juicios publicados en los tiempos posteriores, ó lo que es lo mismo, en una época de mayor examen y de mejor crítica. En esta obra se encuentran las opiniones de la escuela histórica, representada por Burke; de la escuela filosófica, representada por Fichte; de la escuela mística, representada por Saint-Martin; de la escuela teocrática, representada por Maistre; de la escuela constitucional, representada por Mme. Staël; de la escuela liberal, representada por Thiers y por Mignet; de la escuela democrática, representada por Buchez; de la escuela socialista, representada por Blanc; de los republicanos *anti-jacobinos*, representados por Michelet y por Quinet; de los economistas, representados por Young y por Lavergne; de la crítica francesa, representada por Tocqueville; de la crítica alemana, representada por Sybel, y de los últimos historiadores,

(1) P. Janet.—*Philosophie de la révolution française*. París, 1875.

Gumersindo Azcárate.—*Tratados de Política*, etc. Madrid, 1883.

representados por Renán, por Montegut y por Courcelle-Seneuil. La mayoría de estos historiadores, á pesar de las diferencias radicales que les separan, sostienen que la revolución francesa sacrificó el elemento germánico al gálico, ó lo que es lo mismo, la libertad á la igualdad, el principio individualista al principio del Estado. Al frente de aquellos que esto afirman, marchan dos hombres, que nunca estuvieron de acuerdo, y que caminan unidos, en esta cuestión, por extraña y sorprendente coincidencia: Maistre, el célebre autor de *El Papa*, y Renán, el famoso autor de la *Vida de Jesús* (1). Por lo que hace á los demás, son muchos los que afirman que la revolución proclamó, como uno de sus primeros principios, el de fraternidad, subordinándolo todo á la igualdad, y abriendo, por estos medios, caminos desconocidos á las ideas socialistas. Burke, con la escuela histórica, señala la tendencia niveladora, como nota característica de esa revolución (2), y, en el mismo sentido, se expresa Saint-Martin, con la escuela mística, si bien éste se preocupa más del espíritu religioso del gran movimiento de 1789, considerándolo, á la manera que la escuela teocrática, como una gran expiación (3). También censuran esa tendencia niveladora, contraria á la verdadera igualdad, y contraria al principio de libertad, Michelet, Quinet y todos los republicanos *antijacobinos* (4); Young, Lavergne y la mayoría de los economistas (5), y, sobre todo, los críticos franceses y alemanes. Por lo que á estos asuntos se refiere, marcha, á la cabeza

(1) J. Maistre.—*Considérations sur la révolution française*. Neuchâtel, 1796.

E. Renán.—*Questions contemporaines*. París, 1868.—*Réforme intellectuelle et morale*. París, 1872.

(2) E. Burke.—*Reflections on the revolution in France*, etc. Londres, 1823.

(3) Saint-Martin.—*Lettre á un ami sur la révolution française*. París, 1792.

(4) Michelet.—*Histoire de la révolution française*. París, 1850.

Quinet.—*La révolution*, etc. París, 1865.

(5) A. Young.—*Voyage en France*, etc. traducido al francés por Lesage, con una introducción de L. Lavergne. París, 1856.—*Idée de l'état présent de la France*. (*Cultivateur anglais*, traducido al francés. París, IX).—Se encuentra esta, como la anterior, entre las obras escogidas de Young, traducidas al francés por orden del Directorio, con el título del *Cultivateur anglais*.

Lavergne.—*Economie rurale de la France avant 1789*. París, 1877.

de la crítica, en Francia, después de Renán, Tocqueville, el cual ve, en la revolución, la ruína del principio de libertad, y encuentra, en ella, constantemente, una aspiración: la de constituir un régimen social sobre la igualdad absoluta y matemática, sobre esa que llama Laurent igualdad de condición (1). Sybel representa á los críticos alemanes, que censuran, á los revolucionarios, cada vez con mayores energías (2), y Montegut y Courcelle-Seneuil á los últimos críticos franceses, que acen- túan, todos los días, con verdadera perseverancia, las tendencias marcadas por Renán (3). Los únicos que no censuran esas exageraciones en favor del principio de igualdad y en perjuicio del principio de libertad, son los apologistas de la revolución, como Mme. Staël, y, sobre todo, como Thiers y Mignet, que, excitados por los ataques de los realistas, justificaron y aun glorificaron ese movimiento, defendiéndolo hasta en sus momentos más terribles (4); y algunos otros autores, como Fichte, como Buchez y como Blanc, que por la exageración de sus ideas, ó por la época en que escribieron, no supieron apartarse de ciertas preocupaciones de escuela (5). Pocas obras, acer-

(1) Tocqueville.—*L'ancien régime et la révolution*. París, 1856.

(2) Sybel.—*Histoire de la révolution française*, traducida al francés por Mlle. M. Bosquet. París, 1869.

(3) E. Montegut.—*Où en est la révolution française*. (*Revue des Deux-Mondes*, 15 de Agosto de 1871).

Courcelle-Seneuil.—*Héritage de la révolution*. París, 1872.

(4) Mme. Staël.—*Considérations sur la révolution française*. París, 1818.

Thiers.—*Histoire de la révolution française*. París, 1823-1827.

Mignet.—*Histoire de la révolution française depuis 1789 jusqu'en 1814*. París, 1829.

Thiers y Mignet llevaron su entusiasmo hasta el extremo de desconocer la realidad de aquel cuadro terrible, que, posteriormente, inspiró á Luis Blanc, uno de los jueces más benévolos de la revolución, las palabras siguientes: «La libertad pareció una mentira el día en que se la invocó con el hacha en la mano; la igualdad produjo escalofríos á sus mismos amantes cuando consistió en la igualdad ante el cadalso; la fraternidad... ¡qué enigma, ver á los hombres degollarse los unos á los otros en su nombre!» (L. Blanc.—*Histoire de la révolution française*. París, 1868).

(5) Fichte.—*Considérations sur la révolution française*, traducidas al francés por J. Barni. París, 1859.—Fichte, entusiasta partidario de las doctrinas

ca de esta materia, anteriores al año 1875, dejó por examinar Janet en su libro, y, realmente, ninguna de verdadero interés, si se exceptúan los dos tomos que á este asunto dedicó Laurent en sus *Estudios sobre la historia de la humanidad*, en los cuales puso de relieve, con profundo sentido filosófico y perfecto conocimiento histórico, la tendencia que dominó en la revolución, perjudicial para la libertad, y favorable para el socialismo, desde el momento en que fué provechosa para la igualdad, tal como la entienden los que desdeñan la identidad de derechos y quieren conquistar la identidad de condiciones (1).

de Rousseau, defiende la legitimidad y las tendencias de la revolución francesa.

Buchez y Roux.—*Histoire parlementaire de la révolution française*. París, 1833-1838.—La obra de Buchez, que está formada por cuarenta volúmenes, es más bien una colección de documentos interesantes, que un libro de crítica histórica. A pesar de esto Buchez ataca, á la revolución, con las palabras siguientes: «La revolución francesa, salvo el período jacobino, se hizo por el individualismo y en favor del individualismo, por la burguesía y para la burguesía; es preciso hacer otra por el pueblo y para el pueblo, por la fraternidad y para la fraternidad.» (Buchez.—Obra citada).

Luis Blanc.—Obra citada.—Luis Blanc, representante genuino y legítimo del socialismo radical, piensa, como Buchez, que los principios socialistas sólo triunfaron en el período jacobino, y atribuye la representación de la fraternidad á los hombres del terror. Son suyas todas las palabras siguientes: «Toda la historia de la revolución se resume en la lucha entre el principio de individualidad y el de fraternidad; aquél, hijo del protestantismo, informa los escritos de Voltaire, d'Alembert, Helvecio, Montesquieu y Turgot, y los sostienen los constituyentes y los girondinos; éste, hijo del Evangelio, inspira las obras de Rousseau, Mably, Morelly y aun las de Nécker, y lo mantienen los de la *montaña* y Robespierre. La revolución hubiese cumplido su misión dando la victoria á este último principio, proclamando la igualdad absoluta; pero se contentó con sustituir la aristocracia del nacimiento por la aristocracia del dinero.» (L. Blanc.—Obra citada.)

(1) F. Laurent.—*La révolution française*. (Obra citada.)

Realmente, anteriores al año 1875, no hay más obras importantes, acerca de la revolución francesa, que la de Laurent, y las que cita Janet, pues los libros de F. Arnaud de l'Arriège (*La révolution et l'église*. París, 1860), J. Lair y E. Legrand (*Documents inédits sur l'histoire de la révolution française*. París, 1872), y J. Janin (*La révolution française*. París, 1862-1865), son de carácter especial ó se refieren á cuestiones concretas y determinadas: el primero se ocupa en comparar la que llama revolución del cristianismo con la revo-

De los trabajos posteriores al libro de Janet, es el más notable el de Taine, acerca de *Los orígenes de la Francia contemporánea*, y de su interesante lectura se deduce que su autor forma en las filas de los que piensan, que, con la revolución francesa, triunfó, sobre todas las ideas, la idea de igualdad (1).

La filosofía del siglo XVIII, precursora de los grandes acontecimientos que se inauguraron en 1789, manifestó, con perfecta claridad, esas dos tendencias, que luego sostuvieron lucha cruenta y funestísima, en medio de las agitaciones revolucionarias. Los filósofos franceses formaron dos escuelas: una partidaria de la libertad; otra defensora de la igualdad. Montesquieu, representante legítimo de la primera, combatió, con las brillantísimas luces de su inteligencia, los errores de la última, principalmente los que estriban en la confusión del principio de libertad con el principio de soberanía, y dan origen al despotismo y á los absurdos socialistas (2). En las huestes de Montesquieu, formaron, en primer término, Voltaire, Holbach, Mirabeau, Condorcet, Turgot y la mayoría de los fisiócratas, que pensaron, acerca del concepto de la libertad, lo mismo que el

lución francesa; el segundo está destinado á publicar documentos inéditos, y el tercero contiene una crónica de los hechos, sin juicios críticos. También son interesantes, pero nada nuevo añaden sobre la materia, los juicios, acerca de la revolución, expuestos por Cousin, en la introducción de sus *Fragments politiques* (*Œuvres de Victor Cousin*. Bruselas, 1840-1845), por Guizot en su *Mélanges politiques et historiques* (París, 1869), y por Rémusat en su *Politique libérale*, etc. (París, 1860). Hay otros muchos estudios acerca de la revolución francesa; pero son estudios que no tienen carácter científico: entre ellos pueden citarse las *Memoires sur la révolution française*, de Madame Elliot, traducidas al francés por Baillon (París, 1861); las *Esquisses historiques des principaux événements de la révolution française* de Dulaure (París, 1826); la *Histoire de la révolution française* de Carlyle, traducida al francés por E. Regnault, O. Barrot y J. Roche (París, 1865-1867), y la *Histoire populaire*, etc., de Cabet (París, 1839-1840).

(1) Taine.—*Les origines de la France contemporaine*, etc. París, 1878-1885.

Hay otro libro, muy reciente, sobre este asunto (Champion.—*Esprit de la révolution française*. París, 1887); pero su mérito no es extraordinario, y por su índole es muy semejante al de Arnaud de l'Arriége.

(2) Montesquieu.—*El espíritu de las leyes*, traducido al castellano por don Narciso B. Selva. Madrid, 1845.

autor del *Espíritu de las leyes* (1). Rousseau fué el inspirador entusiasta de la segunda escuela. Vivió enamorado de la libertad, cantando, en su honor, himnos elocuentes; pero destruyéndola, inconscientemente, con sus trabajos y sus doctrinas. El *Contrato social*, es la obra más enérgica que se ha escrito contra ese hermoso principio. La igualdad absoluta, la igualdad matemática, la igualdad de condiciones, este fué el ideal de Rousseau, que confundió, siempre, la idea de la libertad, con la idea de la soberanía. Por eso quiso hacer soberanos á los hombres y atacó rudamente á la aristocracia, y, cuando comprendió que la propiedad sería, al fin y á la postre, el único origen de todas las desigualdades, la combatió con palabras famosas, que jamás olvidará la historia (2). Mably siguió la traza marcada por Rousseau, y dedujo las consecuencias que se desprenden del *Contrato social*, llegando, por estos caminos, á los errores del socialismo (3). Brissot, impulsado por semejantes doctrinas, pocos años antes de la revolución, escribió una obra, inspirada por el radicalismo más exagerado, en la cual formuló su pensamiento, por medio de una frase, que, después, en labios de otro socialista, adquirió gran resonancia: *la propie*

(1) «Los escritos de Voltaire encierran el concepto cabal y perfecto de la libertad.» (J. P. Rabaut.—*Précis historiques de la Revolution française. Œuvres de Rabaut Saint-Etienne*, etc. París, 1826.)

Holbach.—*Système social*, etc. Londres, 1773.

Mirabeau.—*Essai sur le despotisme*. (*Œuvres de Mirabeau*, etc. París, 1821.)

Daunyère.—*Notice sur la vie et les ouvrages de Condorcet*. París, 1796.

Fr. Arago.—*Biographie de Condorcet*. París, 1841.

Condorcet.—*Vie de Turgot*. Londres, 1786-1787.

(2) J. J. Rousseau.—*Du contrat social*, etc. (*Œuvres complètes*, etc. París 1856.)

«La humanidad debe gran parte de sus desastres al primero que cercó un terreno, y dijo: esto es mío. Se hubieran evitado, si algún hombre hubiese gritado á sus semejantes: ¡No creáis á ese impostor; sois perdidos si olvidáis que los frutos son de todos y la propiedad de nadie!» (J. J. Rousseau.—*Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes*. (Obras citadas.)

(3) Mably.—*Observations sur l'histoire de la France*. París, 1765.—*Doute, proposés aux philosophes économistes sur l'ordre naturel et essentiel des sociétés*. París, 1768.—*Principes de morale*. París, 1784.

dad es el robo (1). Estas dos escuelas, la de Montesquieu y la de Rousseau, con sus respectivas tendencias, lucharon por conquistar el predominio sobre los revolucionarios; la primera, alentada por los constituyentes y los girondinos, y la segunda, sostenida por Robespierre. El sentido general de la revolución, fué favorable, por completo y en absoluto, á la última, que proclamó, como principio supremo, el principio de igualdad. Por eso Veillot dice, que los revolucionarios realizaron el pensamiento de Rousseau, el cual, según afirma Lanfrey, á fuerza de exagerar el principio de igualdad, lo pervirtió, falseando sus fundamentos (2). Benjamin Constant sostiene, que la influencia de Rousseau perdió á la revolución francesa, y censura, con verdadera dureza, á los que confunden el principio de libertad con el principio de la soberanía; error, que atribuye, principalmente, al autor del *Contrato social* (3). Este dictamen es respetable, pues pertenece á uno de los publicistas que mejor han comprendido y explicado el concepto de la libertad. Los escritores más excelentes de la escuela liberal, siguen, en esta cuestión, como en otras muchas, la opinión de Constant. Los juicios críticos de Laboulaye y de Stuart-Mill, acerca de este asunto, son semejantes á los anteriores (4).

Aquellos grandes movimientos, dieron nueva vida á las doctrinas socialistas, que se agitaban en la atmósfera y palpitaban

(1) Brissot.—*Recherches philosophiques sur la propriété et sur le vol*. París, 1780.

(2) «El *Contrato social* apareció en 1732, y cuarenta años después fué el manual de Robespierre y de los revolucionarios.» (Veillot.—*Mélanges religieux, historiques, politiques et littéraires*. París, 1856-1860.)

«El principio de igualdad es tan legítimo como el principio de libertad, pero Rousseau, á fuerza de exagerarlo, lo pervirtió, falseando sus fundamentos.» (Lanfrey.—*Essai sur la révolution française*. París, 1858.)

(3) «Es fácil demostrar que los sofismas más groseros del terror, son la consecuencia legítima de los principios de Rousseau.» (B. Constant.—*Cours de politique constitutionnelle*, etc. París, 1861.)

(4) Laboulaye.—*Benjamin Constant*. (*Revue Nationale*, 10 y 25 de Agosto; 10 y 25 de Septiembre; 25 de Octubre; 10 y 25 de Noviembre, y 10 de Diciembre de 1861.)

J. Stuart-Mill.—*On Liberty*. Londres, 1859.

en los ideales y en las predicaciones de los revolucionarios. La igualdad absoluta, la igualdad de condiciones, constituyó la aspiración de todos. Por eso, cuando quedó en pie la riqueza, como única fuente de desigualdades, la lógica abrió ancho camino, á los partidarios de los principios niveladores, para que pidieran la abolición de la propiedad. Así sucedió; el renacimiento del socialismo, constituyó la última consecuencia de la revolución francesa. Con profundo sentido crítico dice Janet, que Rousseau fué el fundador de los sistemas socialistas modernos (1).

No tardaron en producir, tales doctrinas, consecuencias lógicas y naturales. En 1792, un escritor desconocido, propuso la repartición de la tierra, como medio para llegar á la práctica de la igualdad. La proposición de Bonneville no fué el sueño de un pensador solitario; la igualdad de hecho se consideró, aun por los revolucionarios menos exagerados, como la realización de la igualdad de derecho, consignada en la constitución de 1791. En 1793, otro escritor, pidió la igualdad de fortunas. Estas ideas encontraron eco en todas partes, y, *La revolución de París*, salió á su defensa, luchando con grandes energías. Robespierre, Saint-Just y todos los jefes del terror, hablaron, siempre, con soberano desprecio, de los bienes materiales; pero todos confundieron la igualdad de hecho con la igualdad de derecho, y pidieron la repartición de la propiedad, incurriendo en los absurdos del socialismo (2). Poco tiempo después, Babeuf, procediendo con mayor lógica, combatió esas ideas, y rechazó la igualdad de fortunas, para pedir la comunidad de bienes. Auxiliado por Darthé, por Buonarotti, por Sylvan Marechal y por otros, organizó una vasta conspiración, después de activa y tenaz propaganda, dirigida, especialmente, desde *El tribuno del pueblo*. El partido de los iguales, que así se llamó el partido iniciado por Babeuf, en el cual tomó parte muy activa Buonarotti, proclamó las excelencias del comunismo absoluto, considerando, á la igualdad, como base y origen

(1) P. Janet.—*Les origines du socialisme contemporaine*. (Obra citada.)

(2) Laurent.—*Le Revolution française*. (Obra citada.)

A. Sudre. (Obra citada.)

de todas las dichas, hasta el punto de afirmar, que un solo hombre más rico ó más fuerte que los demás, rompe el equilibrio de la sociedad. El famoso *Manifiesto*, redactado por Sylvan Marechal, contiene, en perfecto resumen, las doctrinas de este partido. La conspiración estalló, en medio de la revolución francesa, cuando las diversas formas constitucionales se mostraron insuficientes, para poner remedio á los sufrimientos de las masas, al eterno problema de la miseria. Estos hechos, y los procesos á que dieron lugar, y el fin trágico de Babeuf y de muchos de sus discípulos, constituyeron los principales acontecimientos de los años de 1796 y 1797 (1).

Tales fueron los primeros socialistas radicales, que abandonaron por completo los sueños de los utopistas, y emprendieron caminos prácticos, alentados por el sentido, por la tendencia y por las doctrinas de la revolución. Después se manifestaron distintos sistemas, todos con las mismas aspiraciones, y fueron constituyéndose los partidos diversos, que forman, desde aquella época hasta los días actuales, el movimiento socialista. Owen, Saint-Simon, Fourier, Cabet, Leroux, Proudhon y Blanc, figuran al frente de las escuelas, que constituyen el socialismo radical.

Roberto Owen fué el fundador del primer sistema. Puso, á sus doctrinas, el lema siguiente: *Destruam et ædificabo*. Empezó negándolo todo, y, después de combatir la propiedad individual, rechazó los principios de libertad y de responsabilidad. Quiso formar de la humanidad una sola familia, y la exageración de sus ideas le llevó hasta defender la promiscuidad de sexos y la comunidad de hijos. Dotado Owen de noble carácter, de mucha bondad y de gran energía, pudo, merced á su influencia personal, dirigir, durante bastante tiempo, una sociedad industrial, New-Lanark, organizada sobre la base de algunos de estos principios. Fracasó otro ensayo que hizo en Orbiston, y, rechazadas en Inglaterra, sus ideas, emigró á los Estados Unidos, donde las llevó á la práctica, creando el célebre New-Harmony, que concluyó de una manera desastrosa.

(1) Buonarotti. — *Histoire de la conspiration par l'égalité, dite de Babeuf*.
Paris, 1850.

Fué á Francia, y allí también le acompañó la mala fortuna, y sus discípulos no alcanzaron mayores éxitos ni mejor suerte (1).

Saint-Simon, fundador del sistema que lleva su nombre, formuló otras pretensiones, algunas más transcendentales, pero todas menos groseras que las formuladas por las escuelas anteriores. El socialismo imaginado por Saint-Simon, es un socialismo teocrático muy semejante, en unos puntos, al de Platón y al de Licurgo, y muy parecido, en otros, al de Campanella. No contento con resolver, mediante nuevas organizaciones, los problemas sociales, penetró en el fondo, en la esencia misma, de las cuestiones religiosas, y nada menos intentó, que constituir una religión y una moral, inspiradas en las concepciones panteístas de Hegel. Según Saint-Simon, el origen, la causa determinante de muchas catástrofes, se encuentra en la separación de los poderes espiritual y temporal. Por eso proclamó la necesidad de sustituir el papa y el emperador, por un padre de la sociedad, que reuniese los dos títulos y los dos poderes, por el gran metafísico de la *Ciudad del Sol*. Completó su sistema, clasificando, á los hombres, en tres grandes clases: la de los sabios, la de los artistas y la de los industriales, y de este modo pretendió organizar la sociedad, mediante un régimen jerárquico completo. Para resolver las dificultades que engendran los problemas de organización, empleó una fórmula que ya es célebre: *A cada uno, según su capacidad, y á cada capacidad, según sus obras*. Dentro de este sistema, la humanidad formaría una sola familia, y la tierra un solo campo, y el cultivo sería común. Saint-Simon conquistó muchos adeptos, y, desde la época en que concibió ese sistema socialista, trabajó, sin tregua ni descanso, para extenderlo y propagarlo por todas partes; pero, durante toda su vida, fué víctima de muchas tristezas y de grandes amarguras. Sus discípulos sostuvieron campañas empeñadísimas en favor de los principios del *sansimo*.

(1) Mac-Nab.—*Examen impartial des nouvelles vues de Owen*, etc., traducido al francés por Laffón-Ladebat. París, 1821.

J. Rey.—*Lettres sur le système de la coopération mutuelle et de la communauté de tous les biens d'après le plan de Owen*. París, 1828.

Balmes.—Obra citada.

nismo, por medio de predicaciones públicas, y desde las columnas de *El Productor*, *El Organizador* y *El Globo*. Pero la escuela fundada por Saint-Simon no tardó en desaparecer: las luchas civiles entabladas entre los mismos continuadores del gran maestro; los escándalos á que estos dieron origen con su conducta; los procesos ocasionados por sus doctrinas inmorales, y el descrédito, que, por todas partes, conquistaron, sirvieron para señalar la hora de su completa y total dispersión. El *sansimonismo*, transformado por Enfantín, sucumbió, ante los Tribunales, en 1832 (1).

Carlos Fourier, el socialista que ha sostenido mayores extravagancias, pensó y escribió bajo la influencia de las ideas filosóficas de su tiempo; ideas que puso de manifiesto, por medio de la concepción panteísta que se advierte en su constante tendencia hacia los goces sensibles, y, también, en su afán constante por hacer depender todo, incluso el bien y el mal de los hombres, de la organización formal de la sociedad. Admitió la existencia de las pasiones, como facultades innatas é indispensables para la vida, y creyó que sometidas á un organismo exterior apropiado, se convertirían en útiles resortes de la acción social. Este mecanismo exterior, mediante el cual sería posible combinar esas pasiones y resolver toda clase de problemas, pensó Fourier haberlo encontrado en los *falansterios*, inmensos edificios construídos para servir de vivienda á las diversas *falanjes* en que debía ser clasificada la sociedad. En semejantes *falanjes*, compuestas de dos mil personas de distintas edades y de sexos distintos, todas las manifestaciones de la vida estarían sujetas á reglamentación minuciosa y detallada. El sistema de Fourier obtuvo, generalmente, aun de sus mismos adversarios, juicios benévolos é indulgentes, y hasta sus censores se mostraron dispuestos, siempre, á considerarle como un sistema nuevo y original, precisamente cuando estas son dos condiciones de que carece en absoluto. La comunidad de habitación, de trabajo, de comidas, de diversiones y hasta de educación, se encuentra en las leyes de Licurgo, en la *República*, en la *Utopía*, en la *Ciudad del Sol* y en el *Código de la*

(1) P. Janet.—*Saint-Simon et le saint-simonisme*. París, 1878.

Naturaleza; la rehabilitación de las pasiones, consignada está en las obras de Morelly; la teoría del trabajo que deleita y no cansa, formulada en los libros de Campanella y Mably; la negación de todo mal y la supresión de las leyes represivas, establecidas entre las doctrinas de los anabaptistas, y la santificación de los goces, es, desde hace siglos, cosa antigua entre los partidarios de Epicureo. Fourier tuvo muchos discípulos, que defendieron, con entusiasmo, el sistema; entre todos fué el principal Víctor Considerant, que completó y mejoró, en muchos puntos, la obra del maestro. Las colonias *fourieristas*, establecidas por Considerant, que quiso ensayar, en la práctica, los principios de la escuela, y los *falansterios*, fundados en los Estados Unidos, con el mismo fin, perecieron, en poco tiempo, después de grandes fracasos y de horribles catástrofes (1).

Cabet, inferior, por sus concepciones, á Owen, Saint-Simon y Fourier, trató de restaurar, con su *Viaje á Icaria*, las utopías de los socialistas anteriores á la revolución francesa; pero, al mismo tiempo, imitador de los tres mencionados, fundó la secta de los *icarios*, y, á la manera de Owen, Fourier y Considerant, estableció colonias organizadas según sus doctrinas (2).

Pedro Lerous puso en ridículo al comunismo, proclamando las ventajas de la cábala, el poder de los números, la eficacia de las fórmulas geométricas y las excelencias de la metempsícosis, y muchos errores acerca del Estado y de la familia, mediante los cuales constituyó un sistema absurdo é inmoral (3).

Proudhon siguió otros caminos. Ningún escritor ha combatido con mayor empeño á los socialistas. Contra ellos empleó toda clase de armas: la ironía, el sarcasmo y hasta el insulto. A pesar de esto, Proudhon fué un verdadero socialista; así lo demuestran sus ataques enérgicos y duros contra la propiedad, sus teorías acerca de la posesión y su afán constante por im-

(1) V. Considerant.—*Exposition du système de Fourier*. París, 1845.

Mad. Gatti de Gamond.—*Fourier et son système*. París, 1841.

J. Ferrari.—*Fourier et son école*, etc. (*Revue de Deus-Mondes*, 1.º de Abril de 1845.)

(2) Cabet.—*Voyage en Icarie*. París, 1848.

(3) Coulon.—*Plan social et humanitaire*, etc París, 1848.

poner á la sociedad, como ley suprema, la igualdad absoluta de condiciones. Proudhon repitió, presentándolas como suyas, las palabras de Brissot: *la propiedad es el robo*, y todos sus libros, y todas sus predicaciones, y sus trabajos todos, los encaminó á la realización del lema de su *Filosofía de la miseria*, usado antes por Owen: *Destruam et ædificabo*. De este modo, fué el propagandista más activo y más eficaz del socialismo (1).

Luis Blanc, el político francés de nuestros días, defendió, al frente de una escuela democrática, el principio de fraternidad, incurriendo en todos los errores del socialismo radical. La exposición más completa del sistema de Blanc, se encuentra en su libro sobre la *Organización del trabajo*, pues sus discursos de Luxemburgo, y sus demás obras, son, sencillamente, nuevos comentarios, más ó menos apasionados, acerca de las mismas ideas é inspirados por iguales tendencias. Todos los desastres sociales, son, para Blanc, resultado de la miseria, que, á su vez, nace de la concurrencia, la cual toma origen en el individualismo. Por medio de esta serie de deducciones, llega, el autor de los talleres nacionales, á demostrar, que, las ideas individualistas, forman la causa determinante de todos los males que rodean, como triste cortejo, á la humanidad. El remedio, para estos males, lo encuentra en las ideas socialistas, ó mejor dicho, en una organización social por esas idas engendrada. La mayoría de los utopistas anteriores á la revolución francesa, pretendieron convertir, al mundo, en una isla fantástica; Luis Blanc quiso transformarlo en un taller inmenso. Imaginó que los males del individualismo, de la concurrencia y de la miseria, concluirían, una vez

(1) P. J. Proudhon.—Obras citadas.

Saint-Beuve.—*Proudhon étudié dans ses correspondances intimes*. (*Revue contemporaine*, 15 Diciembre de 1865.)

J. B. Dessirier.—*Le système social de P. J. Proudhon*, etc. París, 1849.

Muchas de las paradojas desenvueltas por Proudhon, en sus obras, además de la frase mencionada en el texto, se encuentran en el libro de Brissot. Entre otras, como más importantes, pueden señalarse las siguientes: la doctrina acerca de la ilegitimidad de la ocupación primitiva; los principios contrarios al derecho de arrendamiento, y la teoría favorable á la posesión, como medio de concluir con la propiedad.

encerrada la humanidad en grandes talleres, regidos por leyes armónicas, capaces de reglamentar, hasta en los más pequeños detalles, los fenómenos de la producción, circulación y distribución de la riqueza, así como todas las manifestaciones de la vida. El sistema de Luis Blanc, despojado de sus pomposas vestiduras, queda reducido á un comunismo vulgar, inspirado, unas veces, por Morelly y Babeuf, y, otras, por Moro y Campanella. La revolución de Febrero proporcionó, al socialista francés, ocasión y medios para llevar á la práctica su pensamiento de organización social. Blanc formó parte del gobierno provisional, constituido á raíz de la revolución, y obtuvo de los demás ministros, plenos poderes para organizar el trabajo según sus ideas, á fin de mejorar la situación de la clase obrera. Entonces fracasó su sistema, en la práctica. La garantía del trabajo por parte del Estado, hizo necesario el mantenimiento de una legión de hombres sin pan y sin ocupación, y dió por resultado la creación de los talleres nacionales, que consumieron muchos millones sin producir utilidad alguna (1).

Todos esos nombres, cuyo abolengo arranca de la revolución francesa, compendian el movimiento socialista de los últimos noventa años. Ellos ponen de manifiesto, claramente, las tendencias constantes, las aspiraciones prácticas, que tuvo el socialismo, á todas horas, durante ese tiempo. Los sistemas mencionados, conquistaron muchos partidarios, que publicaron numerosas obras, siguiendo la inspiración de los maestros. Todas las organizaciones imaginadas por tales socialistas, fueron ensayadas en la práctica, y todas, absolutamente todas, fracasaron, después de producir grandes catástrofes. El único sistema que no salió de la esfera del pensamiento, fué el de Pedro Leroux, sin duda porque las invenciones *coprológicas* de este pensador extravagante son irrealizables.

El socialismo radical nació con Juan Jacobo Rousseau, y

(1) Luis Blanc.—*De l'organisation du travail*. Paris, 1840.

L. Fancher.—*Du système de Luis Blanc*, etc. Paris, 1848.

A. Clément.—*Des nouvelles idées de réformes industrielles, et en particulier du projet d'organisation du travail de M. Luis Blanc*. Paris, 1848.

murió con Luis Blanc. El autor del *Contrato social* formuló las doctrinas que inspiraron á Mably, á Brissot, á Robespierre, á Babeuf y á la mayoría de los revolucionarios, y que sirvieron de base á los sistemas de Owen, Saint-Simon, Fourier, Cabet, Lerous, Proudhon y Blanc. Todos esos sistemas perdieron, por completo, su prestigio y sucumbieron para siempre, cuando fracasó el pensamiento del autor de los talleres nacionales. A la revolución de 1789 siguió el directorio, el consulado y el imperio del primero de los Napoleones. Después de éste ocuparon el trono Luis XVIII, Carlos X y Luis Felipe, el rey de los franceses. La revolución no puso remedio á las tristezas de la clase obrera, y tampoco mejoraron su suerte ni el emperador ni los reyes. La monarquía de Luis Felipe, fué, según el pueblo, *la monarquía del estado llano*. Por eso los socialistas aprovecharon los acontecimientos políticos de 1848, é hicieron suya la revolución de Febrero. Blanc ocupó, en nombre de éstos, un puesto en el gobierno provisional, pero su obra fracasó, cuando la Asamblea Nacional se vió obligada á revocar sus reformas, por considerarlas ruinosas y perjudiciales. Entonces los socialistas intentaron, sin éxito, una nueva revolución, que ocasionó las horribles escenas de Junio, en las cuales cometieron los defensores de la república roja actos de verdadera y aterradora crueldad, gritando siempre: *la vida por el trabajo ó la muerte en el combate*. La Asamblea venció, por fin, á los revolucionarios, después de cuatro días de lucha bárbara y salvaje, y, con esta última derrota, sucumbió, para siempre, el socialismo radical.

(Continuará.)

CRISTÓBAL BOTELLA.





MISCELÁNEA

EL DOCTOR THEBUSSEM.—UNA RESIDENCIA DE INVIERNO.—NATURALEZA
Y ORIGEN DEL HOMBRE.—LA CIVILIZACIÓN Y LA CREENCIA.



CHO días hace que circuló por la prensa la noticia de que se hallaba entre nosotros el Doctor Thebussem. Muchas veces habíamos leído notables escritos firmados en Huerta de Cigarra (Medina-Sidonia), con aquel seudónimo; pero, confesamos francamente, nuestra torpeza, imaginábamos que tal nombre lo tomaba, para ocultarse, algún sabio pacienzudo de Alemania, de esos que pasan la vida estudiando la literatura española y encargándose de llamarnos la atención hacia el mérito de producciones que dejamos pasar inadvertidas. Sabedores de que tudesco hay que escribe el castellano con mucha más corrección que nosotros, porque aprendió el idioma en las purísimas fuentes de Cervantes y Quevedo, Calderón y Solís, no lograba hacernos desistir de nuestra errónea suposición, ni el leer aquellas inimitables *Droapianas*, folletos que son riquísimo tesoro de observaciones y juicios acerca de *Don Quijote*; ni la *Ristra de ajos*, picante y sustanciosa si las hay; ni la donosa relación que hace Thebussem de cómo terminó en Mina el Rosario de la Aurora; ni las famosísimas «Cartas

al cocinero de S. M.», publicadas en *La Ilustración Española*; ni tantos y tantos artículos que con frecuencia aparecen suscritos por el citado Doctor, y son sabroso manjar para los paladares que gustan del ingenio y de la frase castiza, cervantesca y, por decirlo así, esculpadora de las ideas.

Madrid es muy grande, y nos sería harto difícil dar con el misterioso Doctor. Fuémonos, por esta causa, á la ciudad de Medina, dispuestos á salir de dudas. ¿Cuál no sería nuestro asombro al descubrir que el Doctor Thebussem existe, que es un cumplido caballero á quien todos los medineses conocen y estiman? Acudiendo á la parroquia, tomando una noticia aquí, otra allá, supimos con gran contentamiento—que el júbilo de averiguar que Thebussem es español, venció en nosotros al pesar de haber permanecido engañados,—que el insigne Doctor, regocijo de las letras patrias, nació en Medina por el año de 1828 y se llama D. Mariano Pardo de Figueroa; es hermano de dos distinguidos Jefes de la Armada, D. Rafael y D. Francisco, talentosos y finos y galantes como él, y supimos también que aún disfruta la dicha de que en la solariega casa de Huerta de Cigarra habite su padre, anciano venerable, vecino á la edad, inverosímil en estos tiempos, de noventa años.

Thebussem, que es realmente Doctor en Jurisprudencia y Correspondiente de muchas Corporaciones, tiene en particular estimación su título de *Cartero honorario de España*, título que se le concedió por sus trabajos referentes al servicio postal, y sobre todo, por la ayuda que prestó para la publicación de los *Anales de las Ordenanzas de correos de España*. Motéjanle algunos críticos de que acostumbra ocuparse en cosas fútiles; pero esto aumenta su valer, puesto que consigue dar especial atractivo á esas cosas por la manera de presentarlas. También han motejado al Doctor de calavera de la literatura, de burlón, de escéptico y hasta de loco de atar. Quizás hayan motivado estos juicios sus largas permanencias en Fez, Tánger, Tetuán y otros puntos de Marruecos, y sus repetidos viajes por Europa, hechos unas veces con todo el lujo y fausto del gran señor, y otras, por capricho, dirigiendo trenes en los caminos de hierro de Bélgica y Francia, trafi-

cando en joyas, siendo encuadernador en Londres, y cocinero en fondas y palacios de Roma, Berlín ó Viena.

Únense á tales rarezas: la verdaderamente extraordinaria en nuestro país, de no haber querido nunca desempeñar cargos públicos, hasta el extremo de que trató el Conde de San Luis de sorprenderle agradablemente con la credencial de un buen destino, y el Doctor le contestó «que si le nombraba al mismo tiempo sustituto que lo sirviese y cobrase el sueldo, su gratitud y satisfacción serían completas;» la travesía hecha desde Portsmouth á Sidney (Australia), donde solamente permaneció algunas horas, ó sea el tiempo necesario para comprar *dos carneros*, que fué el objeto de su viaje; su curiosa colección, acaso sin igual, de *menús*, de libros de cocina, de correos y de formularios de cartas; y su admirable museo de *mazos* y *martillos*, que cuenta más de dos mil variedades en formas, tamaños y condiciones, pertenecientes á cuantos oficios usan de tal instrumento, enriquecido además con notas, libros, catálogos, estampas y papeles que del martillo tratan. Todas estas y otras particularidades que omitimos y que en sus escritos se reflejan, hicieron decir al sabio M. Sabín Berthelot que «ce docteur Thebussem est toujours le même; il traite des choses les plus serieuses en s'amusant et sait même de l'esprit dans les sujets en apparence les plus arides... Qu'il soit à Tanger, à Rome, à Munich ou ailleurs, il voit tout ce qui se passe, entend ou écoute tout ce qu'on dit, et profite toujours d'une bonne occasion pour lâcher son petit mot. On ne sait jamais où il est, d'où il vient, et où il va. C'est un être insaisissable, une espèce d'*hechicero*, qui ne se dévoile pas. Les uns le croient Allemand ou bohême; d'autres le disent *gitano*, etc.»

El Dr. Thebussem, que tan amablemente responde á cuantas consultas se le hacen, porque no es avaro de su erudición ni de los muchos é importantes documentos que atesora en su rica biblioteca, tiene aún que dar otra prueba de su bondadoso carácter: reunir los escritos suyos que andan sueltos en revistas, diarios, opúsculos, etc., satisfaciendo así las aspiraciones de cuantos le admiran y quieren, la mayor parte sin haber alcanzado la fortuna de conocerle personal-

mente. Ahora que *La Ilustración* ha publicado su retrato y que se sabe que el Doctor está en Madrid, andan muchos ocupados en la agradable tarea de descubrir, entre la multitud de habitantes de la Villa, á un caballero alto de cuerpo, enjuto de carnes, más cerca, al parecer, de los 50 que de los 60 años, de frente espaciosa, ojos expresivos, nariz aguileña, barba escasa y no de un solo color, cabello ligeramente rizado y amplio ángulo facial. Cuando tropiecen con persona de tales señas, si además habla con marcado ceceo andaluz y su conversación es amena y chispeante, digan sin vacilar: «¡Hé ahí al célebre Dr. Thebussem!»



Imprimióse el artículo anterior en *El Resumen* correspondiente al 17 del actual: con él intentamos dirigir un saludo cariñoso al Dr. Thebussem, ilustre escritor y entrañable amigo que en más de una ocasión á honrado á esta REVISTA con sus escritos, y á quien el insigne Castro y Serrano, desde *La Ilustración Española y Americana*, Cavia, desde *El Liberal*, y varios otros cultivadores preclaros de la literatura, desde otras publicaciones, han dado la bienvenida.

Reunir, merced á incesantes esfuerzos, un arsenal de documentos raros y valiosos, y ofrecer diligente cuantas noticias contienen á quien las desea; poseer clarísimo entendimiento, y no escribir más que de cosas menudas, dejando á otros que se empeñen en los arduos problemas de la filosofía, la ciencia y la política; saber que en Madrid se cuentan los amigos á centenares, amigos que se disputan la satisfacción de agasajarnos, y vivir de continuo en un modesto rincón de España, cuidando amorosamente de un padre, aunque no-nagenario, no achacoso; ignorar, no obstante ser tan maestro en el idioma castellano, las palabras con que se censura ó satiriza al prójimo; rehuir la honra de cruzarse el pecho con la brillante banda de una Gran cruz, y optar gozoso por el humilde nombramiento de Cartero; tales son algunos de los rasgos que caracterizan al renombradísimo Dr. Thebussem.

Cercanos, muy cercanos están ya los tristes y crudos días de invierno, en que el termómetro llega en la Corte á ocho y diez grados bajo cero, y sopla el cierzo del Guadarrama, que esparce pulmonías, auxiliares poderosos de la muerte. Muchas personas, debilitadas por los años, y no pocas de escasa robustez, porque las enfermedades han minado su salud, ven llegar con temor esa estación, que anuncian los árboles al desnudarse de sus hojas, amarillentas y sin jugo; y, ansiando vivir, se disponen á encaminarse á un punto, sea cual fuere, de clima bonancible. Piensan la mayor parte en Cannes, Niza, Hyéres ó Menton, sin que se les ocurra que muy próxima tienen una ciudad que reúne condiciones inmejorables para aquel objeto. Niza, con sus vientos impetuosos y frecuentes, Hyéres, con sus bruscos cambios de temperatura, no pueden competir, á pesar de la fama que la moda les ha dado, con la modesta población de Alicante, que, sin nieves, nieblas, ni grandes borrascas atmosféricas, ofrece, bajo un cielo de puro azul, hospitalario albergue en la época rigurosa de los fríos.

Haremos algunas ligeras indicaciones para confirmar nuestra opinión.

En Alicante la temperatura media de invierno, deducida de veinte años de observaciones, es de $11^{\circ},2$ y las extremas máxima y mínima no salen de límites muy estrechos; la presión atmosférica oscila poco, acercándose las más de las veces á la normal de 760 milímetros al nivel del mar; las lluvias no son frecuentes, pues sólo hay cuarenta y cuatro días lluviosos al año, por término medio; la humedad del aire no baja de $\frac{3}{5}$ de saturación, ni excede nunca de $\frac{4}{5}$; la evaporación es exigua; los días despejados representan el 36 por 100 de los del año; la niebla es un fenómeno sumamente raro, y más lo son aún los días de nieve; como que en el espacio de veinte años sólo hubo una nevada, que apenas duró cuatro horas, ocurrida el 18 de Febrero de 1860; la brisa es constante, pero los días de viento huracanado casi no se conocen.

Si á lo dicho se agrega que la ciudad de Alicante está levantada en la falda de un monte que la resguarda de los

vientos fríos del Norte, circuída más lejos por una cadena de montañas que cierran el horizonte por Norte y Oeste, edificada junto á la orilla misma del Mediterráneo y abierta sólo á las suaves brisas marinas, se comprenderá que se goce allí en invierno de un clima particularmente benigno.

Tampoco faltan atractivos en aquella población: su muelle, desde el cual se contempla la tersa superficie de un mar siempre tranquilo, y se distrae la vista con el confuso movimiento de las embarcaciones; el paseo de la Esplanada, cuajado de erguidas y ondulantes palmeras; la huerta, panorama encantador que embalsaman con sus perfumes y embellece con sus flores, naranjos y limoneros, granados, aromos y rosales; la comodidad de sus hoteles, que unen la economía al buen trato; el carácter franco y amabilísimo de los habitantes, para quienes el ingenio y la gracia son cosas comunes, y la caballerosidad sagrado deber; las fáciles excursiones á la ciudad de Elche, donde hay un magnífico bosque de palmeras, único en Europa, y á la industriosa Alcoy, cuyos hijos fabrican paños y papel con tanta habilidad como los catalanes; y, finalmente—¿por qué no decirlo?—la belleza admirable de las alicantinas, que tienen en sus ojos la hermosura de aquel cielo; en sus labios el coral que se oculta en las costas de aquel mar; en su gracia la esbeltez de la palma, y en sus formas la esplendidez de aquella exuberante flora, hacen de Alicante la mejor residencia de invierno.

No preguntéis allí por la estufa, el calorífero, la chimenea ó el brasero, de que tanto hemos menester en la Corte para devolver el calor á los ateridos miembros, ni os sorprendáis al advertir que en las casas no hay gruesas alfombras ni pesados portiers, porque, sabedlo: allí sonríe perpetuamente la Naturaleza, en el cielo, en el aire y en sus encantadoras mujeres, pudiéndose asegurar sin exageración alguna que Alicante es un rincón del Paraíso.

—

Mucho se discute acerca de la naturaleza y origen del hombre, sobre todo desde que Darwin publicó su obra *On*

the origin of species. Para que nuestros lectores recuerden el modo de discurrir de los transformistas, resumiremos lo que dice Ch. Debierre en el libro *L'homme avant l'histoire*, recientemente publicado.

Nadie admite hoy—observa—la división en *Bimanos* y *Cuadrumanos* establecida por Blumenbach en 1779 y aceptada por Cuvier, desde que I. Geoffroy-Saint-Hilaire, Huxley y Broca han demostrado que dicha clasificación en Hombres (*Bimanos*) y Monos (*Cuadrumanos*) se funda en un error anatómico.

Ya se consideren la columna vertebral, el cráneo ó el esqueleto de las extremidades; ya se comparen los órganos ó las vísceras, se llega fatalmente á la conclusión de que el hombre pertenece por su estructura al reino animal, del que es el más noble y perfecto representante. En vano se ha querido descubrir en él caracteres anatómicos que le diferencien de un modo indudable. Si se comparan con ánimo imparcial el esqueleto del hombre y el del gorila, se ve que ambos pertenecen, no á una misma familia, sino á un mismo género. Ni en la mano ni en el pie se encuentra un carácter anatómico marcado y distintivo. El mono, como el hombre, no tiene cuatro manos, y su pie, es pie tan verdadero, por sus huesos, por sus músculos, por sus vasos y por sus nervios, como el del hombre.

El examen del cráneo conduce al mismo resultado, porque si el del europeo se aleja mucho del del chimpanzé ú orangután, el cráneo del negro del Congo, llena el vacío que hay entre los cráneos de aquellas dos especies. Y si en el europeo la capacidad media del cráneo es de 1.500 centímetros cúbicos, no debe olvidarse que nuestro antepasado del valle del Neander no era superior, en dicho concepto, al hotentote de nuestros días, es decir, que la capacidad de su cráneo no excedía de 1.200 centímetros cúbicos.

Si consideramos el órgano más noble, el cerebro, se verá que el del hombre no está tan distante, como pudiera creerse, del del antropoide. Entre éste y el hombre no se descubren más que variaciones de orden morfológico, análogas á las que sirven para diferenciar á las familias en zoología. Y

desde Huxley y Broca sabemos que hay mayor diferencia entre los monos más inferiores y los más elevados que entre estos últimos y el hombre. Las recientes observaciones de R. Hartmann (1) confirman esta fórmula general.

El hombre no es, pues, desde el punto de vista anatómico, más que un mamífero del orden de los Primates y del género más elevado, el género *Homo*, caracterizado biológicamente: 1.º Por la actitud vertical y su marcha bípeda, de lo que depende su superioridad anatómica. 2.º Por el desarrollo de su cerebro y por el lenguaje articulado, de lo que resulta su supremacía intelectual.

Mas si desde el punto de vista físico, el hombre no es más que el primero de los animales, posee caracteres morales que son un atributo propio de la especie humana. Los animales comparten con el hombre muchas facultades intelectuales: la memoria, el razonamiento, el juicio, etc.; pero se diferencian notablemente de él porque no son seres morales y religiosos.

—

Acaba de publicarse en París una obra de excepcional interés (2), porque en ella estudia su autor M. Secrétan, distinguido catedrático de la Academia de Lausanne, importantes cuestiones de actualidad. Más de cincuenta años hace que está empeñado aquél en la noble tarea de propagar y defender las creencias razonadas que á su juicio pueden hacer que adelanten en la sociedad el orden, la paz y la ventura.

Impresionado por los peligros en que la democracia pone á la libertad individual, considerando inestable el equilibrio del sufragio universal y de los salarios, y viendo que el socialismo se mete en un callejón sin salida (*impasse*) cree que no queda otro remedio que el de una renovación moral que inspire á las partes el deseo de entenderse. Opina que los sistemas filosóficos más en boga actualmente llevan un sentido opuesto. Por esto, M. Secrétan persigue á aquellas doctrinas hasta en

(1) *Les Singes anthropoïdes et l'Homme*. Paris, 1886.

(2) *La Civilisation et la Croyance*, par C. Secrétan.—Paris, Félix Alcan, editor, 1887. Tomo en 4.º de 474 páginas. Precio: 7,50 pesetas.

la lógica del empirismo de que proceden, y trata de oponerles una concepción que juzga más verosímil y saludable. Su lema es el siguiente: «El empirismo: hé ahí el enemigo.»

En la primera parte del libro estudia el autor las cuestiones política, económica y verdadera; en la segunda, examina con gran claridad de juicio, el libre albedrío, las fuentes del conocimiento y los métodos, investigación de la causa primera, la teodicea, la creación y la evolución; y en la tercera y última, trata de la base filosófica de la religión, de su enseñanza, y de la idea y hecho cristianos.

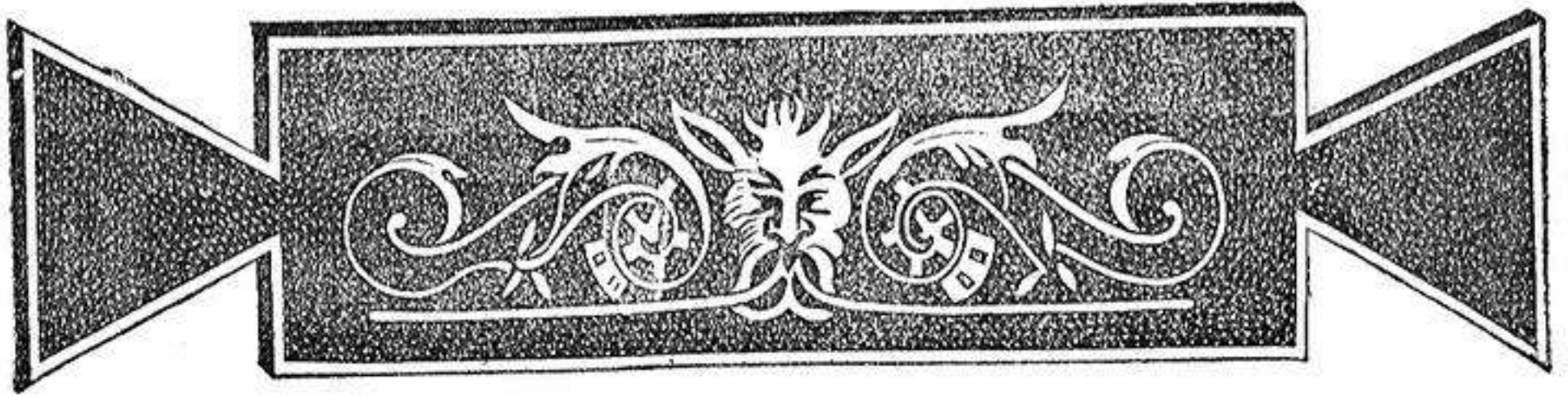
De las últimas páginas de la obra de M. Secrétan entresacamos los párrafos que siguen:

«¿Qué porvenir debe augurarse á la civilización? Lo ignoramos. Pero sí vemos que el actual estado de cosas no puede continuar. Es necesario que esta civilización se purifique y transfigure en el fuego de la caridad, ó que se derrumbe en el incendio que hace arder el odio...

»Comparando la condición precaria del trabajo manual, lo enorme de las deudas públicas, de los presupuestos y de los ejércitos, con la acumulación de riqueza, debida á perfeccionamientos industriales que se manifiestan por la adulteración de todos los productos, llegamos á dudar que haya mejorado verdaderamente la condición media del pobre civilizado, y aunque lo hubiese en realidad, el ejemplo del pasado nos enseña que las revoluciones no son la obra de los más miserables, sino de aquellos cuya carga se ha aligerado lo bastante para que se sientan con ánimo para arrojarla. Todo puede quietarse, todo puede organizarse y convertirse en bien, en la paz, con una amplia efusión de amor, lo cual depende en cierto modo de las resoluciones de cada uno de nosotros...

»En cuanto á la civilización sin Dios, no creemos en ella, porque no podemos concebir una evolución sin término. La evolución natural de este planeta, termina en la humanidad para dejar sitio á la historia. En la humanidad, el agente de la evolución histórica adquiere conciencia de sí mismo refiriéndose á su principio. La humanidad sin Dios, no sería ya la humanidad.»

RAFAEL ÁLVAREZ SEREIX.



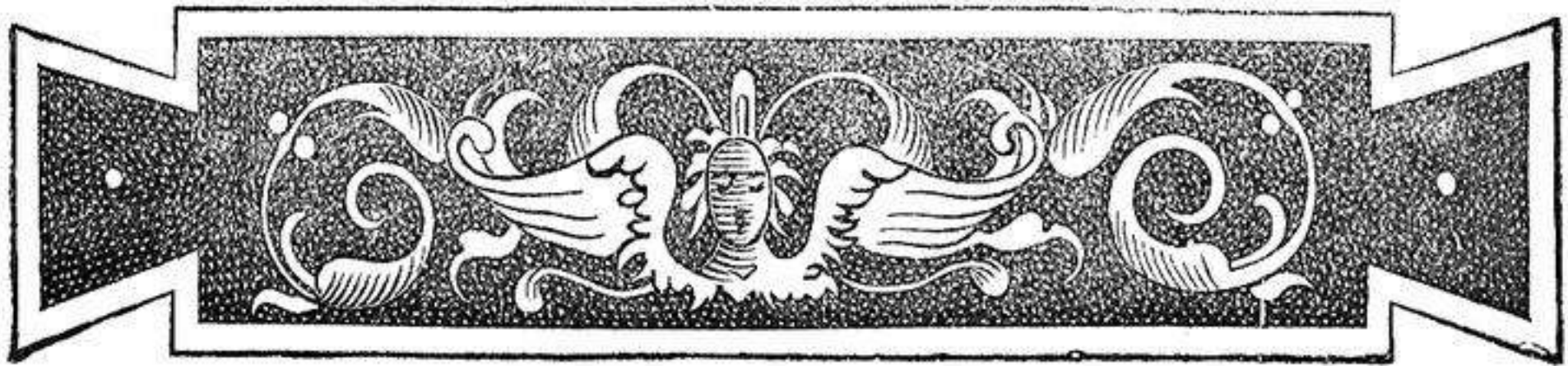
IN AUREIS NUPTIIS

SS. P. N. LEONIS XIII

FELICITER REGNANTIS

SACRUM EPITALAMIUM

Enitet in medio sidus spectabile cœlo;
In medio Ecclesiæ lux quoque magna micat.
Omnes jucundat, recreatque Diespiter orbes.
Natura induitur veste nitente suâ.
Floribus extinctis, resplendent prata lapillis;
Frigoris horrores aspera laxat hiems.
Ictus terrificos boreas, furiasque remittit,
Ut liber possit navita arare salum.
Jam nimbi horrendus cessat fragor, atque procellæ,
Ut tuta immensum cimba per æquor eat.
Classica vel litui resonare siere parumper,
Ac ædis Jani limina clausa manent.



EN LAS BODAS DE ORO

DE

NUESTRO SANTÍSIMO PADRE LEON XIII

FELIZMENTE REINANTE

EPITALAMIO SAGRADO

Luce en medio del cielo estrella hermosa,
y en medio de la Iglesia luz brillante.
El Sol, padre del día, regocija
todos los mundos. Vístese natura
de su nítida veste. Ya sin flores
los campos brillan con preciosas piedras.
El duro invierno su crudeza calma.
El Aquilón sus cóleras depone
para que indemne el nauta cruce el Ponto.
Cesó el fragor horrísono del trueno
y aquíétanse las olas, ofreciendo
seguro paso á frágil navecilla.
Calla un momento la guerrera trompa,
y las puertas de Jano se cerraron.

Omnia disposuit summus sic Rector Olympi,
 Ut cum pace vices ejus in orbe gerens,
 Unicus in terris cœlestis Claviger Aulæ,
 Hanc celebrare diem, pace favente, queat.
 NUPTIÆ UT AURIFICÆ Papæ recolantur in orbem...
 Hæc est christicolis anxia, anhela sitis.
 Divus *Eum* miris virtutibus auxit et annis;
 Ditavit meritis, atque diebus *Eum*.
 Atque Sion Ipsum præcelso in monte locavit,
 Sedulus ut Solymis invigilare queat.
 Alter Melchisedech summus sapiensque Sacerdos
 Est datus á Summo Cœlite Papa Leo.
 Dicitur Os Christi, Petri subcessor et Hæres,
 Æternusque Lapis, quem super Ecclesia
 A Christo Domino fundata quiescit, ovatque;
 Æneus est murus, qui bene munit eam.
 Israël Custos, selecti Pastor ovilis,
 Qui in montis positus vertice cuncta videt,
 Cœlica Presbyteri jam denis munia lustris
 Ipse obiit sospes... ¡Laus sit, honorque Deo!
 Est alter Salomon, quem cœli Sapientia ditat,
 Quemque suo tenerè lacte Minerva cibant.
 Maximus est Vates inter dulcissimus omnes
 Cui nimis arridens casta Camœna juvat.
 Ipse potentatus subigit ratione potenter,
 Ac magnos reges flectit amore suo.
 Is gerit imperium pietatis in orbe perenne,
 Et cunctas animas consecrat ipse Deo.
 Ipse inter gentes rixas devitat, et arcet;
 Et quamvis minime tela vel arma gerat,
 Unicus in mundo Moderator, et Arbiter extat,
 Cui reges possint vertere sane oculos.
 Is, manibus tensis, á Divo jugiter orat,
 Ut non deficiat regibus alma fides.

Dios lo dispuso así, para que pueda
el único clavero de los cielos,
su Vicario en la tierra, a questo día
solemnizar en paz, y todo el mundo
del Papa celebrar las BODAS DE ORO.
¡Anhelo, ardiente sed de los cristianos!
Dios *Le* dotó de espléndidas virtudes,
y *Le* hizo rico en méritos y días,
y en la alta cumbre de Sión *Le* puso
para que siempre vele por Solima.
Nuevo Melchisedec sapiente y sumo
el cielo nos ha dado en León Trece.
Él es, *Él* es oráculo de Cristo,
y sucesor de Pedro, y su Heredero,
Él es Lápida Eterna, en que descansa
la que Cristo fundó, triunfante Iglesia.
¡Muro es de bronce, quien así la ampara!
El Guarda de Israel, el Pastor sumo
de la selecta grey, que, colocado
en cumbre erguida, lo contempla todo,
hoy prósperos diez lustros ve cumplirse
de su Presbiteral, Celeste Orden...
¡Gloria y honor á Dios, y siempre loa!
Es otro Salomón, á quien el cielo
hinche de ciencia, y con su misma leche
tiernamente amamántale Minerva.
Sus sonrisas le brindan castas musas
¡á *Él* entre los vates el más dulce!
Con potente razón los poderosos
domeña, y con su amor los grandes Reyes;
por la piedad gobierna siempre el mundo
y á Dios consagra todos los humanos
Él evita y apaga las discordias
entre las gentes, y aunque inerme viva,
es árbitro y Juez único en el orbe,
á quien los Reyes pueden dirigirse.
Él, tendiendo las manos, á Dios ruega
por la fe de las testas coronadas:

Josua Is est alter, qui solem sistere cogit,
 Si hoc signum fieri forte necesse putat.
Is tenet in dextra sceptrum moraliter orbis,
 Et pacem mundi corde vel ore petit,
Quam fere consequitur magno molinime valdè,
 Sicut in hoc nostro tempore gesta patent.
Pastorum Pastor, ovium servator et altor,
 Humanum curat, dignificatque genus.
;Talia quis tentans imitari facta superna,
 Laudis ad æternæ culmen adire valet?
Solus Is in mundo apotheosim jure meretur,
 Laudesque innumeras sospes habere potest.
Solus Papa, Pater, generis Curator Adami,
 Ex toto laudes excipit orbe pias.
Sic ideo Patris celebrantes festa, diesque,
 Conveniunt hilares filii in Æde Dei.
Jubila sic ideo reverens Ecclesia monstrat,
 Signaque in elatis turribus alba micant.
Gaudia sic homines ostendunt maxima ubique,
 Atque canunt juvenes insimul atque senes.
Sic quoque, congestis magnis splendoribus artis,
 Coelati argenti pondus abunde nitet.
Omnes de Saba veniunt *Tibi*, Papa, ferentes
 Munera, nam solum *Te* super astra vident.
Nunc Reges arabum, vel Tharsis, et insula lætè
 Ante *Tuos* gazas projecit ipsa pedes.
A magno Turca offertur *Tibi* magna supellex;
 Lumine nam quamvis is careat fidei

El, otro Josué, que al Sol detiene
si tal milagro fuese necesario.

Él, el cetro moral del orbe empuña
y su pecho y su labio paz ansían,
aquella paz, que al fin con gran esfuerzo
consigue, como vemos diariamente.

Pastor de los Pastores, y de ovejas
servador y nutriz, *Él* dignifica
y vela siempre por la raza humana
¿quién al querer pintar tanta grandeza
al colmo llegará de eterna loa?

Él tan sólo condigna apoteosis
merece en todo el mundo: sólo *Él* puede
gozar feliz de innúmeros aplausos
tan sólo el Papa, Curador y Padre
de la prole de Adám acoge pías
aclamaciones, que le ofrece el mundo.

¿Qué mucho, pues, que alegres sus hijuelos
congregados se vean en el templo
á festejar los días de tal Padre?

¿Qué mucho que la Iglesia reverente
se muestre jubilosa, y que en las altas
torres, ondeen cándidas banderas?

¿Qué mucho que do quiera ostente el hombre
máximo gozo, y que en un solo coro
entonen cantos jóvenes y ancianos?

¿Qué mucho, si, del arte reunidos
en un haz los primores, resplandece
grave golpe de rica argentería?

A *Tí* desde Sabá se acercan todos
para ofrecerte, oh Papa, sus regalos
porque á *Tí* sólo ven sobre los astros.

Los Reyes de la Arabia y de las islas
con los de Tharsis sus riquezas todas
alegres depositan á tus plantas.

El mismo Gran Señor, aunque privado
de la luz de la fe, también *Te* brinda
preciados dones, porque en *Tí* contempla

Primorem recolit *Te* pacis in orbe satorem

Utque Dei missum *Te* decorare cupit.

India grata suas donat *Tibi* denique gemmas;

Magnates Africæ munera rara ferunt.

Tota *Tibi* Europa thesauros porrigit amplos,

Namque Herus Europæ, ac Arbiter orbis eris.

Artes ingenuæ pro *Te* sua gaudia pandunt;

Carmina læta *Tibi* sacra Camœna dicat.

Sub sancti templi resonant laquearibus amplis

Organa cum citharis, dulce canente choro.

Ridentes vultus, hilares faciesque notantur

Arva per ac urbes, hanc celebrando diem.

Clericus et laicus, miles, vel tardus arator,

Plebs et Magnates jubila quisque capit.

Lætantur pariter lactentes et seniores;

Gaudia puber habet, sicut et ipse vetus.

Nempe Tuum festum cuncti celebramus in unum,

Nan laudes PATRIS ¿quis removeere potest?

Non secus in casulis ac in regalibus aulis,

Sunt hilares hodie servus, et altus Herus.

Et cuncti Divum benedicimus Omnipotentem,

Quod *Tibi* tam largè tot benefacta dedit.

Namque beata *Tibi* dedit, et sine labibus æva.

Ut magnam laurum sospes habere queas.

Quamvis nunc, alter Petrus, detrussus in atro

Carcere permanneas, vincula fracta tamen

Angelus expediet, citiusque redemptus abibis:

Talia præmonstrat cœlica et alma fides.

Sic indefessa exorans Ecclesia Christi,

Fervida vota Deo nocte dieque dicat.

¿Quid, licet immensum, poterit non consequi ab alto,

al padre de la paz que goza el mundo,
y quiere honrarte, cual de Dios enviado.
El Indo agradecido *Te* presenta
su rica pedrería, y los magnates
del África sus dones estupendos,
y Europa sus magníficos tesoros
¡á *Tí* de ella Señor, y Juez del mundo!
Por *Tí* las bellas artes sus primores
ostentan y los vates *Te* dedican
alegres cantos de su sacra lira.
Bajo el vasto artesón del santo templo
el órgano y la cítara resuenan,
acompañando dulcemente al coro.
Bocas risueñas, rostros de alegría
en los campos se ven y en ciudades
festejando este día tan solemne.
El Clérigo, y el lego, y el soldado
y el tardo labrador, pueblo y magnates
todos, todos de júbilo se embriagan.
Idéntica alegría ocupa el pecho
del viejo y del lactante, goza el púber
extremo gozo, y gózase el decrepito.
Todos, en haz, tu fiesta celebramos
porque nadie se niega á honrar su PADRE
En las chozas y regios artesones
hoy se alegra el señor con el pechero;
y á Dios Omnipotente bendecimos
porque *Te* ha concedido tantos dones
y tan felices y tan puros años,
para que goces de laurel grandioso.
Aunque hoy, cual otro Pedro, en negra cárcel
yazgas, el Ángel romperá los hierros,
y en libertad verémoste muy pronto.
¡Así lo augura nuestra fe católica!
Así, rogando sin cansarte nunca,
santa Iglesia de Cristo, noche y día
á Dios elevas férvidos tus votos.
¡Qué cosa habrá que el cielo no conceda

Cum plebs non cessat sancta rogare Deum?
 Si plenus fidei montes vir transtulit olim,
 Sicut discipulis voverat ipse Deus,
 Assequi in hoc nostro quidnam nom tempore possit
 Fundens cum lacrymis fida caterva preces?
 ¡Ah! regnet Christus regnetque Vicarius ejus,
 ¡Amboque in æternum sceptrum superna ferant!
 Si Petro licuit romanam condere sedem
 ¿Quomodo non sedes Roma Leonis erit?
 At Jesus regnat, soliumque per æva tenebit,
 ¿Quomodo eum poterit trudere sede Nero?
 Si jam per sæclum diri periere tyranni;
 Si jam jam periit turgidus ipse Nero,
 ¡Crude subalpine, heu! ¿cur filius impius audes
 In vinclis tanto tempore habere Petrum?
 ¿Quomodo non sentis dura in cervice cadentem
 Ensem justitiæ? ¡Cæce monarca, tremel
 Angelus, aut homines, perfusi luce superna,
 Vincula pol solvent... Papaque liber erit.
 Te licet invito, aut potius te non renuente,
 Mox erit Urbs Domino jure subacta suo.
 Protinus è Roma radentur scandala prava,
 Et Sol justitiæ luce replebit eam.
 Reddita erunt italis iterum laudesque, decusque,
 Et veri ac æqui prodiet imperium.
 Hæc est ampla fides, quam pectora tota reponunt;
 Hæc promissa manent edita ab ore Dei.
 Cœli et terra ruent, at Divi verba vigeant;
 Et Deus est verax, justitiamque facit.
 Jubila quapropter capias, Sactissime Papa,
 Qui Petri sequeris, perpete laude, vias.
 Nunc cadet è sacris manibus confracta catena,
 Ut sospes fias Urbis et orbis Herus.

cuando de orar no cesa el pueblo santo?
Si aquel que tuvo fe, trasladó montes,
como Dios mismo había prometido,
¿qué no podrá alcanzar en nuestros días
la grey piadosa, si con llanto ruega?
¡Ah! ¡Cristo reinará con su Vicario,
y el cetro empuñarán eternamente!
¿Si la sede romana fué erigida
por Pedro, no ha de ser del Papa Roma?
Si Jesús reina, y es su reino eterno
¿arrojarle podrá Nerón del Trono?
Si para siempre han muerto los tiranos,
si hasta el mismo Nerón rabioso ha muerto,
Subalpino cruel ¡ay! hijo impío,
¿cómo, cómo te atreves tanto tiempo
á detener á Pedro encadenado?
¿Caer no sientes en tu duro cuello
la justiciera espada? ¡Ciego! ¡Tiembla!
El Ángel ó los hombres, inspirados
por luz divina, romperán—¡lo juro!—
las cadenas... ¡y el Papa será libre!
Aunque no quieras, ó mejor, queriendo,
de su Señor legítimo muy pronto
Roma será, y al punto los escándalos
se borrarán, y el Sol de la justicia
la inundará de espléndidos fulgores.
A Italia volverán honor y gloria
y de equidad y de verdad el reino.
Tal es la fe que abrigan nuestras almas,
tales son las promesas de Dios mismo:
y pasarán los cielos y la tierra
pero no la santísima palabra
de Dios veraz y justiciero siempre.
Gózate, pues, Santísimo Pontífice;
si de Pedro has seguido los caminos,
alcanzarás con él eterna loa.
En mil pedazos rotas las cadenas
caerán de tus manos sacrosantas

Aurea nunc ætas mundo renovata redibit,
Cunctaque erunt mundo conciliata bona.
Golgothæ opus pergens, ꝓannon Thaboris habebis
Lumen, ut ante tuos clarus adesse queas?
Nonnè Tuas poterit pœnas lenire parumper
Tanto in supplicio cernere tanta bona?
Talia jam sperant Clerus, populusque fidelis;
Talia ab Æterno servulus oro *Tuus*.

R. DEL B. V.

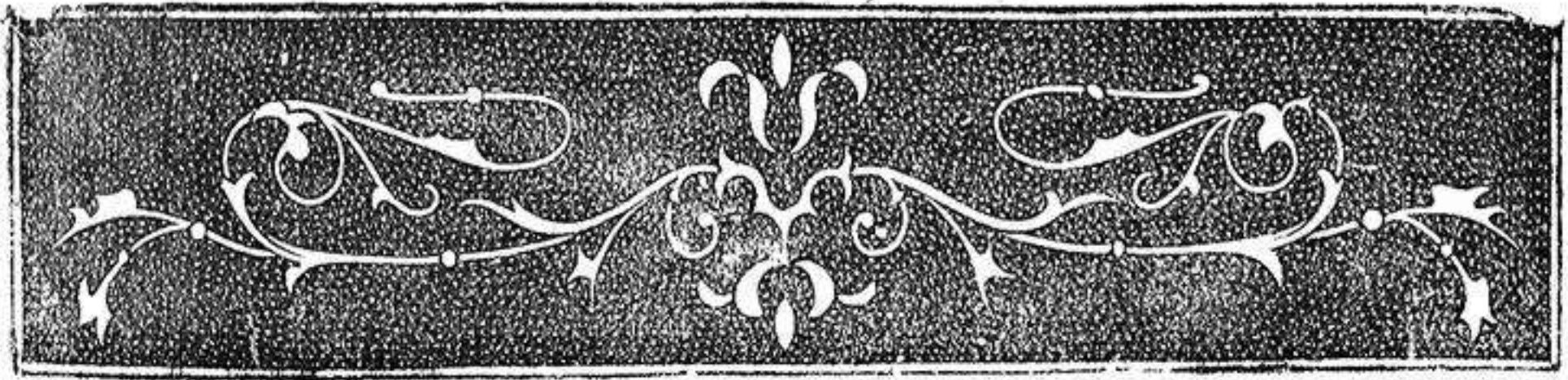
Vallisoleti X Kal. Nov. 1887.



y de Roma y del orbe serás dueño.
Nueva edad de oro gozarán las gentes,
y reinará en el mundo la armonía.
Tú que sufres del Gólgota el martirio,
¿no podrás presentarte ante los tuyos
con la luz del Thabor, esplendoroso?
¿No aliviará un momento tus dolores
el ver en tu suplicio tanta dicha?
¡El Clero y pueblo fiel así lo esperan,
y así lo ruega á Dios *Tu* siervecillo!

V. S. C.

Valladolid 23 de Octubre de 1887.



LAS TRES EDADES

POEMA

A mi respetable amigo D. Fernando Rodríguez Pridall

I



LUISA abrió los ojos y al verse sola en la cuna y en medio de aquel espantoso silencio, comenzó á llorar amargamente.

El terror le hacía oprimir con fuerza sus pestañas, y por aquellas purpureas mejillas, todavía no manchadas por el aliento de la más leve impureza, comenzaron á correr dos hilos de lágrimas que se precipitaban sobre su boquita entreabierta, avivando con su brillo el rojo carmín de sus encendidos labios.

De pronto Luisa cesó de llorar: su boca se abrió ligeramente para dar paso á una débil sonrisa de ángel, y en sus hermosos ojos apareció, á través del cristal oscilante de sus lágrimas, la viva luz de una alegría infinita.

Sus manos, revolviéndose en aquel tropel de esfuerzos con que se movía en la cuna, habían tropezado con un objeto.

Era su muñeca, su *niña*, como ella la llamaba con un candor inexplicable.

La levantó con fuerza y la apretó contra su pecho prodi-

gándole mil infantiles caricias, como si quisiera borrar con ellas la impresión de su pasado llanto.

¡Y había tenido miedo!

¡Y se había atrevido á llorar cuando su niña estaba con ella, precisamente en su misma cuna, y la había acariciado al dormirse para que ella también durmiera!

¿La habría despertado con sus gritos?

Luisa dominada por la curiosidad cogió con una mano la cabecita rubia de su niña, y apretándola con fuerza la levantó para convencerse de la realidad de sus temores.

Tenía los ojos abiertos. Sin duda ella la había despertado.

Entonces fué de ver las miles de palabras cariñosas que prodigó á su niña, los tiernos agasajos, los repetidos besos, las muestras de interés de todo género con que Luisa se esforzaba por desagraviar á la muñeca de aquella falta que ella nunca se habría perdonado.

Pero conocía el medio de desagraviarla.

Apelaría á su mamá, en cuyos brazos sabía Luisa que su niña recobraba siempre la alegría.

La inocente criatura creía que en el fondo de aquel juguete de madera y trapo se operaban las mismas impresiones que ella experimentaba en su ánimo infantil, y no podía creer que su niña, á diferencia de lo que sentía ella misma, permaneciera indiferente ó triste ante la faz sonriente y hermosa de su madre, cuando ella sentía llenarse su alma de un inmenso júbilo en presencia de aquel sér tan querido.

Esto bastó á consolarla.

Su madre estaba allí, acababa de llegar atraída por el llanto de su hija, y la tomaba en sus brazos cubriendo de besos aquella angelical cabeza.

Así se encontraba ella satisfecha.

Estaba en los brazos de su madre; sostenía ella entre los suyos á su niña, ¿qué más le faltaba para ser completamente dichosa?

¡Su madre y su niña!

Hé aquí condensada la vida entera de Luisa.

Al lado de aquellos dos afectos tiernísimos de su alma, para ella todo eran horizontes risueños, nubes de rosa, paraísos

mágicos, ensueños dulcísimos con los que la infancia borda los albores de esta vida, por todos aspectos después tan desconsoladora y triste.

Un día Luisa halló su muñeca destrozada, deshecha completamente la cabeza, y dividido su cuerpo en pedazos.

El dolor oprimió su corazoncito de ángel y lloró amargamente á la vista de aquellos destrozados restos que tantas y tantas veces habían causado en los días anteriores su delicia.

Así Luisa, á pesar de sus pocos años, se entregaba á un llanto que no era producido por el dolor físico.

Tenía ya, aun siendo tan pequeña, un afecto en su alma que era la alegría mayor de su vida: el amor de su *niña*, que junto con el de su madre eran para ella un amor solo en el que se condensaban todas sus alegrías.

Era una niña aún, y ya sentía afectos que le arrancaban lágrimas allí donde la vida del espíritu apenas si parece que pudiera tener cabida.

¿Y quién es capaz de apreciar la profundidad y la grandeza de aquel mudo amor de Luisa?

II

Aquella misma Luisa, á quien la implacable suerte no respetó en el amor á su muñeca, es hoy una gallarda joven.

Las delicadas líneas de su cuerpo, transformadas al tibio calor de una vida juvenil y sana, se habían convertido en tentadoras formas, en que, á las exquisitas revelaciones de una celestial belleza, se unía el irresistible atractivo de los más terrenos encantos.

Su alma mecíase de continuo en una vaguedad indefinible que asomaba á sus ojos revistiéndolos de una melancolía dulcísima, y en su cerebro, atormentado por los más vanos ensueños, parecían bullir extrañas ansias que ella misma jamás había acertado á explicarse.

Luisa amaba ya, sin duda alguna, pero amaba con esa vaguedad que siente el espíritu cuando aún la ilusión acariciada no tiene realidad fuera de la fantasía.

El momento esperado hubo de llegar al fin, y Luisa amó con todas las fuerzas de su alma al hombre que simbolizaba para ella la realización de la más grande de las ambiciones que encierra el corazón de la mujer: la de la necesidad de amar.

¡Qué transformación fué aquella tan grande para esta criatura todavía extraña al adormecedor influjo de esa pasión inmensa de la vida!

Jamás ella había sentido ansias tan infinitas, alientos tan sublimes, resoluciones tan profundas y sentimientos tan poderosos.

No hubiera podido imaginar siquiera, á no amar con la vehemencia de hoy, que vivieran tan secretos resortes en el alma, que existieran ignorados tan vastos horizontes, que tuviera aspectos tan gratísimos la vida, que fuera capaz de tanto el corazón humano.

¡Cómo se burlaba ahora de sus aficiones de niña, de sus recreos infantiles, de sus anhelos inocentes y de las satisfacciones ligeras que hasta entonces le habían proporcionado los afectos de que antes se rodeara!

Luisa vió cómo el Sacerdote unió ante el altar su mano á la del hombre que hacía las delicias de su vida para no separarse de él hasta la muerte, y todavía después tuvo la alegría infinita de estrechar entre sus brazos el fruto castísimo de aquellos santos amores que tantas alegrías habían derramado en su alma.

¡Era al fin *esposa y madre!*

¿Habría dos títulos que más pudieran enorgullecerla sobre la tierra?

¿Habría algo más que pudiera ambicionar que no fuera esto?

¡Cuántas veces se estimaba á sí misma, en las delectaciones sublimes del amante, como la más dichosa de las mujeres, teniendo el amor de un esposo que cifraba en ella toda su ventura y abrigando entre sus brazos el cuerpo inocente y

queridísimo de aquel hijo, en los transportes de su amor inmenso de madre!

Por eso este amor llenaba toda su vida y por eso todas sus alegrías, todos sus propósitos, todos sus anhelos, estaban inspirados en esta fuente purísima de los más santos y más legítimos goces.

Pero la vida es una cadena de accidentes en que al más favorable sucede el más adverso, y en que, por sarcasmo horrible de la caprichosa Naturaleza, parece el hombre condenado á caminar por una serie interminable de opuestas transiciones.

Luisa perdió al esposo de su vida, y para colmo de su desesperación vió también morir al hijo de sus entrañas.

La suerte parecía haberse complacido en hacer gustar á aquel sér delicado las mayores dichas de la vida para gozar en arrebatarlas después traidora y repentinamente tras de haberle hecho comprender la felicidad que producía el poseerlas.

Luisa, pues, fué una mártir del amor.

Él había producido las mayores satisfacciones á su alma; él había revelado á su espíritu aquellos mundos, por ella ignorados, de ventura y de felicidad inefables: él había ennoblecido su pensamiento trasladándole á las regiones de la ilusión más pura: pero en él, asimismo, había encontrado las mayores amarguras de la vida; él produjo la ruína del edificio inmenso de su dicha, y él fué el sepulcro de todas sus ilusiones y de todos sus ideales.

El amor le dió todas sus dichas: del amor sacó todos sus males; el amor, pues, fué la clave toda de su vida.

¡Pobre mártir!

III

Han transcurrido algunos años, y Luisa, aquella Luisa que en su juventud fuera una delicada flor para recreo de los sentidos, y que mostrara en sus delicadas formas la majestad de una belleza eterna por la solidez acabada de sus curvas, ha-

bíase trocado en una agostada flor, mustia y ajada por el huracán de los humanos dolores, en que nada restaba ya que denunciase aquella perfección exquisita que había hecho de ella un sér por todos aspectos adorable.

El dolor había impreso despiadadamente su huella en aquel rostro nobilísimo, de hermosura en otro tiempo tan acabada y perfecta, llenando de arrugas su piel, robando el brillo á sus ojos, y alterando el orden admirable de sus facciones todas, sustituyendo á la vaga sonrisa que siempre parecía vivir en sus labios, una expresión de indefinible amargura que ni un solo momento dejaba de mostrarse en ella. Toda su vida la había reconcentrado en el recuerdo de aquellos seres queridos, que un día, para siempre, la abandonaron.

No conocía afecto alguno que la ligase sobre la tierra, y llevaba la pesada carga de su vida sin otro aliento que el de conversar en la oración con aquellos seres amados.

¡Oh! ¡Qué deleznable era todo en la tierra y qué bien hubiera hecho ella con poner su amor, todo su amor, en aquel Sér infinito, omnipotente, eterno, en cuyo seno nada fracasa, y en cuya protección viven tan ajenos á las continuas miserias de la tierra los que en Él ponen toda su esperanza!

¡Qué amor aquel tan sublime, tan digno, tan justo, el de la criatura para con su Hacedor, libre de las inesperadas amarguras de esta vida, ajeno á los temores con que aquí constantemente se lucha, y poniendo su esperanza en un Bien de suyo tan imperecedero é inefable, del que nunca podía sacar el corazón sino eran consuelos y ventura con que hacer agradable la vida!

¡Oh, si ella lo hubiera pensado bien!

Pero ahora procuraría, en lo que le restase de existencia, desagraviar á aquel bondadoso Señor, cuyas celestiales voces había desoído yendo á fundar su amor y su esperanza sobre lo efímero de las cosas terrenas mientras aquel justísimo Padre le había brindado con una esperanza y un amor tan sólidos y tan interminables.

Sólo así, estrechándose íntimamente con el Ser Divino, se sentía aliviada en aquel dolor inmenso que le causaba el recuerdo de los seres perdidos para su corazón.

¡Qué amor tan sublime era el amor de Dios!

En el seno de Él reposaban los seres queridos de su alma, allí solamente podría unirse con ellos y poner á su dolor consuelo, ¿por qué Dios no la llamaba á Sí cuanto antes?

¿Acaso Dios, tan bueno y tan misericordioso, se gozaba en prolongar así su martirio?

¡Ah, no! Aquel bondadoso Padre Celestial, á quien ella rogaba todos los días, la había, por fin, escuchado, y ya se acercaba el momento solemne en que iba á despojarse de estas miserables ligaduras de la carne para volar al seno del amado infinito.

Sus aficiones de niña, sus desvelos por el hombre amado, las pasiones terrenas que engendra la vida, ¿qué eran al lado de aquel amor que daba la felicidad eterna?

Por eso, Luisa al morir, entregó plácidamente su espíritu: porque moría contenta al saber que moría en el seno del más grande de los amores.

*
* *

Tal fué la vida de Luisa, y tal es el fondo, puede decirse, y en las líneas generales de este cuadro, la vida de todas las mujeres.

¿Acaso no es su vida un poema entero de amor?

ELÍSEO GUARDIOLA VALERO.





LA INMIGRACIÓN CHINA EN FILIPINAS

CONTINUACIÓN (I)

Comenzando por la isla de Java, (2) vemos que al llegar á ella por primera vez los holandeses, encontraron establecidos muchos chinos en diferentes puntos, aumentándose considerablemente su número al amparo de la Administración europea. Varias leyes protectoras les favorecían en un principio; pero aun cuando después se dictaron disposiciones para restringir la inmigración de estos huéspedes turbulentos, cuya afluencia amenazaba destruir el dominio de los europeos, resultaron ilusorias, por los manejos y resistencia de los que se aprovechaban del trabajo de aquéllos, y por los abusos de los empleados poco escrupulosos. En 1723 la Regencia de Batavia decretó su inadmisión; y aunque después se modificó esta medida, no dejaron de adoptarse providencias contra su establecimiento desde 1727 á 1740. En esta época se hallaba en Batavia un chino de ilustre nacimiento llamado Hicoeria, dotado de una intrepidez poco común, y que ya había estado

(1) Véase la pág. 225 del número anterior.

(2) Resumen de la historia y administración ultramarina de las posesiones holandesas en el archipiélago de la India, por D. Luis de Estrada—1856—páginas 17 y 18.

complicado en su patria en algunos movimientos políticos. Luego que llegó á Java formó proyectos ambiciosos, y halló á sus compatriotas muy dispuestos á secundar su ejecución, pues los conjurados le ofrecieron el Poder con el título de Rey de Sakatra, y aun parece que convinieron en apoderarse de toda la isla, alentándoles el ejemplo de que en 1661 se habían hecho dueños de la isla de Formosa. La primera idea que se les ocurrió para realizar su plan, fué la de atacar la capital y concluir con los europeos. La revolución estalló al cabo, á pesar de la incredulidad de algunos miembros del Consejo. El Gobernador salió de su letargo el 26 de Septiembre de 1740, cuando se le comunicó la noticia de que la rebelión y armamento de los chinos se manifestaban en todos los puntos, y que numerosos grupos amenazaban á la ciudad, que á pocos momentos se vió atacada por todos lados. En medio de esta inesperada crisis, se tomaron medidas un tanto eficaces para defenderse de los agresores. Los Consejeros del Gobierno de la colonia, barón Van-Imheff y Mauricio Van-Aarden, fueron provistos, á petición suya, de los poderes y medios necesarios para defender la ciudad en aquel extremo. Ayudados de las tropas disponibles, de la guardia urbana y de los empleados armados, lograron poner expeditas las comunicaciones con el campo é intimidar á los chinos, reunidos en la ciudad, que se disponían á auxiliar á sus compañeros de las afueras. El pusilánime Gobernador Valckenier, habiendo reunido el Consejo, propuso la cuestión de si sería conveniente deshacerse de todos los chinos que hubiese en Batavia. Semejante idea excitó la indignación del Consejo; el barón Van-Imheff protestó contra tamaña barbarie, y á propuesta suya se resolvió por unanimidad de votos, excepto el del Gobernador, hacer visitas domiciliarias, y arrestar á todo chino comprometido en la revolución que ocultase armas ó municiones. Poco antes de estos sucesos, había decidido el Consejo que fuesen deportados á Ceilán todos los que no acreditasen sus medios de subsistencia.

La resolución del Consejo relativa á las visitas domiciliarias, aunque se hizo pública, no produjo el efecto deseado, porque á poco de separarse la Asamblea, y por orden secreta

del Gobernador, según se dijo, aparecieron grupos de furiosos provistos de teas encendidas, pidiendo á gritos el exterminio de los chinos. Poco á poco se les reunió el populacho y algunos militares indisciplinados, y se entregaron á escenas brutales. El fuego, la metralla y toda clase de armas, se emplearon en los barrios habitados por los chinos, y la matanza no tuvo fin hasta que sus casas fueron reducidas á cenizas, y los cadáveres de 10.000 de ellos cubrían las calles de Batavia.

A pesar de la amnistía que á seguida se publicó, el levantamiento continuó fuera de la ciudad. Los chinos se habían atrincherado en los edificios aislados, desde donde salían á amenazar y á inquietar la capital y los demás puntos fortificados. Algunos destacamentos, mandados por hábiles oficiales, batieron á los amotinados, consiguiéndose al fin, con la destrucción de los puestos fuertes, donde se defendieron desesperadamente, que las inmediaciones de Batavia quedasen libres de enemigos. Aquellos campos tan florecientes y cubiertos de establecimientos industriales, presentaban el aspecto de un campo de batalla. La tranquilidad y el orden se fueron restableciendo, y se obtuvieron buenos resultados de un nuevo decreto de amnistía expedido por el Gobierno.

Vencida la insurrección, se tomaron las medidas que antes debieran haberse adoptado, para precaver la excesiva reunión de un pueblo turbulento y falaz, hábil en ocultar sus desig-nios y mantener correspondencias con su patria á favor de un idioma poco conocido; pueblo para el cual todos los medios son buenos, con tal que le aseguren el monopolio en el tráfico y acumulación de riquezas.

Hoy día los chinos son admitidos en la isla de Java, de modo que en todos los pueblos hay una pequeña colonia de ellos, pero el Gobierno holandés tiene buen cuidado de que sea lo más reducida posible. (1)

También en la isla de Borneo, han promovido los chinos graves disturbios. Los que se dedican á la explotación de los criaderos de diamantes enclavados en territorios pertenecien-

(1) *Voyage autour du monde* par le Comte de Beauvoir —1875—página 250.

tes á Soberanos indígenas, erigieron pequeños pueblos, llamados *Kongsies*, bajo el protectorado de las leyes de su país. Viendo los fundadores de esta especie de Repúblicas chinas que acrecía anualmente el número de las inmigraciones y que su fuerza moral se había consolidado, llevaron sus pretensiones hasta negarse á reconocer la autoridad de los que les habían concedido el permiso de establecerse en sus Estados, haciéndose en cierto modo temibles á los mismos, quienes en 1878 se vieron precisados á solicitar el apoyo y auxilio del Gobierno holandés. Por su parte los trabajadores chinos de las minas de oro del pequeño Estado de Sarawak, situado en la costa N. de la isla y fundado en 1839 por un comerciante inglés, Mr. Brooke, que habiendo llegado con un barco de su propiedad y encontrado al país en estado de permanente rebelión, prestó al Radjah Muda Hassim su ayuda material y sus consejos, recibiendo en recompensa un territorio de 92 kilómetros de ancho, por 110 de largo, pusieron al nuevo Reino en grave peligro. Descontentos del Gobierno porque les impedía invadir las tierras cultivadas por las tribus vecinas (1), excitados por los agentes de las sociedades secretas, que mantenían una unión íntima entre todos los chinos del archipiélago, alentados también por la guerra infructuosa que la Inglaterra acababa de hacer al Celeste Imperio, concibieron el proyecto de destronar á sir James Brooke, á fin de poner en su lugar un Soberano de su elección. Reuniéronse en 18 de Febrero de 1857 para marchar sobre la capital, Kuching, apoderáronse fácilmente del arsenal y de la fortaleza, que estaban casi sin guarnición; incendiaron la casa del Gobernador y otros edificios públicos, y por último, saquearon los barrios habitados por los malayos. Algunos ingleses fueron asesinados. El Radjah, escapó milagrosamente al furor de estos salvajes y pudo refugiarse en un vapor mercante, que por una feliz casualidad entró en el río en aquel momento. El triunfo de los insurrectos fué de corta duración. Los malayos acudieron inmediatamente á combatir á los chinos que, aunque dueños de

(1) Les colonies anglaises de la Malaisie, par M. H. Blerzy—*Revue des deux Mondes*—tom. 66—pág. 674.

la ciudad, no pudieron conservarla. No atreviéndose á aventurar una batalla, se retiraron hacia la parte alta del río, perseguidos y acosados sin cesar. La derrota fué completa. Unos se dejaron matar sin resistencia, otros, haciéndose á sí mismos justicia, se ahorcaban en las ramas de los árboles. Los pocos que escaparon con vida, lograron internarse en los territorios correspondientes á las residencias holandesas, en cuyas fronteras las tropas del Radjah tuvieron que detenerse.

Respecto á las colonias inglesas, se registran igualmente hechos parecidos. En Hong Kong los chinos se entregan frecuentemente al robo, al asesinato, al incendio y al saqueo, hasta el punto de que los comerciantes europeos tienen que auxiliar personalmente á la policía y castigar á los criminales con todo el rigor del estado de guerra. En Poulo-Pinang y Malaca, los ingleses han llegado muchas veces á temer que los chinos, en las muchas asonadas que han promovido, llegasen á suplantarlos, siendo principalmente objeto de sus preocupaciones las sociedades secretas chinas, cuyos miembros prestan juramento de no acudir jamás á los Magistrados europeos, y de no reconocer más autoridad que la de la asociación. Para contrarrestar la influencia de estas sociedades, los ingleses han adoptado la política de fomentar la división de de estos peligrosos súbditos en grupos hostiles ente sí, y lo han conseguido en parte gracias á la connivencia de algunos chinos ricos, admitidos bajo diferentes conceptos en la Administración británica. Aprovechánse, además, para conjurar el peligro, de la animosidad de los malayos contra los chinos, confiando la custodia de los distritos mineros á fuerzas compuestas de soldados indígenas sacados de los regimientos más leales.

Sólo en la ciudad de Singapore es donde, hasta ahora, los chinos no han provocado graves conflictos; pero esto, á juicio del Conde de Beauvoir (1), no prueba que no sean peligrosos en otras partes. Las demás colonias en nada se parecen á Singapore, que no es más que un gran depósito mercantil, sin territorio anejo y sin producción propia, en donde las razas

(1) *Voyage autour du monde* par le Comte de Beauvoir—1875—pág. 326.

asiáticas forman una población sedentaria, y en donde no hay que poner á salvo ninguno de los intereses de una colonia. No puede, pues, invocarse este ejemplo verdaderamente excepcional para probar la inocuidad de la inmigración china.

Los defensores de esta última, no dejarán de calificar de ilusorio el temor de que la dominación española pueda correr peligro alguno en Filipinas de parte de los individuos de aquella raza, suponiendo que las considerables fuerzas con que España cuenta al presente en aquél país hacen completamente imposible tal contingencia. Pero á esto contestaré, que si hoy contamos en Filipinas con un ejército, con una escuadra, y con otros medios de defensa, muy superiores á los de antiguos tiempos, también la población china, que jamás había pasado de 35 á 40.000 individuos, se ha triplicado próximamente en el último decenio, alcanzando hoy á 94.000, cifra que, de proseguir la inmigración en la proporción actual, llegará en breve á producir la implantación de un Estado dentro de otro Estado. ¿Y será sensato mirar este hecho con estóica indiferencia?

Hace quince años, España se vió dolorosamente sorprendida con la grave noticia de haber estallado en Filipinas una insurrección, que por poco hace dueños á los sublevados de la fortaleza y ciudad de Cavite. Por casuales coincidencias, ni éstos pudieron desarrollar su plan ni evitar que sus proyectos llegasen á ser descubiertos por las Autoridades; pero si la rebelión pudo ser reprimida instantáneamente, no dejó de producir honda impresión y de despertar serios temores en el ánimo de las personas amantes de la patria. Ahora bien; entre los principales jefes de la conspiración, figuraban varios mestizos chinos, raza la más activa, vigorosa é inteligente del país, y dotada de las más relevantes facultades para manejar á su antojo á los chinos, de cuyas cualidades participa. ¿Es posible desconocer la inmensa gravedad que el acontecimiento expresado hubiera revestido, si los sùlevados hubiesen atraído á su causa á los 40 ó 50.000 chinos existentes en Manila? Y que esto no hubiera sido probablemente muy difícil, es tanto más de creer, cuanto que la inmensa mayoría de los chinos residentes en Filipinas pertenecen á la última capa social de su país, y

distan mucho de encontrarse en aquella posición acomodada ó en la vía de alcanzarla, que el Administrador de la renta en Aduanas, D. Prudencio de Santos (1), consideraba en 1842 como garantía suficiente para poder afirmar que los chinos no eran temibles para la seguridad del Estado.

Los PP. Buzeta y Bravo se felicitaban en 1851 (2) de que hasta entonces no se hubiese dado valor á las acusaciones dirigidas contra los chinos, y entre ellas á la de considerarles como temibles por el apoyo que contra el Gobierno colonial podrían prestar en cualquiera invasión extranjera. Yo entiendo, por el contrario, que es de lamentar la indiferencia con que se viene mirando este delicado asunto, porque el peligro es quizás ahora mucho mayor que en los tiempos pasados. Me induce á pensar así, el observar que el Imperio Chino no es ya aquella nación débil y pusilánime que al recibir las excusas del Gobernador de Filipinas, por las matanzas de 1603, se limitaba á contestar con arrogantes amenazas, pero sin atreverse á vengar el atropello cometido en sus súbditos. Hoy la China dispone de un ejército de un millón y setenta mil hombres, con dos grandes cuerpos organizados á la europea, organización que se va extendiendo á los demás; y en cuanto á la marina de guerra, que en 1880 contaba con cuarenta buques de vapor, que medían en conjunto 20.000 toneladas y estaban armados con 238 cañones, sigue adquiriendo rápidamente gran incremento, habiendo levantado el Gobierno chino desde 1874 varios empréstitos de consideración en el extranjero para la construcción de acorazados.

Por otra parte, si la probabilidad de una agresión puramente individual del Imperio Chino puede parecer remota, no lo es tanto la de su participación en algún otro conflicto internacional en que España pudiera verse envuelta.

Hay en Europa una gran potencia que acaricia proyectos

(1) Notas que acompañaban al informe que emitió en 24 de Abril de 1842, sobre los medios de atraer á Manila el comercio de China.—*Revista de Filipinas*, tom. 2, pág. 239.

(2) *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de las islas Filipinas*, tomo 2, pág. 247.

coloniales, y que, á pesar de llamarse amiga de España, señala como independiente en sus mapas del Archipiélago filipino una gran parte de la isla de Mindanao; se apodera por sorpresa de otras islas consideradas desde su descubrimiento como españolas, y cuenta en Filipinas con un número bastante crecido de súbditos. Pues bien; esa potencia, que en las frecuentes mudanzas de la política europea puede el día menos pensado declararnos abiertamente su hostilidad, acaba de estrechar sus amistades con el Imperio Chino, según ha referido recientemente la prensa política. No se necesita gran perspicacia para comprender la transcendencia de semejante hecho, en relación con la integridad de nuestros dominios de la Oceanía, integridad que pudiera verse tanto más gravemente comprometida, cuanto que la acción común de las dos naciones indicadas, no dejaría de utilizar seguramente el eficaz auxilio de esa enorme masa de inmigrantes chinos, que invade, en proporciones cada vez mayores, nuestro Archipiélago.

RAMÓN JORDANA.

(Se continuará.)





LA MANO IZQUIERDA

NOVELA ORIGINAL

I



LOS sucesos que nos proponemos referir, acontecieron, no hace muchos años, en la hermosa y rica residencia de una familia distinguida, á pocas horas de París, en el departamento de *Seine et Oise*. M. y Mad. de Beaufort no tenían hijos, pero en su *Chateau* de Villepaix había siempre mucha gente, tanto por las ideas filantrópicas del marido, que era muy dado á proteger parientes, como por los gustos sociables de la mujer, la cual, recibiendo durante su permanencia de los inviernos en París muchas invitaciones, y haciendo honor á todas, organizaba, en buena correspondencia, una serie de fiestas en su residencia veraniega, donde nunca faltaban sobrinas jóvenes que ayudaban á recibir los invitados, ó amigas íntimas, que hacían en la casa una instalación formal, más ó menos larga. En el momento de comenzar nuestro relato, que era el de inaugurar las cacerías, sólo tres personas acompañaban en el *Chateau* á los dueños de la casa: Rosa de Beaufort y Cecilia Provins, sobrinas del señor, y Julio de Chauvigny, hermano de la propietaria.

Eran las nueve en punto de la mañana cuando llegaron del paseo matinal Rosa y su tío, y antes de que el reloj de la torre diese la última campanada, un criado se llevaba del diestro los dos hermosos caballos cubiertos de espuma, y los metía en la cuadra próxima á la plataforma donde desmontaba la amazona, mientras ésta y su compañero cruzaban silenciosamente la esplanada que los separaba de la escalinata del *Chateau*, y tomaban silenciosamente también, el camino de sus respectivas habitaciones.

—¿Cómo está mi pobre amigo?—dijo Rosa al entrar en la suya, dirigiéndose á un perro de gran tamaño acostado en un cojín; pero el animal, que parecía enfermo, y había levantado ansiosamente la cabeza al sentir que la puerta se abría, lejos de recibir bien la mano que con suavidad venía á posarse sobre ella en forma de caricia, con rapidez é inesperado empuje trató de apoderarse de aquélla mano; y aunque el instintivo movimiento de retirada fué muy rápido, todavía los dientes hicieron alguna presa en la muñeca, que quedó ensangrentada.

—¡Siempre el mismo mal genio, Athos!—dijo la agraviada sin demostrar enojo en el ademán, ni miedo en la voz.—No pareces perro, ¡pareces hombre!—y quitándose los guantes y el sombrero, fué á sacar de un armario, en un cuarto oscuro contiguo, cierta botella con un medicamento, del cual vertió razonable cantidad en una escudilla, y que el perro bebió con ansia. Luego pensó en su herida, y como no pudiese ella sola atender á su curación, llamó á su doncella, que al ver la sangre se mostró asustada.

—Voy á llamar á la señora ó á Mlle. Serval—dijo la chica azorada.

—Guárdate de decir una palabra á nadie, Virginia: aquí no es cuestión sino de lavar esto con agua fresca, y poner después cualquier bálsamo, ó sencillamente glicerina: despáchate.

Así lo hizo ¡la muchacha, y luego hubo de ayudar á su señorita en el cambio de traje de montar, por otro corto.

—¿Ha venido alguien?

—No señora, pero toda la casa está en conmoción. M. Julio ha salido muy temprano á caballo á encargos de la señora.

Mlle. Serval no para un minuto. Sin duda esperan hoy mucha gente.

—Escucha, Virginia: al salir de aquí olvídate de que existo; si preguntan por mí, dí que no estoy en casa, exceptuando al señor ó á la señora, bien entendido.

—Está bien, señorita.

—Cuando venga M. Gerôme, el veterinario, le haces entrar aquí á él sólo, ¿entiendes?

—Pierda cuidado la señorita.

Y Rosa, cerrando con cerrojo la puerta por donde había salido Virginia, se quedó sola en su departamento.

Componíase éste de una pieza espaciosa con ventana al Parque, y de otro cuarto formando ángulo, que correspondía á una de las torrecillas del edificio, y al cual se pasaba desde la primera pieza bajando un escalón.

Tenía este cuartito, bajo de techo, de pequeñas dimensiones y como desprendido de la crujía de la casa, singular aspecto de retiro y aislamiento. La ventana, con igual orientación que la del cuarto vecino, era más saliente y dominaba con entera independencia el extenso Parque. Veíanse añosos y corpulentos árboles aislados en las praderas; calles de tilos frondosos y de esbeltos arces. Diferentes estanques, formados unos por líneas rectas, otros rompiendo por entre el césped en suaves y desiguales curvas. Animaban el paisaje pintorescos pabellones y puntos de descanso, chozas y asientos protegidos por cortavientos caprichosos, y ya muy lejos veíase el arranque del monte tallar, que luego se convertía en los extensísimos bosques, magnífico cazadero con que terminaba la posesión. Dentro de esta piececita de la torre había pocos muebles. Una mesa de escribir, y, sobre ella, el retrato de un hombre joven y guapo; libros, caballete y enseres de pintura. En el cuarto anterior, aunque decorado con gusto, no se veía nada superfluo ni cosa que no tuviese su razón de ser para las necesidades de su habitadora. Elegantes cortinajes de cretona de Alsacia, de tintes finos y complicados ramajes, caían delante de la ventana y disimulaban el lecho, siendo igual el vestido de las paredes. Los muebles eran sencillos y severos, no había cuadros ni flores ni chucherías, y notábase de una ma-

nera chocante en aquel cuarto de mujer, el trofeo de carabinas y chismes de caza, y el anhelante, viejo y asqueroso perro, que ocupando cómodo cojín y sitio preferente, llenaba el cuarto de olor repugnante y le daba aspecto repulsivo.

La persona que ocupaba en aquella casa el departamento que acabamos de dar á conocer, y que se había formado en él instalación completamente apropiada á sus gustos é inclinaciones, tenía vara alzada, y era, después del señor y la señora, la que allí gozaba de más consideración.

Huérfana de padre desde muy chiquita, había perdido á su madre siendo ya capaz de sentir lo que significaba tal pérdida, aumentada por la circunstancia de haber quedado en poder y bajo la tutela de un padrastro, con quien no congeniaba y que no la trató bien. Así pasaron los años de transición entre niña y mujer, y entonces tomó su carácter, ya naturalmente duro, el sello particular de esquividad y de inflexibilidad que la distinguía. Tratóse de casarla antes de la edad que generalmente se considera reglamentaria en Francia, donde, sin embargo, á la mujer la casan joven, y la boda fué propuesta por M. de Beaufort, siendo el elegido un sobrino predilecto que vivía en su casa, y á quien dejarían por heredero de su gran fortuna. Los dos primos se aceptaron, y Rosa, poco acomodaticia de suyo, se mostró tan expansiva y tan feliz, que no parecía la misma persona. En estas circunstancias, y pocos días después de la boda, atacó al novio una aguda enfermedad, la cual, alimentada por la misma robustez de la víctima, dió con ella en la sepultura, y con la dicha de todas aquellas personas en la más honda sima de dolor. Inútil es pintar la desesperación de Rosa; baste decir, que el cuidado de salvarla á ella, que se negó por muchos días á tomar alimento, distrajo á sus tíos de la enorme pena que les afligía. Por fin, y merced á una persuasión asidua y á un desvelo constante, pudo el tío ganar influencia en el ánimo de la joven y un puesto en su corazón, y de aquel sentimiento y de aquella influencia, provinieron las modificaciones siguientes: Que Rosa no volvió á casa de su padrastro; que se quedó en la de sus tíos instalada bajo el pie en que la estamos viendo; que se hizo la asidua compañera de M. de Beaufort, y que en la con-

ciencia de todos estaba que sería un día dueña y señora del hermoso dominio de Villepaix.

Todos estos acontecimientos, las contrariedades y hasta las perspectivas de grandeza, justifican el giro anormal y extravagante que tomó el modo ser de aquella joven. Cinco años habían pasado desde la muerte de Fernando de Beaufort, y ni Rosa había querido oír hablar de un nuevo proyecto de enlace ni prescindir de su luto. A duras penas consiguieron que desterrase la toca de viuda, adoptada desde la fecha de su desgracia, y todas sus acciones, y el sistemático alejamiento de cualquiera distracción adecuada para excitar deseos de placer, respondían al deliberado propósito, que no ocultaba á nadie de conservarse *fiel á su primer recuerdo*. Todo el mundo en la casa respetaba sus gustos. El viejo perro de caza que había sido de Fernando era una especie de ídolo para ella, por más que el animal desde la muerte de su amo se hubiese hecho huraño é ingrato hasta para los cuidados que de las finas y aristocráticas manos de Rosa recibía. Montar á caballo desde el amanecer, cazar todos los días, imponerse obligaciones difíciles de cumplir y hasta repulsivas, y negarse todo muelle descanso, era el sistema de vida que seguía nuestra heroína perfectamente protegida y secundada por M. de Beaufort, que siendo de suyo más que razonablemente original y estrafalario, se encontraba muy satisfecho de su compañera de gustos y fatigas. Así, los dos hacían vida aparte sin mezclarse para nada en las fiestas que muy á menudo daba madame de Beaufort, ni aparecer nunca en sus reuniones semanales. El ama de la casa, sin embargo, no se alejaba de ellos sistemáticamente; hacía vida apropiada á sus gustos, y no pretendía que los demás dejasen de cumplir los suyos, cosa que, por otra parte, no hubiera sido fácil. Fuera de esto, y en el terreno de la vida íntima, todos se encontraban y todos se querían bien, porque apreciaba cada uno en los demás un fondo de sinceridad que todos tenían. Mad. de Beaufort, aunque en el sentido de lo práctico su sobrina no le sirviese para nada útil, no dejaba de venir á consultarla ó á consultarse con ella cada vez que tenía alguna contrariedad. Así, aquella mañana, poco después de ponerse Rosa á leer en la mesita, debajo del retrato

de su marido, tuvo que levantarse para abrir la puerta que sacudía ruidosamente su tía.

—¡Hija, qué olor á perro tienes en tu cuarto; esto es insupportable!

Al sentir á su tía, tomó Rosa una ligera toquilla y se la puso disimuladamente cubriendo el brazo vendado.

—¿Qué ocurre de nuevo?—preguntó al mismo tiempo con la mayor tranquilidad.

—¿Qué ocurre? ¡estoy furiosa, no vuelvo á organizar nada. Figúrate que la Princesa no viene, los Condes de Clayes tampoco; eso sin contar con los que faltarán á última hora! ¡Valía la pena estar haciendo preparativos con ocho días de anticipación! Estas cosas ó se aceptan ó se rehusan desde el primer momento. Es una falta de consideración. A mí, en mi vida me ha sucedido dejar de cumplir el compromiso de una invitación. Muchas veces he ido enferma y rabiando, pero he ido, porque la sociedad tiene sus obligaciones y hay que saberlas guardar.

—Y ahora ¿qué vas hacer, tía?

—¿Qué voy hacer? Por de pronto, desahogarme echando pestes contra los malcriados. ¡La pobre Catalina que está trabajando y discurriendo primores, sin dormir hace dos noches; Mlle. Serval que no se ha acostado más que dos horas, y todas esas pobres muchachas lo mismo! Si no fuera porque es la primera vez que vienen los vecinos de Soissey, daba orden de suspender todo y no hacer más aparato que para la comida de todos los días.

—¿Y con seguridad tendrá V. á la *lionne*?

—Con su joven Notario, el más complaciente de los maridos; que no habla nunca ni se opone á nada; es menester que los veas.

—Lo que es hoy no me parece fácil.

—¿Por qué no bajas á almorzar? Eso no te compromete á nada. He hecho que dispongan en el comedor mesas pequeñas para dejar libre la grande, y estaremos como en un restaurant; irán almorzando los que lleguen; tú puedes buscarte el compañero que gustes. Tenemos unos jamones de York; unas cabezas de jabalí maravillosas.

—No, no bajo; pero ya nos dejarán VV. la prueba. ¿Qué hace Cecilia?

—¡Ah! No me hables de Cecilia. ¿Piensas que la he visto? En su cuarto estará tal vez durmiendo la primera siesta: es una criatura imposible: un pedazo de carne que no siente ni sufre; ¡parece mentira que tenga en las venas sangre vuestra! No, lo que es mi situación es bonita; hay en casa dos mujeres jóvenes, y para recibir gente y hacer un poco de animación y movimiento, me veo en la necesidad de acudir á una vieja; porque, si no fuese por mi tía, no tendría quien me ayudase á recibir.

—¿Vendrá pronto Mad. de Lagarde?

—No tardará muchos minutos; el tren de las diez debe estar á llegar.

—¿Qué mejor auxiliar quiere V.? Las dos tienen VV. más arte para recibir, que pueden tener todas las jóvenes.

—No importa, la juventud es un elemento muy necesario.

—Mad. de Lagarde lo sabe buscar siempre; no tenga usted cuidado, incluso intrigas, donde ella esté, no faltarán elementos de sociedad.

En este momento entraron á decir, que M. Julio esperaba á la señora.

—Es extraordinario este muchacho; parece que va y vuelve por los aires. Ven conmigo, Rosa, te enterarás de todos mis preparativos.

Bajaron; en el vestíbulo se reunieron á M. Julio, que estaba entregando varios paquetes á Mlle. Serval.

M. Julio tenía la apariencia de un coloso, la ligereza de un gimnasta y la fisonomía de un *bon enfant*. Al momento saludó á Rosa con muy marcado apresuramiento, y se fijó en su brazo vendado.

—¿Qué tiene V. ahí, Rosa?

—Nada,—contestó contrariada ésta.

—Pues es verdad, no lo había reparado—dijo su tía mostrando extrañeza.—¿Estás herida?

—No es nada; un movimiento demasiado brusco de Athos.

—¡Es posible! ¿te ha mordido? Hija tú tienes la culpa, por-

que francamente, es el gusto más detestable posible, tener semejante compañero de cuarto.

—Pero, ¿le ha hecho á V. mucho daño?—insistió con interés M. Julio.

—No es nada; no hay que ocuparse de eso.

—Si no es nada, tentado estoy de alegrarme—prosiguió el caballero.—Después de todo, el perro hace con V. lo que V. hace con los que la quieren, devolver mal por bien, y con eso ya conoce V. á lo que sabe la ingratitud.

—Pues ya ve V. que lo tomo con mucha tranquilidad sin visos de ofenderme: el que se crea en igual caso, que imite mi ejemplo.

Un coche que atravesaba la verja en aquel momento, se paró al cabo de un minuto delante de la escalinata.

Mad. de Beaufort y sus acompañantes salieron á recibir á Mad. de Lagarde, pues sólo á ella esperaban en aquella hora.

—Aquí me tienes, Amelia: me consagro á tí, y estoy dispuesta á cumplir órdenes y mandatos.—Esto decía la señora abrazando á su sobrina, después de haber devuelto con efusión los besos que le había dado en las dos mejillas su nieto, como ella llamaba por cariño, á M. Julio.

—Buenos días *mignonne*—dijo volviéndose á Rosa.—¿Cómo va esa querida salud?

—Bien, gracias—respondió secamente la favorecida con tan amable saludo; y sin parecer por ello ofendida, inició la recepción llegada un animadísimo coloquio con su sobrina, que la confiaba en aquel mismo instante, sin dejarle más descanso, el programa de su recepción con las variantes á que obligaban las modificaciones que en el personal esperado iban sobreviniendo.

Era Mad. de Lagarde una persona de mucha edad, pero muy bien conservada: de corta estatura, gruesa, sin ser voluminosa. Tenía toda su dentadura, facciones que habían sido finas, el color más que medianamente subido, ojos pequeños, y algo amortecidos, y haciendo marco á este rostro una hilera de bucles blancos á cada lado de las sienes en primer término, y una capota de encage negro con flores amarillas detrás. Era su traje de raso, también negro, y si no estaba en toda la bri-

llantez del uso, mostrábase en cambio en muy buen estado de conservación y nada escaso de adornos. Una rotonda de paño cubría casi toda la *toilette*, no tan por completo que dejasen de notarse muchos detalles primorosos por los cuales se comprendía la importancia que daba la señora á que todo estuviese perfilado, rematado y perfecto.

—Bueno: lo primero que vamos á hacer—decía después de haber, oído la relación de su sobrina,—lo primero que vamos á hacer, es examinar la casa: hacer nuestra visita general de inspección, para no tener que temer después sorpresas desagradables.

El *Chateau* de Villepaix tenía su historia antigua; había pertenecido á Diana de Poitiers, pero de aquellas tradiciones sólo se sabía por los pergaminos y por tal cual detalle de ornamentación que se conservaba religiosamente en el interior; el edificio, levantado sobre los antiguos sótanos y cuevas, era todo nuevo y se componía de una sola ala; un paralelógramo extenso, con un piso bajo donde estaban las habitaciones de recibir y de reunirse la familia; el piso principal, todo compuesto de habitaciones particulares, y el segundo que no era sino una *mansarde* para alojamiento del servicio. A los dos extremos, dos torrecillas en forma de cubo, terminadas por agudísimos techos de pizarra, y en el centro, correspondiendo con la escalinata de entrada, la torre del reloj, protegida también por su correspondiente caperuza negra, eran los únicos puntos salientes de la sencilla y elegante vivienda que destacaba perfectamente en la enarenada esplanación salpicada de grandes muy espaciados macizos de flores dentro del extenso parque, al cual hemos podido dirigir una mirada desde el pabellón de Rosa.

En el interior la casa presentaba dos aspectos: uno aparatoso y opulento, como conviene á personas que quieren mostrar lo que son y lo que pueden á las gentes que reciben, y otro de sencillez: el interior de una familia donde reina el bienestar y el orden.

Esta división quedaba perfectamente establecida en el vestíbulo, donde la ancha escalera que conducía al piso principal estaba velada á los que sólo circulaban en el piso bajo por

cierres de cristales de colores. Este vestíbulo, donde ya principiaban á verse en trofeos, estatuas y lámparas los primores que encerraba aquella morada, daba acceso por la derecha á un salón ricamente decorado y con perfecta unidad artística: lo mismo los muebles blanco y oro, que los dibujos de brocado de seda rosa y blanco vistiendo paredes y ventanas, como los relojes y candelabros, alfombras y bergères, todo era del género de Luis XV. Seguía á esta sala otra mas pequeña de distinto gusto é igualmente perfecta unidad. Altos sitaliaes góticos de madera oscura; monumental chimenea de lo mismo, tallada á grandes trazos con figuras extrañas; y en el piso, en las paredes, en los muebles, tapicerías antiguas, auténticas, de colores oscuros y confusos, dibujos complicados y raros de extremada elegancia. Esta habitación comunicaba con la capilla, y en el ángulo opuesto á esta comunicación había una puerta disimulada á la escalera de caracol, que por la torrecilla de aquel lado de la casa comunicaba con los pisos superiores.

La otra media casa que dividía el vestíbulo, sin dejar de ser rica, tenía carácter más campestre. Una sala de billar espaciosa, cómoda, formada toda, paredes y techo, por cuadros al óleo y marcos, biguetas y artesonados de viejo cedro; muchos divanes de cuero, cómodas, butacas y amigable chimenea: por sus condiciones de *comfort*, era la más favorecida y acompañada. El comedor, de mayores dimensiones que ninguna de las descritas, era verdaderamente una pieza señorial; en la grandiosa chimenea, cuya amplia campana partía desde el techo, destacábase un busto en porcelana de Diana de Poitiers, que era una maravilla de efecto y colores; llenas estaban las paredes de aparadores con estanterías al aire ó cerradas de cristales; en las primeras se ostentaban ricas y artísticas piezas de argentería; en las segundas se encerraban primores de porcelana y cristal tan bellos y ricos como puede soñar el deseo.

EULALIA DE LIANS.

(Continuará.)



REVISTA DE TEATROS



TODO *es farsa en este mundo*, es el título de una comedia del inolvidable Bretón de los Herreros, que se presenta á nuestra imaginación para recordarnos una gran verdad, que se refleja también en el teatro, que si en sus primeros tiempos dió cabida y la sigue dando á las farsas escénicas, hoy, en cuanto respecta á su carácter social, es una de las mayores que en la sociedad se observan, dando gato por liebre, ó, si se quiere, traducciones por obras originales, entremeses ó tonadillas por zarzuelas, y juguetes insulsos copiados de obras hasta la saciedad conocidas por comedias, que no lo son en su genuina acepción.

Viene á cuento esta observación, porque los sainetes, los pasillos, los juguetes y las traducciones, han dominado á su sabor durante la primera quincena, sin que nadie haya puesto cortapisa á esos autores llamados del montón, que sin encomendarse á Dios ni al Diablo han producido un sinnúmero de piezas dramáticas que, sin dejar de ser agradables y entretenidas, están muy lejos de pertenecer al número de las buenas producciones del ingenio humano.

No entraremos nosotros en el análisis de lo que es genio y de lo que es ingenio, entre otras razones, porque la tal palabra ha cambiado en nuestros tiempos de sentido, y unos la definen

tal y como debe ser definida, y otros como la definió el antedicho Bretón de los Herreros en uno de sus más fluídos romances, y en ese sentido debiéramos tomarla nosotros, atendiendo solamente al valor intrínseco de las producciones nuevas que hemos visto durante este último período en todos los teatros de esta capital.

Casi todas, si no todas, han sido clasificadas por sus autores ó por la crítica en el género de sainetes ó pasillos que tanto y tan buen nombre dió á D. Ramón de la Cruz, á D. Juan del Castillo y á Narciso Serra, y en el que habían salido victoriosos en nuestra época Ricardo de la Vega y Tomás Luceño, si bien estos dos últimos iniciaron en el chiste un color subido que, los que han tratado de imitarle, han acentuado tanto y tanto, que ya pecan en lo indecoroso, demostrando bien á las claras su poco ingenio en el decir, ó el poco respeto que el público ó su propia personalidad les inspira.

No faltará quien nos acuse de un pudor inoportuno ó de una ñoñería extemporánea, objetándonos, y no sin falta de razón, de que hoy nadie se asusta de nada, y que el lenguaje que nosotros censuramos es el corriente en la época actual, á lo que nosotros contestaremos no negando del todo la opinión que ellos sientan, pero haciendo constar que, á pesar de las cien trompetas vocingleras de la fama, que encumbra y ensalza las tales obras, el público independiente, á raíz de su representación ó durante la misma, señala ese defecto y se querrela de que no se encuentren otras frases que exciten la hilaridad sin excitar el rubor, como lo han conseguido y lo consiguen aún escritores de reconocido mérito y de justo renombre.

Tampoco falta entre los aficionados al teatro, quien diga y sostenga que el sainete ó el pasillo viene como de molde en la época presente, muy parecida en lo relativo al teatro á aquélla en que Lope, de los elementos discordes de nuestro teatro, fundó la verdadera comedia española, y de la no muy lejana, en la que D. Ramón de la Cruz y Moratín la guiaron por el buen camino, en el que sus sucesores la sostuvieron á principios del siglo; pero que esto no obsta para que, siguiendo la opinión de Martínez de la Rosa, Durán, Hartzenbusch y

otros que expusieron su criterio respecto á este género de composiciones, se quiera excluir de las mismas la moralidad y el decoro, porque esto, á más de no ser verdad, acusa una falta de conocimiento de la sociedad en que se vive, en la que, si bien es verdad podemos ser individualmente todo lo inmorales é indecorosos que nos plazca, en conjunto tenemos el deber de ser tan comedidos y bien educados como las leyes del decoro exigen, y no querer para los demás lo que no queremos para nosotros mismos.

Inmoralidad en la frase y en el argumento y falta de originalidad en la concepción dramática, son los elementos principales de nuestro teatro contemporáneo, y de aquí resulta que éste va desapareciendo por completo, y si no digánlo las producciones que van á ocupar nuestra pluma.

* * *

Cuba libre, zarzuela estrenada en Apolo, llama la atención por su título, por las decoraciones muy bien pintadas, aunque no exactas algunas; pero no por su originalidad ni argumento, pues es un conjunto de escenas más ó menos chistosas, totalmente deshilvanadas, en las que resalta más la gracia y el tino con que las interpretan las Sras. Delgado é Hijosa y los señores Rosell, Morales, Castilla, García Valero y Altarriba, que el ingenio del autor, que sólo ha servido para confirmar la opinión con que encabezamos estas líneas. La música es agradable, y la instrumentación como toda la del maestro Caballero; pero exceptuando un coro á voces solas en el primer acto y un tango en el segundo carece de originalidad, y no se adapta á la parte esencial de la obra.

* * *

Tan celebrados como el anterior, si bien, á nuestro juicio, con más fundamento, han sido los sainetes, que con el título de las *Propinas* y *¡Serenos!* hemos visto estrenar en los teatros de la Comedia y de Lara, respectivamente.

En el primero, si hemos de ser francos, nos sorprendió el

rasgo de ingenio que constituye la base fundamental del argumento, y con placer tributamos sinceros elogios á D. Fiacro Yráyzo, autor de la obra; pero pronto desaparecieron nuestras ilusiones, porque el corte de la citada producción trasciende á francés, y tanto debe de ser así cuanto que, el autor debe haberse ajustado tan estrictamente al original, que hace caso omiso de una porción de recursos que podrían dar mucha vida al final, que resulta pobre en extremo, creyendo nosotros que podría darse más vida al desenlace, utilizando el recurso del hotel situado en la casa donde sucede la acción, el que, manejado con tino y destreza, daría margen á algunos incidentes y enredos que se echan de menos y que son peculiares de las producciones españolas de ese género.

Sin embargo de lo dicho, el sainete resulta agradable y algún tanto nuevo, y aunque los chistes son subidos de color, no lo son tanto que impidan sobresalgan los ingeniosos y de buena ley que le esmaltan.

El diálogo es fácil y correcto, y el incidente final tan oportuno como inesperado, si bien no resulta de tanto bulto como debiera resultar por la carencia de movimientos que antes hemos indicado. La interpretación perfecta.

El segundo de los mencionados, ó sea el estrenado en Lara, con el título de *¡Serenos!*, es una copia exacta y un fiel reflejo de nuestras costumbres, con un diálogo fácil y correcto, y unos tipos perfectamente delineados, y si los chistes no acusaran la escasez de otros mejores, más cultos y más decentes que se observan en todos los escritores á la moderna, que incurren viciosa y alevosamente en los defectos que en el proemio de este artículo hemos apuntado, la última producción del Sr. Sánchez Pastor podría colocarse al nivel de las primeras de este género.

Respecto á la interpretación, baste con decir que corrió parejas con la que obtuvo el sainete de que nos hemos ocupado al hablar del Teatro de la Comedia.

* * *

Los teatros de Eslava y Variedades han estado desgraciados esta quincena. *Una señora en un tris, Caballeros en plaza*

y *La cruz de San Lucas*, que vimos por primera vez en Esclava, no llenaron los deseos del público; lo mismo sucedió en Variedades con las zarzuelas tituladas—que bien pueden pasar por sainetes,—*Cromos madrileños* y *Fruta prohibida*, y por no querer ser menos, idéntico resultado tuvo en Price Blanca de Saldaña, en la que si algo valió, fué el buen deseo con que la interpretaron la Sra. Ruiz y el Sr. Fernández Tarmargo y algunos trozos, aunque pocos, de la partitura, escrita por el Sr. Brull.

*
* *

En el Español hemos aplaudido á la Sra. Contreras, al Sr. Vico y á los Sres. Calvo (D. Ricardo y D. Rafael), en la *reprisse* de la *Cruz del matrimonio* y en *Sullivan*; y en el teatro de la Zarzuela á la señorita Di-Franco, y á los señores Berges, Soler y Bueso, en la obra magistral del Sr. Arrieta, titulada *Marina*; en uno y otro se preparan nuevas producciones de los Sres. Echegaray, Ramos Carrión y el maestro Chapí.

*
* *

Consecuentes con lo que dijimos al principio de estas líneas, no ha de sorprender á nuestros lectores la confesión ingenua de que vemos con gusto en una traducción desenmascarada de cualquiera obra dramática extranjera, que no una que nos hacen pasar por original sin serlo. Por esta razón no escaseamos anoche nuestros aplausos á D. Agustín Navas, que émulo, sin duda, de las glorias con que brinda la escena á cuantos la dedican el fruto de su inteligencia, ha penetrado en ella por la misma puerta que otros muchos, que han conseguido el envidiable nombre, con la traducción del drama italiano titulado *Signor d'Albert*, que representaron en el mismo teatro los actores de la misma procedencia, la señorita Glech y el señor Emmanuel.

Los que ya le conocían, acudieron al favorecido teatro de la Comedia fundadamente esperanzados de presenciar un nuevo triunfo para los actores españoles encargados de su interpretación, y los que no la habíamos visto, ansiamos conocer

una producción dramática con diversa opinión juzgada, y á la que se atribuía parecido con la escrita por el Sr. Sellés, titulada *Las vengadoras*.

No quedaron defraudados los deseos de los unos y de los otros, porque, á decir verdad, la producción dramática italiana, si bien acusa una decadencia tristísima en la literatura de aquel país y en la del nuestro, tributarios hoy en este concepto del teatro francés, que lo fué en un principio del italiano y del español, es, á pesar de todo, una obra que merece privilegiada atención, no sólo por lo escabroso de la idea principal y por el difícil problema social que resuelve, sino también por los resortes ingeniosos de que se vale para llevarla á cabo, caminando el autor por una senda de espinas, á fin de conseguir que resulte un principio moral entre el lodo de los vicios y las pasiones humanas.

No conocemos el original, y por lo tanto ignoramos si el autor está tan desembozado en la frase como el traductor; pero lo que sí hemos advertido, sin pecar de parciales, es que cuando los autores españoles resuelven en la escena tan difíciles problemas, tratan de cubrir algunas veces, y no todas con la cultura, ya natural, ya exagerada del diálogo, la deficiencia de construcción artística, resultando la inmoralidad de todo punto intolerable, á causa de la carencia absoluta de interés, situaciones dramáticas, verdad en los caracteres, verosimilitud moral ó material, y, en una palabra, de ingenio, teniendo de esto una prueba muy reciente en el mismo teatro á que nos venimos refiriendo.

Para presentar en el teatro problemas como el presente, no sólo repulsivos, sino de difícil solución, es necesario é imprescindible conocer á fondo el corazón humano, la sociedad y el influjo que ejercen las pasiones en la humanidad: esto lo ha tenido muy en cuenta el autor del *Señor d' Albert*, que ha pintado en este personaje, protagonista del drama, al hombre dominado por las pasiones, de férreo y orgulloso carácter, que, posesionado de sí mismo, y haciendo abstracción de cuanto no está en armonía con su imperiosa voluntad, olvida sus deberes hasta el punto de enamorarse perdidamente de Carolina, mujer de la vida airada, á la que sacrifica toda su aten-

ción y sus caudales, negando una y otros á Clotilde, de la que tiene un hijo, teniente de Marina, llamado Luis, al que no se cuida de legitimar por subsiguiente matrimonio; pero que creyéndole enamorado de Carolina, trata de imponerle el cumplimiento de los deberes filiales, obligándole á renunciar á ese supuesto amor que él juzga depresivo para su hijo, sin que advierta, cegado por la pasión que le domina, que él se enfanga en el cieno de la que le subyuga, confesando á Carolina que quiere desatarse de los intransigentes lazos con que pretende dominarla, confesándola no está casado con Clotilde, y probándoselo con una carta de ésta, la cual, ingeniosa y verosímilmente á nuestro juicio, enviada por Carolina á Clotilde, llega á manos de Luis, que, ocultando el contenido á su madre, comprendiendo su falsa posición en la sociedad, se la muestra al *Señor d' Albert*, cuando éste, celoso más bien que de la felicidad de su hijo, de que éste haya logrado el amor de Carolina, le obliga á que cumpla el compromiso de dar su mano á su prima Enriqueta, poniéndole en la extrema posición de que para cumplir éste su palabra, tiene él que darle el nombre de que carece, uniéndose con sagrados vínculos á su desgraciada madre, lo que consigue, terminando el drama con una escena muda, en nuestra humilde opinión tan natural como necesaria.

Como se desprende de este breve relato, en el que hemos suprimido, para no cansar á nuestros lectores, algunos personajes secundarios pero de gran relieve como son: Elisa amiga de Carolina y de su misma vida, á quien enamora un gomoso y á la par el tío de éste, norte-americano que no habla, pero que la sigue á todas partes y logra desbancar á su sobrino huyendo con ella; un Marqués pariente de Clotilde, que no es del todo necesario, y un inglés que huelga por completo en el drama este, está hecho para la escena final, y si bien es un defecto que censuraremos siempre, no podemos menos de convenir en que se llega al desenlace por medio de situaciones bien combinadas, caracteres tan bien trazados como sostenidos, rasgos de ingenio dignos de aplauso, y un plan tan detenidamente concebido como hábilmente desarrollado.

Lástima es que, rindiendo culto á los fueros de la verdad,

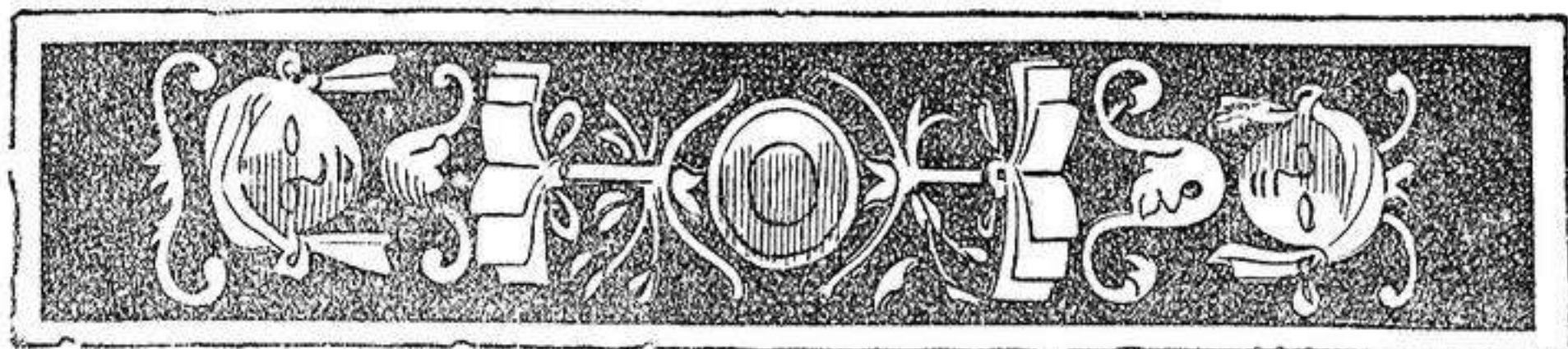
tengamos que prodigar alabanzas á un género de literatura dramática que, en su esencia, no está en armonía con nuestras ideas, y es ajeno á nuestro suelo, tan fértil en otro tiempo en ingenios tan célebres, como injustamente preteridos.

La traducción está fielmente hecha, y el diálogo, sin ser un modelo de dicción, no peca de incorrecto; respecto á la interpretación y á la manera con que las Sras. Tenorio y Martínez han vestido la obra, cuanto digamos es poco: de la primera podemos asegurar que no la hemos visto nunca á la altura que anoche la vimos, venciendo con un talento admirable las dificultades de un papel en que es preciso armonizar los sentimientos de la mujer libre con esos rasgos del corazón que abriga sentimientos de dignidad tan tibios, como los primeros rayos del sol que pugnan por transparentarse al través de la densa niebla; la Srta. Martínez hizo prodigios en su escabroso papel, y lo mismo decimos de las Srtas. Guerra y la Srta. Guerrero, que es una actriz de buenas y legítimas esperanzas.

Del Sr. Mata apenas se ha ocupado la prensa, y respetando la opinión de todos, no lo creemos justo; sólo un actor de sus condiciones puede defenderse en el odioso papel que interpreta, odiosidad que crece á medida que el público va entrando en la obra; pero como aquí estamos acostumbrados á oír lo que se dice y no ver lo que se hace, muchos no han visto lo que ha hecho el Sr. Mata; pero coincidirán con nuestra opinión cuando pierda algún recuerdo de provincia y cierto natural temor, hijo de haber estado poco tiempo en Madrid y en circunstancias poco favorables, y de las dificultades con que anoche luchaba y que ha sabido vencer. El Sr. Sánchez de León muy bien en el simpático papel de Luis, el Sr. Montenegro demostró que es un buen actor, y que lo es muy discreto lo demostró también el Sr. Mendiguchía.

Todos los actores, en fin, y la dirección artística, que fué nmejorable, merecieron la justa ovación que le dispensó el público que llenaba por completo el teatro.

RAMIRO.



CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR

Rutinas del oficio.—El cronista no debiera funcionar, sino prepararse.—Reunión de la minoría conservadora en el Senado.—Puntos de vista del señor Cánovas.—La próxima lucha será recia.—Acomodamientos republicanos.—Separación de mandos en Ultramar.—Política de la fusión, acomodaticia y utilitaria.



OLAMENTE por un deber casi reglamentario, ó mejor dicho, por costumbre, podemos dar el nombre de crónica del interior á estas líneas. En víspera de abrirse el Parlamento, la crónica política se prepara, pero no se escribe.

No faltan, sin embargo, asuntos de actualidad, aunque resultan casi todos de orden secundario en estos momentos.

Podríamos reducirnos á consignar que los partidos se agitan más cada día, señal segura de los rudos combates á que se disponen en el gran palenque que en breve quedará abierto á Diputados y Senadores.

*
* *

En efecto; la minoría conservadora en el Senado ha celebrado ya su reunión preparatoria, bajo la presidencia del señor Cánovas del Castillo, jefe indiscutible, á quien la ligereza de adversarios poco prudentes suponía dispuesto á retirarse á la vida privada, como si tal absurdo fuese hoy posible.

Ha repetido el Sr. Cánovas, en su notable *speech*, que el partido conservador hará oposición al actual Gobierno, oposición enérgica en todo lo que no afecte á la seguridad del Trono y á los grandes intereses nacionales, negando una vez más las supuestas benevolencias y sosteniendo que siempre aconsejó y aconseja que se le combata oponiendo principios á principios, ideas á ideas, por lo mismo que los procedimientos teóricos y prácticos del partido conservador son diametralmente opuestos á los del fusionismo. No puede entenderse por benevolencia—ha dicho—el separarse de cierta conducta que no se detuvo antiguamente ante la injuria y la calumnia, y que consiste en no perdonar medio de hacer la oposición á toda costa.

El Sr. Cánovas espera que, como hasta aquí, el partido conservador seguirá haciendo una oposición resuelta, acentuándola más cada vez á medida que el Gobierno acentúe también su errónea política. Recuerda que hoy no está el partido conservador como en aquellos tiempos en que, ante el espectro aterrador del federalismo, los cantones y la anarquía, surgía potente, como río que se desborda, el sentimiento unánime del país pidiendo una situación que enérgicamente combatiese la demagogia é impusiera el orden, pues hoy no hay temor de que éste se altere, por la misma impotencia de los revolucionarios. Consigna que el país prestará su concurso más eficaz al partido, á medida que el tiempo y la experiencia pongan de manifiesto los males y errores del Jurado y del sufragio, si por desgracia llegaran á implantarse. Declara también que, ante todo, hay que combatir los aumentos de gastos que en el personal ha llevado al presupuesto el actual Gobierno, campaña que no podrá menos de tener eco en el país, por afectar á sus intereses, y que llevarán á cabo todos los Senadores, estudiando estas cuestiones con la atención que requiere su misma gravedad, y proponiendo los oportunos remedios.

Hase lamentado del escaso interés con que el Gobierno atiende al estado aflictivo en que se encuentra la agricultura nacional, debido en gran parte á las medidas económicas inspiradas en las opiniones particulares de un Ministro. Y res-

pecto de las cuestiones militares, estima necesario obligar al Gobierno á que declare su opinión concreta en el Mensaje acerca de si las sostiene ó no, opinando que el Senado es el llamado en primer término á discutir las si en el discurso de la Corona se tratase de ellas y el Gobierno intentase al mismo tiempo continuar en el Congreso el debate suspendido por las vacaciones. «De hacerlo así—ha añadido,—se faltaría al espíritu de la ley de relaciones entre ambas Cámaras y á las prácticas establecidas.»

Pasando á ocuparse de los sucesos de Puerto Rico, ha expuesto que de los datos que tenía se deduce que jamás se ha llevado á cabo un acto tan grave como el que realizó el Gobierno desautorizando á la primera Autoridad de la isla, haciéndole venir á comparecer ante él; por lo que el partido conservador no debe dejar pasar sin maduro examen, y en su caso sin censura, acto de tanta gravedad y transcendencia. Ha atacado, por último, los propósitos del Gobierno, que á pesar de conocer la situación de las Antillas, perturbadas ya por otras leyes políticas allí implantadas por esta situación, intenta ampliar el censo electoral ahora.

La sinceridad y franqueza, la elocuente persuasión del gran político que tan noblemente dirige las fuerzas conservadoras al combate, las frases patrióticas, en fin, del reputado estadista, han sido recibidas con aplausos generales por todos los que creen hoy un peligro en el planteamiento del Jurado, del sufragio universal, de los planes militares tan torpemente ideados, y de todos los proyectos reformistas de un Gobierno improvisador y desacertado, sólo idóneo para agravar la crisis económica, industrial y agrícola, buscando tempestades en el terreno político, jurídico y militar, precisamente cuando todas las circunstancias se prestaban á encaminar la segura nave del Gobierno hacia los bonancibles derroteros que aconseja la prudencia de experimentados pilotos.

*
* *

Dos sesiones lleva también la minoría republicana del Congreso para concretar sus aspiraciones, ponerse de acuerdo y echar las bases de un programa de principios y de conducta

á cuya sombra pueda hacerse la soñada unión de las inconciliables fracciones en que están divididos los adversarios de la Monarquía.

Tarea inútil. No saben aún si proclamar como bandera política de esa especie de fusión republicana que se desea el título primero de la Constitución de 1869 ó la fórmula de Biárritz, y en materia de principios pretenden colocarse á igual distancia del Sr. Castelar que del Sr. Pí, lo cual es en el fondo imposible. Pero declaran ya, por el autorizado conducto del señor Muro, que la antigua intransigencia del Sr. Ruiz Zorrilla está en vísperas de desaparecer, si el Gobierno de la Regencia concede una amnistía muy amplia, mediante la cual puedan todos los militares expatriados volver al ejército con los mismos empleos que tenían cuando, olvidando sus deberes, faltaron á la ordenanza y hubieron de volver la espalda á sus banderas. Esto no sería ya una amnistía; sería un pacto imposible.

Si tales son las exigencias del Sr. Ruiz Zorrilla, claro es que no pueden presentarse á ningún Gobierno digno de este nombre.

*
* *

La separación de los mandos en Ultramar es otro de los temas de discusión que sólo podía suscitarse al calor de las extravagantes ocurrencias del heterogéneo Gabinete presidido por el Sr. Sagasta.

Sobre el particular ha dicho ya el decano en Madrid de la prensa conservadora todo lo que buenamente puede decirse.

«Es de todo punto necesario que en cada una de las provincias de Ultramar haya una Autoridad que resuma la representación del Gobierno, y sea delegada, por lo tanto, de todos los Ministerios; pues sólo de esta manera podrá tener los elementos precisos para obrar rápidamente cuando no pueda ni deba perderse, y sin dispersión de fuerzas que cuidadosamente deben guardarse íntegras.

Así lo exigen, por una parte, lo lejano de la Metrópoli que se encuentran los pedazos del territorio español encomendados á la dirección y custodia de los jefes ultramarinos, los pe-

ligros que los rodean y lo múltiple de las necesidades que en su gobierno y administración surgen. Este objetivo no se logra sin que una misma persona reúna el mando civil y el mando de las armas. Pues bien: ¿posee un hombre civil los conocimientos necesarios de las artes de la milicia para ejercer el mando militar con prestigio y con autoridad? La respuesta no es difícil.

Existen muchos militares aptos para el mando civil; esto es, conocedores de los problemas de la vida administrativa de los pueblos. A menudo los vemos producirse y aun distinguirse en el Parlamento, cosa natural, dada la preparación que preside al ingreso en las carreras militares, la difusión de los conocimientos humanos y muy señaladamente de las ciencias morales y políticas. Lo que no vemos es la existencia de hombres civiles peritos en materias de milicia, y encima de esto prácticos en su gestión y manejo. Y siendo esto así, es claro que esa simultaneidad de funciones, de la que nace aquella necesaria unidad en el Gobierno, sólo por militares puede estar bien ejercida en la plenitud de la palabra. No se nos oculta que podría la Autoridad civil ejercer sus facultades de tal manera que la militar hubiese de obrar por impulso é iniciativa de aquélla en todo cuanto á la tranquilidad interior y á la seguridad exterior se refiera.

Pero este sistema sólo en teoría se concibe: en la práctica sería forzosamente la Autoridad militar la preponderante, ó sea la que prevaleciese en los casos y circunstancias en que aquellos caros intereses se afectaran, dándose entonces la coexistencia de dos autoridades y de dos influencias, pues la Autoridad civil no se habría de anular ni suprimir. De su coexistencia, de su paralelismo, nacerían los conflictos, las competencias y las luchas de autoridad, tan comunes en los territorios españoles de Ultramar, que tanto desprestigio han arrojado sobre su organización política y administrativa, y que tan tristemente han embarazado su bienestar y su progreso.

Hay además otro punto de vista delicado en esta cuestión, pero no menos importante. Los Gobernadores de Ultramar deben ser hombres de elevada categoría, avezados al mando y

concedores de sus exigencias. Solo así pueden tener aquella autoridad moral sin la que no se concibe el prestigio; sólo así puede esperarse que ostenten aquellas dotes de energía, combinadas con la prudencia y mesura, sin las que no es posible el gobierno de un vasto país rodeado de peligros y complicaciones, ni el mantenimiento de buena armonía entre gobernantes y gobernados. El hábito de ejercer mando, primero, y autoridad más tarde, da al militar de elevada graduación la posesión de aquellas cualidades.»

Y después de otras muy atinadas consideraciones, añade con razón perfecta:

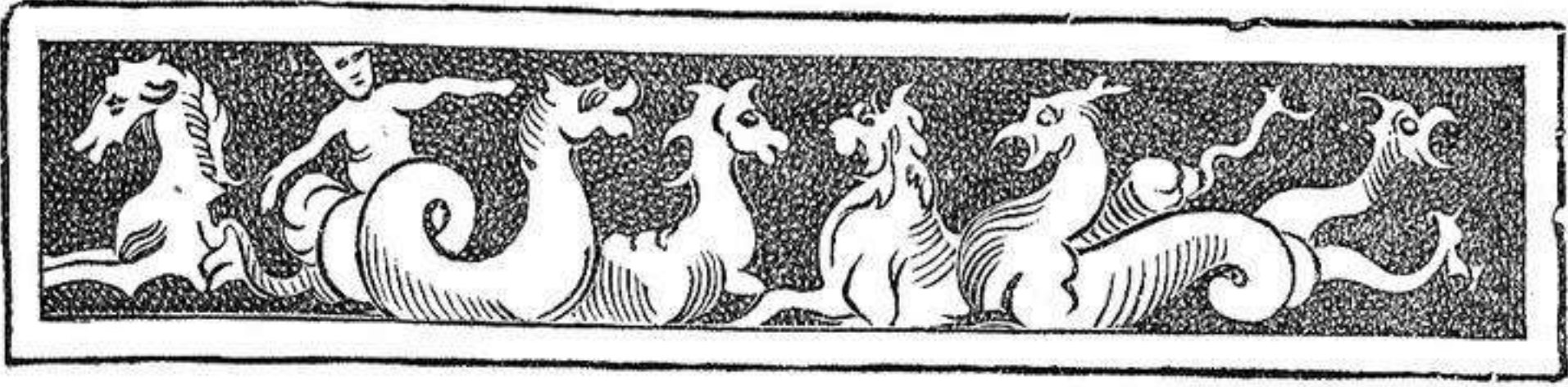
«Por último: toda esta algarada se funda en la impresión producida por un hecho que no está demostrado, y que aun estándolo, en modo alguno podría probarse que fuese producto de la organización, que ahora se quiere reemplazar por otra. Si el General Palacios, Gobernador Capitán General de Puerto Rico, se hubiese excedido en la persecución del delito de conspiración; si hubiese consentido ó apadrinado abusos de que hayan sido víctimas determinadas personas, jamás podrá deducirse, con visos de razón, que semejante abuso es efecto del sistema de Gobierno que aquél representaba. Porque el exceso de celo, ó la pasión á que quiera atribuirse el tal abuso, lo mismo puede abrigarse en el pecho de un militar que en el de un hombre civil. Y trabajo le habría de costar probar lo contrario al que lo intentara.»

Pero téngase en cuenta que todos los desaciertos imaginables son ahora posibles en teoría.

En la practica ya suele andarse á veces con algún miedo y más cautela. Hay concesiones, abdicaciones sinnúmero, y todo es forzoso que pase cuando el goce del Poder es lo primero, y los principios lo secundario.

¿Qué sería de la actual situación, amalgama confusa é inconciliable, debida á fórmulas aparatosas y desprovistas de sentido lógico, sin una previa renuncia á los ideales y un convencional entronizamiento de personalismos ante cuyos ídolos quedan inmolados como víctimas hasta los cargos públicos y los honores?

A.



REVISTA EXTRANJERA

Crisis gubernamental en Francia.—¡Pobre Legión de Honor!—Luchas del Parlamento contra el Jefe del Estado.—La estatua de la legalidad queda cubierta.—¿Dónde estará el remedio?—Ni arriba ni abajo.—La terquedad de M. Grevy y la *Commune*.—Juicio de la prensa austriaca.—Mensaje del Emperador Guillermo.



IFÍCIL y llena de peligros es la crisis que ha nacido en Francia, y tantas incertidumbres presenta á los hombres imparciales asustados ya ante los graves problemas cuya solución parece encomendada á las caprichosas democracias. Sea efecto de ciertas maquinaciones que hábilmente se combinaron, ó sea el espontáneo fruto de legítimas alarmas de la conciencia pública ante los procaces desenfrenos de la inmoralidad administrativa, lo cierto es que todos los poderes aparecen hoy desquiciados, desprestigiados y en honda crisis en la República vecina.

Fecundo en desastres ha sido el asunto que á boca llena viene llamándose, venta á pública subasta de las condecoraciones francesas. ¡Pobre Legión de Honor, que tantos méritos exigía en pasados tiempos á los aspirantes á inscribirse en sus filas! Se nos dice, y se nos prueba, que aquella cruz codiciada y aquel cordón insigne, han sido patrimonio de todas las nulidades con fondos bastantes para pagar á los agentes de una explotación indigna.

Y menos mal, si todo hubiera quedado reducido á una prevaricación escandalosa, severamente castigada por los Tribunales de Justicia. Pero el Palacio mismo de la Presidencia ha sido señalado como principal oficina de negocios de mala fama, y centro de corruptelas en la administración de justicia. La crisis no ha podido reducirse á cierto cambio en el alto personal administrativo, ni á una simple sustitución de Ministros; esas crisis han tomado todo el carácter de gubernamentales; se ha llegado á hacer moralmente responsable al anciano Presidente de la República de las irregularidades atribuídas á su yerno, y á voz en grito, de una manera turbulenta y con furor, se le exige la dimisión inmediata de la jefatura del Estado.

Nos encontramos en estos momentos precisamente ante la tristísima y formidable lucha de un Parlamento, sin verdadera mayoría é ingobernable, contra la natural resistencia de un Jefe de Estado que insiste y se aferra en las prerrogativas constitucionales de que le ha investido el Parlamento mismo que ahora le rechaza.

Y en este choque, en esta lucha espantosa, aunque prevista, poco importa ya que el triunfo se declare en favor de M. Grevy ó de la Cámara de los Diputados. Los efectos inmediatos del triunfo han de ser transitorios.

Lo más grave es la noche que con densísimo velo envuelve la estatua de la legalidad; lo más grave es el desquiciamiento universal de cosas y de teorías; la confusión, la incredulidad en todo; el desenfreno de los apetitos del Poder, la inconstancia, todas esas malas pasiones erigidas en sistema, en única base de una sociedad en su período de más espantosa decadencia.

Todos los pronósticos han de ser, en estas circunstancias, necesariamente fatales. ¿Nos equivocamos? ¡Ojalá sucediese! Nuestras simpatías se convirtieron muchas veces en admiración al tratarse de actos de virilidad del pueblo francés, que al fin es pueblo al que nos hallamos ligados por vínculos de raza. Pero... ¿dónde está el remedio?

Es un hecho que no hay en la Cámara francesa una mayoría parlamentaria. Es un hecho que, inconciliables, incompatibles las aspiraciones de los diversos grupos republicanos, en manos de la minoría monárquica está la facultad de inclinar la balanza á su capricho. Es una situación singularísima, pero que hoy por hoy no admite cálculos, ni parece á propósito para despejar incógnitas ni poder aprovechar á nadie. Si divididos respecto de sus planes están los republicanos, igualmente inconciliables aparecen también los partidos monárquicos, y sus vacilaciones de conducta en estos últimos días, claramente demuestran que los imperialistas prefieren la República á un reinado del representante de la Monarquía histórica, al paso que los defensores de los derechos de la Casa de Francia están decididos también á favorecer en caso extremo hasta á los hombres del radicalismo, antes que esperar la vuelta de un Bonaparte. Se concibe perfectamente, y es muy lógica tal conducta, considerándose la República como una interinidad que toca casi al término de su camino.

Entre tanto, nada alcanzar pueden los intereses, el porvenir y la dignidad de la nación francesa; los escarmientos pasados de nada sirvieron, y se abren indefinidamente nuevos períodos de penosísimas incertidumbres.

El país necesita ante todo paz y tranquilidad; esos bienes no se vislumbran, y sin embargo, el orden *soi-disant* sigue reinando, ese orden que parece indicio de una indiferencia mil veces más triste, mil veces peor que los inconsiderados arrebatos de las políticas pasiones, al fin y al cabo hijas del convencimiento ó siquiera de un convencionalismo fructuoso.

Ni arriba ni abajo son así posibles arranques supremos. Es la cadena del subyugado que á la postre se resigna, contentándose con maldecir su mala suerte. Se habla á veces con afectada pavora de los golpes de Estado, y los golpes de Estado no parecen hoy posibles en Francia, donde la opinión ha sido alejada con persistencia; no quieren los gobernantes en ningún caso consultarla, y todos se encogen, enmudecen y callan ante los sucesos más enormes, aun á despecho de ese sufragio universal, cuyas omnipotentes eficacias vanamente se proclaman y ponderan.

Se anunció para el día 28 un mensaje á la Cámara y la dimisión del Presidente de la República. Pero M. Grevy quiere proceder más despacio y no ha enviado todavía ni dimisión ni mensaje. Dícese que persiste en su primer propósito de hacer que caiga sobre la Cámara la responsabilidad entera del acto que se le exige; no faltan periódicos que le suponen deseoso de ganar tiempo para conseguir que se declare antes no haber lugar á proceder contra su yerno M. Wilson, precisamente cuando nuevos descubrimientos agravan la situación del acusado; y al propio tiempo otros órganos del republicanismismo afirman que M. Grevy quiere llevar la cuestión al terreno de la fuerza, aceptar la lucha en las calles de París y vencer á los anarquistas para retirarse á la vida privada después de haber restablecido el orden. Hasta el órgano del mismo M. Grevy autoriza con su singular lenguaje esta suposición que tan inverosímil parece.

A última hora parece acentuarse el empeño del Presidente de la República, terquedad senil de aferrarse al Poder, no dimitiendo, y amparándose en la protección de algunos Diputados y personajes dispuestos á proteger todos los actos de resistencia. Esto es, sin embargo, lo más inverosímil, en vista del estado de los ánimos y del inmenso desprestigio acumulado sobre el padre político del famoso M. Wilson. Pero los acontecimientos varían por instantes, y no extrañaríamos que la solución á tan hondas crisis fuese precisamente la que parece ahora menos probable.

Entre tanto, los partidarios de la *Commune* han celebrado un tumultuoso *meeting*, en que han prevalecido los temperamentos más exaltados. La mayor parte de los oradores expresan claramente su esperanza de que «el pueblo de París cumplirá su deber,» ó lo que es lo mismo, reproducirá las jornadas de 1871. Las excitaciones á las masas para que se decida en las calles la suerte de la República han salido con entera desnudez de labios de los oradores, entre los que figuraban Diputados, Consejeros municipales, periodistas y antiguos Comuneros.

M. Eudes, uno de los Generales de días turbulentos, ha llegado á decir que no debe preocuparse el pueblo por la

falta de armas, porque la víspera de las revoluciones los recursos son siempre escasos, y ha aconsejado á los anarquistas que no intenten ir á Versalles, que permanezcan en París haciendo manifestaciones pacíficas en torno al Palacio Borbón, y que cuando las Cámaras se reúnan se apoderen del Hotel de Ville, apelando á la fuerza.

En lo cierto está la prensa austriaca, cuando afirma que Francia aparece hoy ante el público como un cuerpo sin brazos, piés ni cabeza, y que en tales condiciones nadie es capaz de acertar con los medios precisos para devolver al país las fuerzas que exigen la vida y la necesidad de ser gobernado. La única ventaja muy palpable, es ciertamente que el actual desbarajuste de Francia será provechoso, al menos durante algún tiempo, para mantener la paz en Europa, porque nadie puede pensar hoy en una alianza seria con una República cuyas leyes y Autoridades tan fácilmente se conculcan y pisotean.

*
* *

Y mientras la crisis ministerial, la crisis presidencial, la crisis gubernamental, en una palabra, lo esperan todo de un Congreso cuya reunión en Versalles es todavía hipotética, siguen su rumbo otros problemas europeos, cuya solución depende siempre de la actitud de Alemania.

Afánanse los políticos en descifrar hoy el verdadero sentido del enérgico mensaje con el que la Corona Imperial acaba de abrir el Reichstag, llamando principalmente la atención el último párrafo, en el cual el anciano Emperador Guillermo habla de los sentimientos anticristianos de pueblos que sólo piensan en atacar á sus vecinos y de la confianza que le inspiran sus propios soldados...

Pero dejemos estas y otras consideraciones para la próxima quincena. Hoy no puede separarse nuestra vista de los asuntos interiores de Francia, á los cuales, aun sin querer, volveríamos ahora.

A tout seigneur, tout honneur, como suelen decir los mismos franceses.

S.



BOLETÍN BIBLIOGRAFICO (1)

Tratado teórico-práctico de Taquigrafía, por D. GUILLERMO FLÓREZ DE PANDO.—*Madrid, 1887.*—Tomo en 4.^o de 225 páginas. Precio, 6 pesetas.

Fuera ocioso detenerse á probar la importancia del arte que enseña á seguir la rapidez de la palabra; ni hay para qué recordar que el señor Flórez de Pando, inteligente catedrático del Instituto de San Isidro, es quien en España ha trabajado más afanosamente y con éxito más brillante por difundir el conocimiento de la taquigrafía. Publíquese ahora la segunda edición de un libro en el que han estudiado con provecho cuantos hoy son diestros taquígrafos, y las excelentes cualidades del cual tuvieron todos ocasión de advertir al estudiarlo. Sencilla, metódica y extensa á la vez, nada huelga en esta obra redactada con estilo claro y llena de

observaciones atinadas. El Sr. Flórez de Pando procura no introducir reformas que se funden en lo arbitrario, y cuida de que no se sacrifique nunca la claridad de los signos taquigráficos á la velocidad en su formación, porque importa mucho traducir pronto y fielmente. Apenas ha necesitado hacer más que ligerísimas variantes en la primera edición, hace tiempo agotada, y establece las reglas suficientes para poder escribir siguiendo la palabra más impetuosa.

Un invento notable debemos mencionar: el del papel taquigráfico que facilita grandemente el estudio de este arte á los principiantes, invento que es resultado de las detenidas meditaciones del Sr. de Pando.

Acompaña al libro el retrato de D. Francisco de P. Martí, y la limpieza de los tipos y hermosa estampación de los signos taquigráficos, demues-

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

tran el buen gusto del acreditado y laborioso impresor D. Manuel Ginés Hernández. Nuestros plácemes al señor de Pando que tan poderosamente ha contribuído á despertar la afición á lo que acertadamente llama «verdadera fotografía de la palabra,» explicando en la cátedra y escribiendo un libro de indiscutible utilidad.

* * *

Cuentos de Salón, por TEODORO GUERRERO.—*Barcelona, Espasa y Compañía, editores, 1887.*

Las principales novelas que contiene esta colección son las siguientes: *Una perla en el fango.*—*El escabel de la fortuna.*—*El Vellochino de oro.*—*La Camelia y la Mariposa.*—*Fea y pobre.*—*La nube negra.*—*Después de muerto.*—*La escuela del amor.*—*Anatomía del corazón.*

Estas obras publicáronse primeramente en la Habana; se reimprimieron después varias veces en España, con general aceptación de los muchos lectores que desean distraer el ánimo sin apartarse de las estrechas reglas de la más sana moral. Ahora aparecen de nuevo ante el público, que siempre las recibe con aplauso, en elegante forma y con artísticas ilustraciones del Sr. Planas.

Nuestra enhorabuena al Sr. Guerrero, que ha corregido con esmero la edición definitiva de sus obras, ya juzgadas por la crítica, y á los editores Espasa y C.^a, que aciertan á reunir la economía con el buen gusto.

* * *

Boletín de las Cámaras de Comercio.—*Madrid 1887.*

Continúa publicándose en cuader-

nos mensuales esta importante revista, que con tanto acierto dirige el diligente escritor D. Ricardo Beltrán y Rózpide.

* * *

Almanaque de la Ilustración para 1888.—*Administración, Alcalá, 23.*—*Volumen en 4.º mayor de 144 páginas.*—*Precio, 2 pesetas.*

Acaba de publicarse este precioso libro con el buen gusto y elegancia de los años anteriores. Contiene muchedumbre de artísticos grabados y artículos muy notables: entre estos citaremos el estudio crítico del padre Feijóo, por D. Luis Vidart, un donoso y salado artículo del famoso doctor Thebussem acerca del *Señor* y el *Don*, una narración original de Castro y Serrano, *Fábulas en prosa*, de Fernández Bremón, *El cielo en 1888*, por Landerer, etc., y poesías excelentes de Fernández Grilo, M. del Palacio, Ferrari, Salvador, Cavestany, Velarde y Coello. Más y Prat, Sbarbi, Campillo, Fernández Flórez, M. Reina, Abdón de Paz, Frontaura y otros, avaloran el mencionado *Almanaque* con sus escritos.

* * *

Desde la toldilla, por Federico Montaldo, con fotograbados de Rafael Monleón.—*Madrid, 1887.* [Un tomo en 8.º de 241 páginas. Precio, 4 pesetas.

Llegamos tarde para intervenir en el concierto de elogios que ha formado la prensa con motivo de la publicación de la obra del Sr. Montaldo. No creemos que sea posible dar idea en forma más agradable de la vida de mar y de cuantas particularidades se relacionan con ella. Con una ameni-

dad que seduce nos explica el autor cómo se vive á bordo, en qué consisten los torpedos y los buques torpederos, el baldeo, los acorazados y cruceros, sus ventajas é inconvenientes, los honores y saludos, el modo de comunicarse las embarcaciones, etc. Habiendo ido el Sr. Montaldo en la fragata *Blanca* cuando verificó ésta su importante viaje de instrucción, nos da curiosas noticias acerca de Plymouth, Noruega, Cristianía, el arsenal de Horten, Portsmouth y Sout-hsea, Londres, Cherbourg y Brest. Las observaciones que hace respecto á Gibraltar, el Ferrol y Cartagena, son dignas de tenerse muy en cuenta.

Monleón ilustra la obra del distinguido médico Sr. Montaldo, con dibujos, de cuyo elogio nos exime el nombre de su autor.

* *

El Capital, por CARLOS MARX, resumido y acompañado de un estudio sobre el socialismo científico, por Gabriel Deville. Madrid, 1887.—Tomo en 8.º de LVI-263 páginas. Precio, 4 pesetas.

Los editores de la versión española de *El Capital*, de Carlos Marx, compendiado por Gabriel Deville, prestan un buen servicio, no sólo á los que buscan en la obra del célebre comunista alemán armas para combatir á favor de la transformación social á que aquel aspira y por la que lucha la clase trabajadora, sino también á los que sinceramente se consagran al estudio de los problemas sociales.

Deville expone en un luminoso prefacio la doctrina de Marx: en esta exposición rápida de la teoría marxista, lo mismo que en el compendio de *El Capital* y en sus apreciaciones acerca

de la evolución económica y de su influencia, Deville se ha ajustado estrictamente al pensamiento de la obra que trata de dar á conocer, hasta el punto de no permitir que se imprimiera su libro hasta que Marx, y después de su muerte, Éugels, revisasen tanto el *Compendio* como el *Prefacio* y el *Estudio sobre el Socialismo* científico.

La obra está dividida en ocho secciones; en ellas va examinando Marx sucesivamente la mercancía y moneda, la transformación del dinero en capital, producción de la supervalía absoluta y de la relativa, y expone nuevas consideraciones acerca de la producción de la supervalía, el salario, acumulación del capital y acumulación primitiva. Importa mucho á los estadistas enterarse de las aspiraciones de las clases pobres y en qué las fundan, y nada mejor para este objeto que leer *El Capital*, de Carlos Marx, porque en él se formulan de un modo claro.

La traducción española es muy esmerada y el libro lo ha estampado con mucha pulcritud el excelente tipógrafo D. Ricardo Fe.

* *

Amaury, por ALEJANDRO DUMAS.—Versión castellana de C. Vidal.—Madrid, «El Cosmos Editorial», 1887.—Tomo en 8.º de 432 páginas. Precio, 2.50 pesetas.

Forma este libro una de las narraciones más tiernas y hermosas que han salido de la pluma del célebre novelista francés. Avrigny, médico notable de París, es viudo y tiene una hija sumamente bella y delicada, Magdalena. Con él viven además una sobrina, Luisa, y un joven, el Conde

Amaury de Leoville, de quien aquél es tutor. Enamórase Magdalena de Amaury; al principio se opone el padre, por ese egoísmo que siempre se experimenta al ver que los hijos aman á otro; pero al fin cede y se concierta el matrimonio de Magdalena con Amaury. De admirable modo describe Dumas los progresos que la tisis hace en el débil cuerpo de Magdalena, á la que los celos que tiene de su prima y las impresiones del amor minan la existencia haciéndola morir á los dieciocho años sin haber realizado sus ilusiones. Más tarde, y por un proceso muy natural, acaba por unirse Amaury con Luisa en indisoluble lazo.

Este argumento tan sencillo le sirve á Alejandro Dumas para lucir los primores de su estilo con una serie de observaciones y episodios que se apoderan del ánimo del lector y le conmueven poderosamente. La obra es muy amena y de moralidad intachable.

* * *

Volvoretas, por ALBERTO GARCÍA FERREIRO. Orense, 1887.—Tomo en 8.º de XI-180 páginas. Precio: 4 pesetas.

Ya son pocos los libros de versos que se publican, pues se apagó en los jóvenes el prurito de coleccionar los renglones cortos que escribieron al estudiar Retórica en el Instituto. En cambio, si escasean los tomos de poesías, suelen ser buenos los que se dan á la stampa. A este número pertenece el titulado *Volvoretas* de que es autor D. Alberto García Ferreiro.

Es Ferreiro un verdadero poeta de gran inspiración, que recuerda á Enrique Heine y Gustavo A. Bécquer, unas veces, y á Espronceda y Quin-

tana otras. Pero en él domina principalmente la nota del sentimiento, la que conmueve el ánimo, como lo prueban sus hermosas composiciones: *Luz y Sombra*, escrita con motivo de los terremotos de Andalucía; *¡Atrás!*, y *Diant a estatua de don Casto Méndez Núñez*, en las que palpita el fuego de un patriota entusiasta.

Por eso también donde lucen más las dotes de Ferreiro es en las composiciones que tienen por objeto describir los afectos del alma, como en las tituladas *O noso encontro* y *¡Ayl!*; en esta última pinta la muerte de un niño y la honda pena de la madre, que le ve morir con tal verdad que las lágrimas asoman á los ojos. Muchas rimas notables contiene el libro del vate orensano, el cual solo ofrece pequeños lunares—¿en qué obra humana no los hay?—como lo es á nuestro juicio, decir en los versos dedicados á Feijóo que «le perdona el que fuera fraile.»

Al comenzar la lectura de *Volvoretas* (*Mariposas*, en castellano) fuimos anotando las composiciones que más nos agradaban con el propósito de reproducirlas, pero las anotadas son en tan gran número, que bien á pesar nuestro hemos de ceñirnos á no copiar más que una cualquiera, que atestigüe lo fundado de nuestros elogios.

¡Un berciño, qu'os ánxeles gardan,
e n-él o meu nenol...

Xá se foron as dúbidas negras
d'o meu pensamento...

xá vin luz n-este escuro d'a vida...
¡xá sei ond' é o ceol...

—
García Ferreiro es digno continuador de los gloriosos vates gallegos Rosalía Castro, Vesteiro Torres, Ca-

miño, Pondal, Curros Enríquez, Losada y Carvajal. Le enviamos cordialísima enhorabuena, porque mientras hemos leído su obra, cuajada de bellezas, se ha apartado nuestro pensamiento de la prosa de esta vida artesana.

* * *

Valentina por JORGE SAND. Versión castellana de D. EUGENIO DE OCHOA. Madrid, «*El Cosmos Editorial*», 1888.—Tomo en 8.º de 564 páginas. Precio: 3 pesetas.

Valentina es la segunda novela que escribió la célebre escritora conocida en todo el mundo con el nombre de Jorge Sand. Grande fué el éxito que alcanzó esta obra, tan grande como el de su primera novela, titulada *Indiana*.

Ambas producciones fueron objeto de reñidísimas polémicas entre los admiradores y los detractores de aquel ingenio privilegiado, que con sus primeras novelas se colocó desde luego á la inmensa altura en que brillaban Víctor Hugo, Balzac, Eugenio Süe, Federico Soulié, Julio Sandeau, Alejandro Dumas, y tantos otros cuyas obras han recorrido el orbe entero.

Jorge Sand escribió su *Valentina* en las soledades del campo, en el Berry, cuyas campiñas describe de mano maestra. No existe un pintor de la Naturaleza más exacto, más artista ni más vigoroso que Jorge Sand. En cuanto á la acción de *Valentina*, los caracteres y el estilo, aunque pertenece, como hemos dicho, á la primera época del autor, consideramos esta novela como una de las mejores de tan fecundo ingenio, y así la han juzgado los primeros críticos de Europa, empezando por Gustavo Planche.

Nada tenemos que decir respecto á

la traducción, puesto que lleva la firma de uno de los literatos más distinguidos de España, cuyas versiones al castellano están reputadas como dignas de los originales. Ni hemos de ponderar las excelentes condiciones tipográficas de la obra, porque resultaría ocioso después de haber impreso *El Cosmos Editorial* con suma elegancia ochenta y siete libros.

* * *

Publicaciones de Don Daniel Cortezo.—Barcelona, 1887.

La diligente casa editorial del señor Cortezo ha distribuído los cuadernos 160, 161 y 162 de la magnífica obra *España*. El primero se refiere á Extremadura y los otros dos á Valencia. Al mérito literario se añade el contener muchos dibujos y no pocos fotograbados: hállanse entre éstos los que representan El Hornito ó Templete compuesto (Badajoz) y la Puerta principal de la catedral de Valencia. Cada cuaderno, que vale una peseta, consta de 96 páginas en 4.º de clara impresión y fino papel.

También ha repartido los cuadernos 39 á 42 de *Las Grandes Capitales*. Hasta ahora se iban dando á la par las descripciones de París, Roma, Londres y Berlín, pero accediendo á las indicaciones de varios suscriptores, los cuadernos mencionados se refieren todos á la capital de Alemania con objeto de apresurar la terminación de los tomos. Van incluídos en aquellos 47 hermosos grabados que acrecientan el valor de la obra.

* * *

La Méthode conscientielle. Essai de philosophie exactiviste,

por LEÓN DE ROSNY.—*París, Félix Alcan, editor, 1887.—Tomo en 4.º de 196 páginas. Precio, 4 pesetas.*

La obra que con este título acaba de publicar el profesor de Rosny, director de la sección de Ciencias religiosas en la Escuela de Estudios superiores, contiene la exposición de la doctrina del positivismo espiritualista en toda una serie de problemas que preocupan á los entendimientos ilustrados. El autor trata especialmente de la medida en que puede adquirirse la certidumbre, de la naturaleza universal, de la fuerza y de la materia, de la historia natural del alma, de la moral absoluta, de la lógica de la creación, de las atracciones cósmicas, del instinto y de la revelación íntima, de la libertad y de la responsabilidad, de la observación y de la experiencia, de las agregaciones vitales, del reino humano, de la teoría darwinista, del goce, de la higiene intelectual, de las creencias erróneas, etcétera.

Como se ve el libro de M. de Rosny ofrece extraordinario interés y demuestra el gran talento de su ilustre autor.

R. A.

*
* *

Karita, por CARLOS DIGUET.—*Librería Académica de Perrín.*

Esta novela, que ha obtenido una mención honorífica de la Academia francesa, es un estudio psicológico, delicadísimo y atrevido, escrito por un poeta y artista. El asunto es por extremo original, y está tratado con rara habilidad. La pasión de un escultor de genio por la hermosura que sólo una gran dama encarna á sus ojos; la maravillosa estatua que ejecuta con el auxilio de la Duquesa de

Villach, y la catástrofe final que tiene lugar entre las nubes, en el globo que, libre de la culpable, se lleva á Rodolfo, el esposo ultrajado, todo ello ha sido imaginado por un escritor que ve con *ojos propios* las pasiones humanas. En este notable estudio femenino, M. Diguét ha tratado de resumir la exégesis de la literatura, la estética del arte y la movilidad de las ideas de la mujer. Es obra de gran elevación moral y de sostenido interés.

*
* *

La Santa Biblia en estampas, por SCHNORR.—*Librería Hinrichsen.*

Esta obra se compondrá de 240 grabados, con texto explicativo, correspondiendo 160 al Antiguo Testamento, y 80 al Nuevo. Concebidas en un espíritu de fervorosa piedad y ejecutadas con profundo sentimiento artístico y admirable ciencia del dibujo, estas ilustraciones de la Biblia formarán un hermoso libro en el que se hallará tema de pura edificación y poderoso elemento de instrucción artística. La religión y el arte han creado una obra que es, por excelencia, la de la familia cristiana, constituyendo un inapreciable regalo para los aguinaldos de Nochebuena. A pesar de la belleza del papel vitela, de lo esmerado del tirado y del tamaño, la entrega no cuesta más que 2 pesetas y contiene 12 láminas.

*
* *

Memorias y correspondencia del Conde de Villele.—*Librería Académica de Perrín.*

Este libro que anunciamos hoy va á llenar un hueco en la historia política de la primera mitad del siglo.

M. de Villèle, que en 1825 se consideraba ya como jefe de la derecha parlamentaria, ha dirigido este partido durante seis años en los bancos de la oposición. En los seis años siguientes estuvo al frente del Gobierno como principal Ministro, y por lo tanto, es el hombre que personifica las ideas gubernamentales de la restauración. Es de notar que sólo conocemos el lado exterior de ese régimen, pues las Memorias que le atañen, se deben á adversarios. Su dirección íntima ha escapado al examen. Se comprende, pues, el interés de este libro que tendrá cuatro tomos. El primero ofrece el carácter de una autobiografía, y se lee con despierto interés. A medida de su publicación nos ocuparemos de los otros tres, y haremos luego un estudio de conjunto sobre la obra completa.

*
* *

Dictionnaire des Mots et des

Choses, por LARIVE Y FLEURY.—
Librería Chamerot.

Acaba de publicarse la última entrega de este útilísimo trabajo, que con alguna extensión señalábamos en nuestro último número, y es digna de las anteriores por el interés de sus descripciones y la belleza de sus grabados. Felicitamos á la casa Chamerot por la constancia y regularidad con que prosigue su empresa.

*
* *

Paula Sainte Reine, por BEN-
JAMÍN GUINUADEAU.

La librería de Perrín nos remite este curioso estudio, por el que la damos las gracias y del que no decimos nada, contentándonos con señalarlo, pues nuestro corresponsal en París, el Sr. García-Ramón nos ha prometido darlo á conocer en una de sus próximas cartas.

L. G.-R.



MADRID, 1887.—IMPRESA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ.

Libertad, 16 duplicado.—Teléfono 934